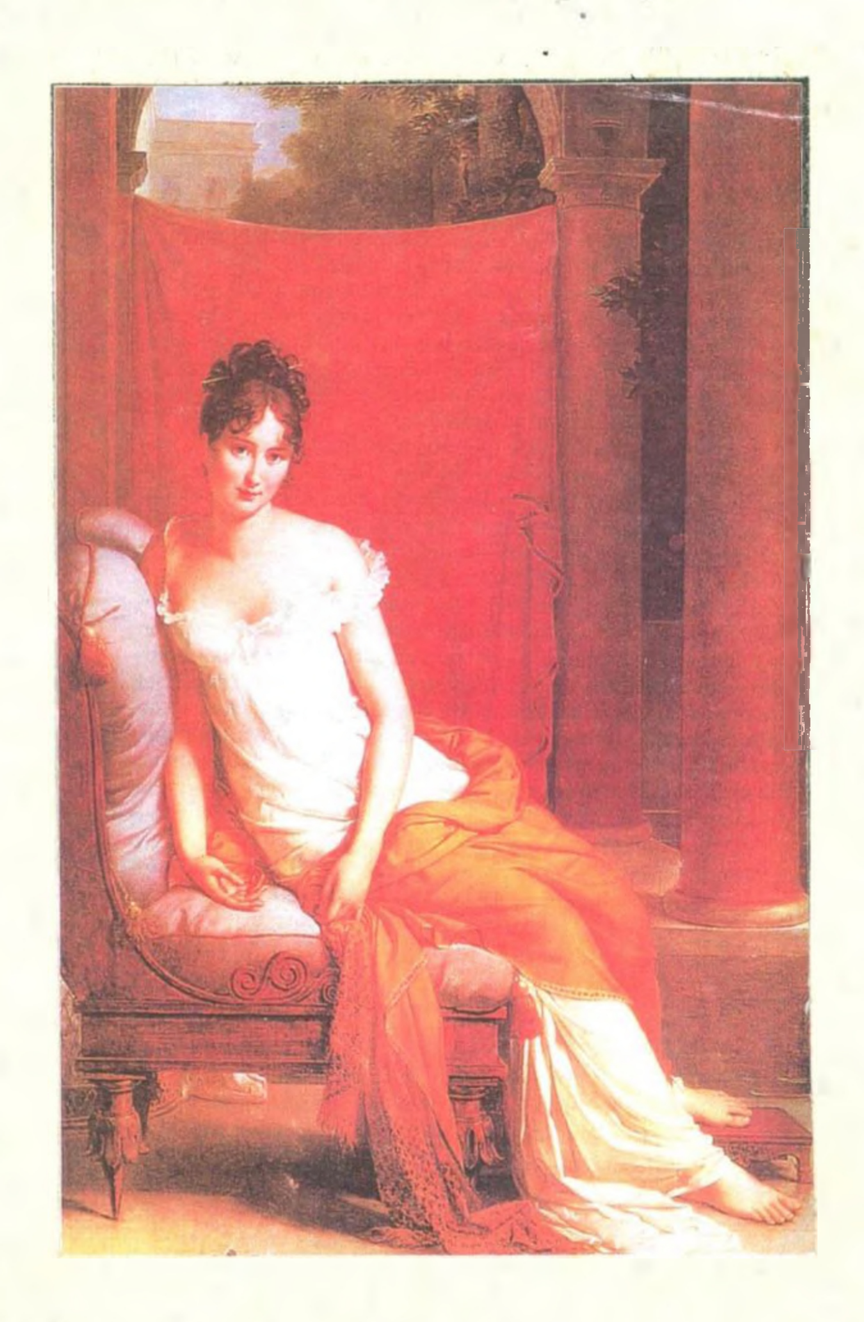
Las modas y los adornos







A. Debay

Estudio introductorio
Angelica Brañez Medina

A. Debay

LAS MODAS Y LOS ADORNOS

Seminario de Historia Rural Andina
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

Título original en francés: *Les modes et les ornements*
1° edición en francés: Década de 1860.
1ª edición en castellano años 1876 y 1877 por entregas para *El Correo del Perú*

Las modas y los adornos.
Autor: A. Debay
Traducción al castellano: Chabot para *El Correo del Perú*

© D.R. 2ª edición en castellano Seminario de Historia Rural Andina
© D.R. Estudio introductorio Angélica Isabel Brañez Medina

SEMINARIO DE HISTORIA RURAL ANDINA – UNMSM
Rector: Manuel Burga Díaz
Directora: Nanda Leonardini
Director Fundador: Pablo Macera
Jr. Andahuaylas 348 Telf. (51-1) 428 – 0887 Lima 1
shra@unmsm.edu.pe
Lima–Perú, octubre 2004

Carátula: Francois Gérard. *Madame Recamier*, óleo sobre tela, 1802.
Selección de imágenes: Nanda Leonardini
Ilustraciones: *Il nuovissimo Melzi. Dizionario Completo.* Italia, Antonio Vallardi editor, 1936.
Pequeño Larousse Ilustrado. Nuevo Diccionario Enciclopédico. París, Librería Larousse, 1940.
Fashion Design 1850-1895. Singapur, The Pepin Press, 1997.
Compilación y digitación: Angélica Isabel Brañez Medina
Edición: Sara Castro García
Escaneo: Juan Zárate Cuadrado
Impresión: Miguel Pinto Huaracha

Depósito legal: 1501012004-7820
ISBN: 9972-9955-2-6

ÍNDICE

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

ESTUDIO PRELIMINAR

Angélica Brañez Medina

ESTUDIO PRELIMINAR

Desde los inicios del Seminario de Historia Rural Andina (1966) una de las líneas impulsadas ha sido difundir, a través de las publicaciones, documentos, fuentes primarias de gran valor para los investigadores.

Es dentro de dicho marco que se entrega este nuevo texto en que lo novedoso resulta ser el tema: el vestido y los adornos de la elite romana y francesa, preferentemente femenina. Si bien es cierto no se trata de un asunto directo sobre el Perú, esta obra resulta imprescindible para comprender, en parte, la moda femenina de la alta burguesía limeña a partir del siglo XVIII.

Probablemente, la primera publicación dedicada exclusivamente al vestido es la obra de Cesare Vecellio, *Habiti Antichi et Moderni di tutto il Mondo*[*], editada en Venecia en 1590, con interesantes ilustraciones en las cuales se incluían, además, 19 relativas a América de las cuales cinco pertenecen al Perú.

La primera revista sobre el traje apareció el 20 de marzo de 1799, bajo el nombre *Le jornal des dames et des modes,* ilustrada con ricos grabados, donde no sólo presentaban ropa femenina sino también joyas, sombreros y a veces muebles. Este interés por la moda en el vestir difundido a través de publicaciones periódicas, pronto se prolifera en revistas y diarios de otras latitudes, por lo que no resulta extraño encontrar en los diarios decimonónicos peruanos artículos relativos al mencionado asunto.

De manera paralela, sobre la forma de vestir de la mujer peruana ya habían escrito, de manera tangencial, algunos viajeros extranjeros quienes, embuídos en el espíritu romántico, entregan algunos alcances más que nada referidos a la Tapada, considerado como el "traje nacional femenino" a pesar de ser usado sólo por las limeñas. Entre dichos escritores está Max Radiguet (1841-1845) con *Lima y la sociedad peruana,* Flora Tristán (1843) con *Peregrinaciones de una paria,* Heinrich Witt con *Diario 1824-1890*, Carlos Prince con *La limeña con saya y manto;* así como los peruanos Manuel Atanasio Fuentes (1867) con *Lima; apuntes descriptivos, estadísticos y de costumbres* y Ricardo Palma con tres de sus tradiciones. Sin embargo hay que señalar que los mencionados textos tuvieron, en su época, una circulación limitada.

[*] *Vestidos antiguos y modernos de todo el mundo*.

Este esquema tradicional en el Perú es roto por *Las Modas y los Adornos*, historia del vestido, adornos y artificios romanos y parisinos, aparecida en *El Correo del Perú* en la segunda mitad del año 1876.

El Correo del Perú, semanario ilustrado con láminas de famosas pinturas clásicas y románticas, monumentos arquitectónicos y retratos de personajes célebres gracias a las planchas del periódico madrileño *El Mundo Ilustrado*, es enriquecido por grabados hechos en Lima por el francés L. Dumont y J. Zavala con asuntos peruanos. Sus 85 números y seis primas son editados a partir de octubre de 1871 hasta mayo de 1878 por los hermanos Manuel Trinidad e Isidro Mariano Pérez. A decir de Ricardo Palma, este semanario "por la limpieza de impresión y buen gusto en el formato, mereció premio en las exposiciones de París, Filadelfia, Amsterdam, Lima y Santiago". Entre sus colaboradores se encuentra el citado Ricardo Palma así como Francisco de Paula González Vigil, con una edición a cargo de Carlos Prince[1] quien, sin lugar a dudas, impulsaría la traducción del francés al español de *Las Modas y los Adornos,* para acercar la obra a los lectores peruanos en forma masiva.

Es probable que *Las Modas y los Adornos,* nutrida de información invalorable, con alcances hasta el momento no encontrados en otras fuentes, haya servido de base a posteriores historias sobre la moda en el vestir y en los accesorios.

Esta obra prácticamente desconocida, es escrita en francés en base al método histórico y en secuencia cronológica por A. Debay alrededor de 1860 y traducida al español por Chabot quince años después, en un lenguaje fluido para *El Correo del Perú*. Comenzó a ser publicada por entregas periódicas, por primera vez el 15 de octubre de 1876. Después de trece entregas quincenales, las primeras doce consecutivas en 1876 y enero de 1877, luego de un vacío de diez meses, el 4 de noviembre de 1877 es publicada la entrega catorce que sería la última, donde se inicia el capítulo V el cual queda inconcluso, pues el mismo autor anuncia que tratará la barba.

Reseñas y descripciones sobre la última moda del traje femenino de la elite francesa ya habían visto la luz en los diarios limeños a mediados del siglo XIX. Para 1852 *El Comercio,* publica dos artículos de la Vizcondesa Renneville traducidos del francés, bajo el título "Revista de París". De manera periódica, entre 1858-1860, Bertilda entrega también para *El Comercio,* una serie de artículos concadenados por el mismo tema bajo el título "Revista de la Moda", textos enriquecidos con descripciones de los vestidos. Para 1871 es María, en *La Sabatina,* quien toma la posta de Bertilda con artículos similares bajo el nombre "Revista de Modas". Resulta curioso que en los dos últimos casos las escritoras firmasen sólo con su nombre de pila, sin mencionar el

[1] Tauro del Pino, Alberto. *Enciclopedia Ilustrada del Perú*. Lima, Peisa- *El Comercio,* 2001, p. 890

apellido. Paralelamente la misma *Sabatina* da a conocer la sección "Arte de ser hermosa", suscrita por Manuel, espacio en el cual un hombre habla sobre el maquillaje femenino.

Si bien es cierto que las noticias sobre la moda femenina contemporánea ya habían sido difundidas en Lima, en comparación con *Las Modas y los Adornos* resulta de escaso interés al ser éste el primer relato histórico sobre el vestido, accesorios, adornos y peinado occidental (romano y parisino) dado a conocer con un *corpus* conformado en cinco capítulos con sus respectivos acápites, en los cuales se trata con mayor énfasis la moda femenina romana y francesa parisina, mientras los atuendos masculinos y los de otros puntos geográficos son citados casi en forma referencial.

En el primer capítulo "De la moda en general", Debay teoriza sobre la moda, vocablo nacido de la palabra moderno, como término de actualidad, como una forma de presentar las novedades artísticas de la temporada, y por qué no del vestido, los adornos y los accesorios.

El segundo capítulo, "Vestidos, adornos, muebles, etc., de las antiguas damas romanas", se dedica a las costumbres, modos de ser y actuar de las patricias romanas. No es casual insertarlo después de la parte teórica; se trata de la etapa clásica de la civilización europea, momento culminante de lo bello, gracioso, elegante y refinado. Subdividido en quince acápites, este capítulo alcanza detalles sobre la casa patricia, telas, tejidos, tintes, bordados, además de los peinados, calzados, joyas, adornos, entre otras cosas. En el último acápite, dedicado a las mujeres de América, desde el título, "Una palabra acerca del vestido y de los adornos de las mujeres salvajes del Nuevo Mundo", se percibe el trato diferencial peyorativo entre lo occidental como superior y lo americano como inferior; allí se afirma que, con el fin de embellecerse, las mujeres son víctimas de instrumentos cortantes y punzantes, ante lo que las depilaciones de las parisinas resultan ser una parodia.

El tercer capítulo, "Modas francesas relativas al vestido, desde el establecimiento de la monarquía hasta el día", dividido en tres secciones, trata la historia del traje femenino francés y en forma somera el masculino a partir del siglo V, momento en el cual, para el autor, se inicia la historia de la moda francesa; el relato finaliza a mediados del siglo XIX, es decir en el momento cuando el texto es escrito.

Es de rescatar en la primera sección de este capítulo, el reglamento dictado por el rey Carlos IX en Fontainbleu en 1561 relativo al lujo y a la forma de vestir para todo nivel social, en las diversas prendas. Aquí, ni arzobispos, ni princesas, señores, caballeros, magistrados, consejeros, oficiales, súbditos, ni lacayos quedaron libres de una amonestación, si eran capaces de infringir la norma.

El cuarto capítulo, "Historia del corsé desde los tiempos antiguos hasta el día de sus inconvenientes y de sus ventajas", está subdividido en cuatro acápites que, después de trasladar el

origen de esta prenda a Roma, inspirada en las antiguas fajas, la cuestiona a través de relatos desfavorables donde ridiculizan a aquellas damas que con su afán de oprimirse el talle, sufren sus embates incluso hasta al muerte. La idea implícita es demostrar la decadencia de la prenda, dañina para la salud, en el preciso momento en el cual se encontraba en plena moda, razón por la cual, a fin de enfatizar lo dañino, le dedica un largo capítulo lleno de teorías.

Finalmente, el quinto capítulo, inconcluso, "Pasión de las modas en Francia", se refiere específicamente a los peinados, al corte de cabello y a las pelucas que se impusieron en las cortes occidentales, como clara influencia de la moda francesa.

Para realizar esta interesante obra Debay consultó fuentes y escritos que, de una u otra forma, le habían antecedido. De esta manera cita en su primero y segundo capítulo a escritores griegos como los poetas Homero y Nono, a los historiadores Herodoto y Plutarco, a Galeno quien ejerció el arte de la medicina en Roma. Entre los latinos al filósofo Séneca, a Plinio el Joven, autor de *Cartas célebres,* interesante texto para el estudio de las costumbres antiguas; al poeta Oviedo amigo de Virgilio y Horacio; a Juvenal, poeta satírico con escritos contra los vicios de Roma que reseña sin contemplación; a Marcial autor de obras licenciosas repletas de ingenio y elegancia.

Cuando, a partir del capítulo tercero, Debay aborda la moda francesa usa como referencia los edictos de reyes y papas, sus reglamentos, normas y decretos. De ellos resulta interesante el "Reglamento acerca de la molestia que deben observar en los vestidos todos los súbditos del rey, tanto de la nobleza y del clero como del pueblo, con prohibición a los comerciantes de vender paño de seda a crédito a cualquier persona que sea", donde el rey Carlos IX, preocupado por los gastos que ocasiona llevar la última moda en el traje, determina una serie de prohibiciones sin escatimar grupo social, por lo que se ven afectados el clero de alto rango, los nobles, los magistrados, los campesinos, las viudas, los señores, las señoritas, encomendado a sastres y bordadores el cumplimiento de las normas descritas bajo la pena de fuertes multas al no acatarlas.

Debay toma como hilo conductor de su trabajo a los reyes, explicando la moda que durante la gestión de cada uno de ellos se impuso. Así lo hace cronológicamente desde el siglo V hasta 1860. Para ello emplea referencias bibliográficas francesas citadas extensamente. Entre ellas *Las Damas Galantes* escrito de Brantôme quien a inicios del siglo XVII pintó con prodigiosa veracidad las costumbres de la época. Asimismo Debay se basó en Herbé, que lo había antecedido con una obra sobre los trajes franceses, o en Mesangue con su *Diccionario de las Modas*, o en Nicolae de Berlín con un libro medio serio, medio jocoso sobre las pelucas.

De igual manera hace referencia a los escritos, tipo crónicas, de Lady Montaquet y Lady Morgan, además de diarios como *El Mercurio de Francia* y *Diario de las modas de París.*

Lo ya referido permite a Debay elaborar un texto erudito, ágil, lleno de picardía e ironías, enriquecido con citas precisas. Sin lugar a dudas este trabajo pone su atención en la mujer de la alta esfera social, a quien hace aparecer como más susceptible de los cambios relativos en el vestido, aunque trata de manera tangencial a los hombres y sus caprichos sobre todo con respecto a la peluca y luego a la barba.

Debay muestra interés hacia un fenómeno limítrofe excluido hasta entonces de la historia oficial del arte: las llamadas "artes menores" como la ornamentación, en un libro titulado en francés *Las modes et les ornaments,* en estricto sentido los "cambios y los ornamentos", por lo que esta obra inicia una nueva valoración hacia el vestido, los adornos, los ornamentos convirtiéndolos en objeto de arte.

Si se toma en cuenta la época en la cual el autor escribió, no resulta extraño que sólo trabaje lo relacionado a la elite pues, para la historia del arte de aquel entonces, sólo era factible de estudio aquello producido por la alta aristocracia o la burguesía ya que lo realizado por el pueblo o para el pueblo no alcanzaba el rango de arte.

LES MODES ET LES

ORNEMENTS

A. DEBAY

LAS MODAS

y los adornos

París-Francia

Año 1860

CAPÍTULO I

DE LA MODA EN GENERAL

La moda reina despóticamente en el mundo civilizado, y no solo gobierna a su antojo al lado sutil de las costumbres, mansa aun en las cosas más serias: artes, ciencias, religión, política, todo sufre su ley, todo marcha a merced de sus caprichos. La moda cambia de faz a las naciones, anula los antiguos usos y los sustituye por otro nuevos; se ríe de la sabiduría, se burla de la razón y vuelve ridículos los hábitos más respetables; humilla a los grandes, eleva a los pequeños, hace y deshace las reputaciones, lleva al ser más oscuro a la cumbre de las grandezas y lo precipita en la nada; embellece lo que es feo, hace atractivo al vicio, y opera otras mil metamorfosis.

En la alta sociedad, sobre todo, la moda reina como señora imperiosa, absoluta: es preciso seguir ciegamente sus menores caprichos, bajo pena de pensar por un individuo retrógrado, de mal tono, pues en el mundo elegante, el que no se viste, no habla, no obra según la moda y no se conforma estrictamente a sus decretos, aún los más absurdos, ese es un original, un necio que hace reír de piedad y que provoca imitaciones de necio. Y, se creía, los hombres más sensatos, más ricos, que frecuentan el mundo se ven forzados a inclinarse bajo este yugo humillante: así lo quiere la moda.

Tomada en su sentido general, la moda extiende su imperio sobre el mundo físico y sobre el mundo moral a la vez: genio, idioma, ciencias, artes, religión, usos, hábitos políticos y privados, en fin, todas las creaciones del hombre, todos los objetos que sirven a sus placeres, a sus necesidades, la moda lo abraza todo, es el reflejo de las costumbres, y este reflejo cambia a cada oscilación social, a cada fantasía de los grandes, ¿Un monarca es avaro, egoísta? Sus Estados se infestan al punto de avaricia y de egoísmo. ¿Es magnífico y generoso? Todos sus súbditos no tardan en imitarlo. ¿Una reina, al envejecer, se vuelve devota, intolerante? La santurronería y la intolerancia se propagan como una epidemia, lo que es muy enojoso para el país, la familia, y poco tranquilizador para los maridos; leed sino lo que dice Robelais y Labruyère de una santurrona. Al contrario, la liberalidad, la independencia del pensamiento, la libertad de las ideas se ostenta por los grandes del Estado, la nación entera sigue con solicitud este bello ejemplo.

En la literatura y las artes, la moda quiere, por la razón o por la fuerza, que el género de pintura, de música, de baile, de poesía, sea reemplazado por tal otro. Ayer, el género severo era la moda; hoy, es el género bufo, el género grotesco, la caricatura triunfa; mañana llegará su turno a otro género; que sea mixto o exagerado, grande, mezquino, pequeño, ¡poco importa! prevalecerá si la moda quiere.

No hay teatro que no tenga, de tiempo en tiempo, una pieza a la moda, buena o mala. En los salones, hay siempre un género de conversaciones a la moda. La moda se insinúa hasta en el púlpito y el confesionario. Tal iglesia es más frecuentada que tal otra. Tal predicador, pesado y común, atrae a la multitud, mientras que sus cófrades, hombres de mérito, predican en el desierto. Las mujeres, cuando ésta es la moda, se oprimen a la puerta de una iglesia como a la de un teatro; se precipitan a un sermón con tanta solicitud como acuden al baile o al concierto.

¿Se creería que el austero templo de Escapulario no ha podido cerrar sus puertas a los escándalos de la moda? Leed los anales de las ciencias médicas y, según los tiempos y los lugares, veréis en boga o en descrédito alternativamente las diversas doctrinas ontológicas, químico, mecánica, psicológica. En una época, se prescriben la sangría, la dieta, el agua; en otra época, los excitantes, los *heroicos*, los tónicos. Las sanguijuelas fueron, durante algún tiempo, una panacea y se vieron destronar por la ventosa y la moda. Antes, los baños tibios estuvieron en boga, llegó enseguida el turno a los baños fríos. La transfusión de la sangre, la electricidad, la homeopatía, la acupuntura, el magnetismo, etc., tuvieron cada cual sus días de gloria y de olvido. Hubo un tiempo en que todo se administraba bajo la forma de píldoras; después la fórmula cayó en la *infusión* y la *decocción.* Ayer los drásticos estaban de moda, hoy son los paliativos, y mañana será otra cosa. ¡Oh! la moda.

Algún grave doctor me objetará que en materia de ciencias, la calificación de moda es un injurioso solecismo, y que si un sistema, una doctrina da lugar a otra, es asunto del progreso y no de la moda. Esta objeción es espaciosa. En efecto, es evidente que una doctrina antes adoptada, luego abandonada y de nuevo puesta en boga, ha debido por lo menos, ser reconocida tan buena por su primer autor, como por el que algunos centenares de años más tarde, la hizo renacer en sus cenizas. Y, yo me pregunto ¿no es esto lo que sucede en todo lo que está sujeto a la moda? Que un personaje caiga enfermo y sea curado por un antiguo método enterrado desde hace algunos siglos, al punto el método resucitado se pone de moda. Todos los enfermos quieren ser tratados por ese método, y ¡Dios sabe cuántas víctimas! Se ve un ejemplo de ello en los baños fríos que después de haber curado a César Augusto, llegaron a ser un furor en Roma; pero la muerte de Marcelo, atribuida a un baño frío, hizo caer en disfavor el método y al médico *Musa* que lo había resucitado.

Cuando la moda se dirige a los objetos insignificantes, la dejan pasar; pero cuando ataca la salud, la vida, es preciso convenir en ello, el caso es más serio. Los discípulos de Hipócrates deberían encontrar el método racional y atenerse a él. Ciertas enfermedades, de vez en cuando, llegan a ser de moda: la jaqueca, los vértigos, el histérico, la clorosis o pálidos colores, etc., han sido de buen tono; aún los ojos bizcos han hecho fortuna algunas veces. Al principio de nuestro siglo, cuando el célebre Corvisard, médico de Napoleón, dio a luz su tratado sobre las enfermedades del corazón, una multitud de personas se creyeron acometidas de una afección de este órgano; todo el mundo, al encontrarse, se preguntaba: su corazón, sus palpitaciones, sus latidos ¿cómo van? Esta pregunta se había hecho moda, como en otro tiempo la oferta de rapé, para entablar conversación. No hace largo tiempo que el carmín de la salud era un color prescrito por la moda. Una mujer, por ser linda y agradable, debía ofrecer una tez colorida, un rostro clorótico.

Si se averiguan las causas de las numerosas variaciones de la moda, se encuentran desde luego las influencias del clima y las estaciones, pero la causa, más activa es, sin contradicción, la influencia de la organización social, así como los diversos cambios que se introducen en las sociedades y que modifican su gusto con su carácter. Un economista ha hecho observar muy juiciosamente que la moda es un espejo donde se reflejan todas las instituciones de un pueblo. En un país donde la clase aristocrática alimenta su ociosidad a expensas de las clases laboriosas, las modas son ricas, fastuosas, brillantes, porque la clase privilegiada no tiene otra ocupación que la de brillar y deslumbrar a la multitud por su lujo. Pero si las instituciones llegan a cambiar, y caer los privilegios, se ve al punto desaparecer con ellos, los hábitos, los trajes, los sombreros y demás vestidos recamados de bordas, de oro, de piedras, para ser reemplazado por vestidos más simples y más cómodos.

Las cosas sobre las que la moda ejerce más ampliamente su despotismo son las artes de lujo y los trajes; hace también sufrir perpetuas variaciones a la arquitectura, a los muebles, a los adornos y ornamentos de todo género. En las naciones bárbaras, donde la civilización está como herida de inmovilidad, el traje permanece invariable, el traje se modifica según las épocas y se ofrece, en la historia, como la expresión fiel de la fisonomía de los tiempos y de las costumbres.

Ningún pueblo en el mundo pone en juego tan activamente como el pueblo francés los resortes de su imaginación para elevar, transformar y reconstruir de mil modos diversos el edificio del vestido y del adorno. Esta pasión por el cambio es tan vivaz que nada podría debilitarla, ha hecho brotar modas graciosas, ricas, magníficas, y modas extravagantes, ridículas, monstruosas, tales como “el blanquete” y “el colorete” para el rostro, el polvo para los cabellos, los peinados y las pelucas colosales, las enormes crinolinas, las mangas anchas, estrechas y ahuecadas; los sombreros desde la forma enana, aplastada, hasta la forma puntiaguda, gigantesca; los talles altos, los talles

oprimidos, las gruesas “categorías” y las gruesas barrigas, etc. etc. Hace 40 años un viajero decía con este motivo: Cuando dejé París, las mujeres adoraban un talle de avispa, después de seis meses de ausencia, el talle de avispa había sido abandonado como perfectamente ridículo, y las mujeres se vestían de manera que parecían una tabla. Estaban chatas y largas como la espada de Carlomagno. En la misma época, existía en Londres una moda opuesta, la de las gruesas barrigas. Se había podido creer que todas las mujeres y las niñas de esa capital estaban en cinta.

Se necesitarían algunos volúmenes para descubrir las rarezas y las extravagancias a que ha dado lugar la moda, y las innumerables variaciones que ha hecho sufrir el traje, desde la grosera casaca de los franceses hasta el famosísimo frac, y las telas sedosas con que se adornan los leones y las leonas de día. Veremos, al adelantar en la lectura de este resumen, que la moda es una rueda, a la que están ligadas todos las ridiculeces, todas las locuras; y no debe sorprender al verla incesantemente desaparecer y reaparecer a medida que da vueltas. Esto es lo que Voltaire quiso probar en los versos siguientes:

“Una diosa hay de adorno extravagante
Que nunca al mismo gusto de acomoda
Que viene y huye y muda de semblante:
De proteo hija fiel, lleva triunfante
El indeciso nombre de la Moda”

Terminaremos estas consideraciones preliminares, comenzaremos en el capítulo siguiente por la historia de la moda en el pueblo romano, que invadió el antiguo mundo, y enseguida pasaremos a las modas francesas, siguiéndolas de siglo en siglo y paso a paso, desde la cuna de la monarquía hasta nuestros días.

CAPÍTULO II

VESTIDOS, ADORNOS, MUEBLES, ETC. DE LAS ANTIGUAS DAMAS ROMANAS

Nuestra primera intención era bosquejar ligeramente la historia de las modas francesas y no ir más allá, cuando, cediendo a las instancias de muchas señoras, nos hemos determinado en registrar las costumbres de la antigua Roma, a fin de poder establecer el paralelo entre las modas olvidadas de aquellas épocas remotas y las modas del día.

Los curiosos detalles que ofrecemos al lector son estrictamente históricos. Nos hemos entregado con tanta mayor solicitud a este trabajo, cuanto que podrá tal vez, dos buenos resultados:

El primero justificar a nuestras lindas damas del reproche que se dirige a todo momento de ser apasionadas de las modas, de ser locas por los adornos, pródigas en los vestidos, y sobre todo muy constantes en sus gastos, muy frívolas.

En segundo, demostrar que los maridos, que hay distancia del vestido elegante de las damas de hoy de los adornos macizos de oro, de perlas y pedrerías, y al fausto y a la frugalidad de las antiguas matronas; que hay mucha distancia de la coquetería mueblería de un tocador del siglo diez o nueve, al lujo increíble que ostentan en su interior, esas orgullosas patricias de Roma, bajo los Césares. Ante el inmenso tren de un tocador romano, los maridos comprenderán, sin duda, que la costumbre de la economía doméstica ha ganado infinitamente desde aquella época.

Casa de una rica patricia

La casa, podríamos decir el palacio, de una rica romana, se componía de departamento para los amos y de una principal para las esclavas. En este último se encontraban cuartos gabinetes, salas y otras piezas que servían de aposentos y talleres. Para el vestido se contaba con las *quasillaires* o hilanderas, las tejedoras, las cortadoras, las *sartices* o entalladoras, las costureras, las bordadoras, las lavanderas, las planchadoras, las plegadoras, las prensadoras, las *vestipices* o vestidoras, etc. Siendo desconocido a los antiguos los almacenes de novedades, tan numerosas en nuestras capitales, la patricia elegante y favorecida de la familia, reunía en su casa, con el auxilio de las

esclavas, todas las artes y oficios que tienen algunas relaciones con la higiene, el cosmético y el vestido, de tal suerte, que la mayor parte de los tejidos ordinarios se fabrican en su casa.

La romana escogía, entre sus numerosos esclavos, dos o tres mujeres que le parecían tener buen gusto para el corte, la postura del vestido y el adorno y hacia de ellas sus modistas. El rol de estas modistas era venir cada mañana, al despertar de la matrona, a dar cuenta de lo que su imaginación había podido inventar de nuevo, durante la noche en vestidos y adornos. Comúnmente las modistas llenaban el rol de vestidoras, ponían la ropa a su ama, disponían y variaban los colores, daban a los pliegues de los trajes una elegancia artística; en fin, sabían ocultar hábilmente bajo una ropa bien puesta, las imperfecciones físicas y hacían resaltar las bellezas del cuerpo.

El departamento de habilitado por la matrona se componía de un dormitorio, de un tocador, con una antesala donde se hallaban las esclavas atentas a las órdenes que se le podía dar, y de un salón o lugar del recibo. Una esclava guardaba día y noche la puerta del dormitorio de su ama, y prohibía la entrada a todo profano. En la mañana, se dejaba entrar a los joyeros, a los vendedores de adornos, a los tenderos, a los carteros, etc.; durante el misterio trabajo del tocador, había prohibición expresa de dejar pasar, a cualquier que fuese, el umbral del santuario donde se pulían los encantos. La coqueta de esas lejanas épocas más provisora que la de nuestros días, no había recibido, por nada en el mundo, una visita antes de que su tocado no estuviera completamente terminado. Ovidio nos ha trasmitido el consejo que la madre daba a su hija:

> “Que la caja donde está encerrada la belleza nunca aparezca a los del que te ama; el arte no agrada sino cuando imita la naturaleza. Los hombres no pueden asistir a tu tocado pues su admiración se resfriaría pronto, si vieran sus preparativos”.

La mueblería del departamento correspondía al lujo de esclavas y de adornos. Los catres, las sillas, mesas, sofás, sillones, veladores, etc., se fabricaban con una madera de limonero (*orbis citreus*), muy preciosa a causa de sus venas color de fuego que formaban variados dibujos. Las copas, jarros, ánforas y otros vasos, eran de oro, de plata, o de murrinita, especie de porcelana más estimado que el oro mismo. Las lámparas y candelabros se hacían notar tanto por la riqueza de la materia, como por la elegancia y la belleza del trabajo.

El lujo de las patricias se mostraba hasta en los vasos nocturnos: los había de oro, de plata cincelada o incrustados de pedrerías; pero los más estimados eran los de murrinita, fabricados con una tierra aluminosa y cilicosa que se aproximaba a nuestras más finas porcelanas; su precio se eleva muy alto, si se sabe juzgar por el vaso nocturno de Lolia Paulina, que costaba ¡Treinta mil francos! Uno o dos esclavas tenían por única ocupación la guarda y conservación de aquellos vasos. San Clemente de Alejandría anatemizó muchas veces ese lujo y el loco orgullo que mostraban a sus propietarios.

La profusión de las pinturas, esculturas, dorados y otras decoraciones, la riqueza de los operadores cargados de vasos preciosos, la multitud de esclavas revestidas de brillantes libreas: todo, en las habitaciones de la fastuosa patricia, anunciaban el apogeo del lujo y de la vanidad.

En las joyas, adornos, objetos y utensilios de tocador, reinaba sobre todo una inmensa profusión, un refinamiento de lujo que es difícil alcanzar.

El historiador Julio Pólux, da como sigue, el detalle las numerosas piezas que encontraban su empleo en un tocador femenino.

> "Las tijeras, las piezas, el raspador, el alfiler, diversas especies de escobillas para los dientes, las uñas y los cabellos; los peines de diferentes formas, los corchos quemados y preparados con aceite perfumado para ennegrecer o hacer cambiar el color del pelo, las jóvenes galos para hacerlos rubios o ennegrecerlos; las pastas y las aguas cosméticas, los pomos de esencias, los perfumes naturales y compuestos; los extractos de olor y veladores, y otros muebles de aseo de una gran riqueza; los *strigilles*, especie de pequeñas almohadas para frotar y limpiar la piel al salir del baño; los crespos, las trenzas, las pelucas, los dientes postizos, las pelucas, los semi globos acolchados, para simular formas encantadoras, las cuentillas de cuero suave para comprimir el demasiado desarrollo de las formas; la piedra pómez oleaginosa para pulir el cuello, los brazos, los hombros y dar a la piel la finura del raso, la suavidad del terciopelo; el blanquete y el colorete; las pomadas dulcificantes y astringentes; los collares y zarcillos; las orquillas de mil formas variadas para el peinado; las esclavinas de oro, los broches, los brazaletes, los anillos, los camafeos; las flores artificiales, las coronas enriquecidas de piedras preciosas; las mariposas, las cigarras, lsd moscas y otras joyas artísticamente trabajadas; los trajes, las mantas bordadas y galoneadas; las mitras, las manteletas recamadas de oro y de plata los cinturones centelleantes de pedrería; las cintilla de púrpura, las cintas, los velos, el calzado de forma y un lujo sin igual; en fin una multitud de otros objetos que sería demasiado largo enumerar".

Penetremos en el tocador de una de esas lujosas romanas cuya reputación de coquetería y de belleza ha llegado hasta nosotros, la célebre Popea, por ejemplo, e iniciemos al lector en los misterios detalles de sus vestidos.

La gran dama romana salía de su dormitorio para pasar al *balnearium* o sala de baños. Después de haberse bañado se entregaba en manos de una multitud de esclavas que llevaban los nombres de las funciones que llevaban; en el número de esas esclavas había:

La *striguillites* o mujeres encargadas de frotar el cuerpo y escobillar la piel con los shigieles montados en marfil, para quitar todas las impurezas epidérmicas.

Las *paralitres* o secadoras.

Las *pulidoras*, que tenían la función de pulir el cuello, los hombros, el alto del pecho, los brazos, los manos y los pies con una piedra pómez preparada para este efecto.

Las *onctoristes* o perfumistas, encargadas de ungir la piel con aceite perfumado, a fin de darle tersura. Las unciones se hacían particularmente alrededor de las articulaciones para facilitar el juego de los miembros.

Cuando la patricia había sido secada, pulida y perfumada, la envolvían en sabanas pasadas al vapor de benjuí, del Tolú, y de otros bálsamos, luego la conducían a su tocador y la colocaban en un lecho de reposo. Allí, se abandonaban muellemente a un dulce sueño para reparar las fatigas del baño. Al despertar, ordenaba que se empezara el trabajo complicado de su tocado. Al punto, las esclavas Cosmetes se apresuraban a preparar los instrumentos, objetos y sustancias de que era guardiana cada una de ella.

Estas esclavas llevaban igualmente el nombre de la función que llenaban; su número se encontraba siempre en relación con la fortuna y la coquetería de la dama romana.

Se distinguían las cosmetes o cosmetistas en:

Depilaristes y repeladotas, encargados del cuidado de arrancar las indiscretas canas.

Cuniflones y *Picatrices*, que tenían por función de peinar y escobillar los cabellos.

Psécasies, cuyo empleo era poner pomada a los cabellos e introducir esencias.

Pulidoras y *Onctoristes.*

Phialiges, las que aplicaban el blanquete y el colorete.

Stimmiges, encargadas de pintar las pestañas, cejas, bordes de los párpados y de teñir las cabezas entrecanas.

Doprecistes, cortadoras de uñas y callos.

Venían en seguida.

Las *Vestipices* o vestidoras.

Las *Ornatrices* o artistas en adornos.

Las *Catopristes* o tenedoras de espejos.

Las *Flambaries* o portadoras de abanicos.

Las *Appreciatrices*, para dar su parecer sobre el adorno de las patricias.

Las *Parásitas* o cumplimentadotas.

Las *Cubriculaires*, camareras.

Las *Janitrices* o guardianas de las puertas.

En fin, las *Loraríes*, armadas de un látigo, que tenían las funciones de correctoras.

Esta multitud de esclavas se colocaban alrededor del departamento y guardaban profundo silencio.

Cada una de ellas tenía en la mano los pomos y los vasos que contenían los aceites, esencias, pomadas, aguas perfumadas, leche de burra, etc., así cono los diversos instrumentos que el

arte de embellecer ofrece a la coquetería más refinada. Estas esclavas debían estar atentas a ejercitar las ordenes al menor signo, pues la más leve distracción era castigada severamente.

Tres esclavas *cosmetes* abrían el trabajo de tocador: la primera humedecía la esponja más fina en lucha de burra perfumada, y lavaba con ello el rostro, el pecho y los brazos de su ama; la segunda enjuagaba la piel con un lienzo cuyo lino se había suavizado antes de tejerlo; la tercera se secaba con un plumón de cisne.

Terminada esta primera operación, las *phialigues* se adelantaban con botes de blanquete y colorete. El blanquete era, como hoy, carbonato de plomo. Una capa de blanquetes se extendía desde luego sobre la piel; se daba una segunda mano si la segunda parecía insuficiente, luego se aplicaba el colorete por encima con un plumón.

Los antiguos poseían dos suertes de colorete: uno metálico otro vegetal. El primero se fabricaba con plomo y mercurio; el segundo se secaba de una especie de liquen llamado *orseille*, de la *anchusa*, *tinctoria* y del *carthame*. El negro se componía con el plomo y el antimonio. Está última preparación se vende todavía, oriente, bajo el nombre de alquifou. Cuando el rostro, los hombros y los brazos habían pasado del blanquete al colorete, las *stinmiges* venían con sus pinceles para pintar sus pestañas y cejas de su ama. Juvenal, al hablar de esta costumbre, dice graciosamente "Nuestras damas toman de un pequeño bote sus pestañas y sus cejas".

Las *criniflones* y las *psecasies* se apoderaban en seguida de las cabelleras de las patricias, la peinaban, la escobillaban y la arreglaban como la describiremos más adelante.

A este tocado seguía el de las uñas, de una pequeña pinza para arrancar las películas epidérmicas llamados envíes, y de un polvo anyxocale para pulir la uña y darle un tinte rosado.

A este tocado seguía el de las uñas, que era largo minucioso, pues las damas romanas cuidaban de un modo muy particular sus uñas y sus dedos. Entre las esclavas más diestras se escogían las *dropécistes* o cuidadoras de uñas. Estas esclavas se servían de un pequeño cuchillo para cortar las uñas, de una pequeña pinza para arrancar las películas epidérmicas llamadas envies; y de un polvo onyxocales para pulir la uña darle un tinte rosado.

Ovidio no se olvida de dar instrucción sobre la conservación de las uñas, dice que las uñas regulares, pulidas y color de rosa son el complemento de la belleza de las manos. Nono en su Epítome y Plinio en su historia natural, indican un gran número de recetas para enderezar las uñas desviadas, para pulirlas, enrojecerlas y hacer desaparecer las manchas, las desigualdades que dañan su transparencia. Se estimulaba entonces las bellas uñas de tal modo, que Propercio, enamorado de las uñas de Cintia, deseaba ser arañado por ella.

La razón por la que se cuidaban tan minuciosamente las uñas, se encuentra en el uso de los ademanes, sometidos a reglas, constituían la *cheironomía* o arte de expresarse, de hacerse

comprender con las manos; llegaba pues, a que las manos que representaba un papel tan frecuente en la conversación y el discurso, estuvieran armadas de bellas uñas.

Existía entonces y subsiste aún en ciertas comarcas la preocupación de creer que las cortaduras de uñas encerradas en un cajoncillos y llevadas a una casa extranjera podían desembarazar de una enfermedad trasmitiéndola a otra persona. Por eso las mujeres romanas de todas las clases, afectadas de algunos defectos o enfermedades, no dejaban de hacer, llevar secretamente sus recortaduras de uñas a las casas de sus enemigos. Las recortaduras de uñas encontraban un empleo frecuente en la baja medicina y en la hechicería; pasaban por tener la virtud de operar curaciones simpáticas y de inspirar amor a los más indiferentes.

Después del afeite de las manos venía el de los pies, quitaban con el buril todas las impurezas que se habían aposentado bajo la uña o en sus ángulos; cortaban los callos; suavizaban la epidermis endurecida de los talones; pasaban entre los dedos y sobre la planta de los pies ligeras embrocaciones de aceite perfumado.

Terminada esta operación, se preguntaba a la dama qué calzado quería tomar. Inmediatamente después de su respuesta, dos esclavas se ponían de rodillas y la calzaban. El número, la denominación y el uso de los diversos calzados se relatarán más tarde.



Patricia

Suspenderemos un instante el curso de nuestra narración acerca del tocador, para entrar en el vestuario de una romana de calidad; allí, examinaremos, en detalle, cada pieza del traje, y describiremos su forma y su riqueza. La guardarropa de la gran dama se componía de una cantidad de piezas de vestir, siendo las principales las siguientes:

Subpanum. Tejido de lino de algodón y de seda que hacía el oficio de la camisa.

Castula. Especie de corsé sin barbas de ballena, para sostener el pecho.

Strophia. Cintillas para comprimir el volumen del seno.

Intusiasta. Bata que servía de peinador.

Mendícula. Traje de ceremonia, cortado sobre el modelo de las togas magistrales.

Patagiata. Túnica sembrada de flores de oro y de plata.

Túnica Patagium. Túnica propiamente dicha bordada de franjas.

Tunícula. Semitúnica que no bajaba sino hasta la rodilla, adornada de bordados.

Caltha. Manteleta violada que tenía poco más o menos la forma de las pelegrinas.

Ralta y *Spìssa.* Dos especies de túnica, que no se diferenciaban entre sí más que por el color y el tejido. La una tenía alas muy cerradas, las otras claras y ligeras.

Crocula. Traje corto, color azafrán.

Enomides. Traje que serraba estrechamente el talle y dejaba los hombros descubiertos.

Linteolum Caesiann. Traje muy abierto sobre el pecho. El epíteto *scaeciunn* le había sido dado, porque, dejando descubierto una parte del seno, se supone que hería el corazón de los hombres y los volvía enamorados.

Lidos. Vestido interior común a los dos sexos.

Eponis. Manto corto que las mujeres llevaban sobre los hombros.

Rica. Banda de color que pasaba sobre la cabeza y caía sobre los hombros.

Mitra. Velo claro y ligero con lo cual componían un peinado.

Cunatile y *Plumatile*. Dos especies de manto cuya tela pintada imitaba el plumaje del pavo real. Esta pintura está hecha con tanto arte que los ojos se dejaban engañar con ella.

Kpamis. Traje fino que caía al suelo y lo barría.

Laconia. Traje transparente tomado de las mujeres de Laconia.

Penula. Vestido sin mangas, propio para garantizar del frío y de la lluvia.

Corinum. Velo color cera.

Exótica. Traje extranjero o asiático.

Regilla. Traje muy amplio de larga cola y guarnecido de forros de pieles finas.

Basílica. Traje llamado real más rico que el precedente.

Toga. Vestido semicircular, en forma de manto común a los dos sexos. Algunos autores han pretendido que la palabra toga, palla, toca designaba mismo vestido; otros, al contrario, piensan que estas palabras significan tres vestidos diferentes.

Palium. Toca común a los dos sexos.

Peplum. Especie de *pallium* que dejaba un hombro descubierto. Habían algunos *peplums* armados de broches de oro y de piedras preciosas.

Stola. La estola; o traje talar, se ponía encima de la túnica era comúnmente de color púrpura adornada de franjas o de bordados de oro. Se abría encima de la cintura para que pudiera percibir la riqueza del corsé. Cuando la moda de la estola empezó a presentarse, todas las mujeres quisieron llevarla; pero el Senado, por un decreto, reservó el derecho de ella a las patricias. Más tarde, cuando nuevas modas llegaron a cambiar el antiguo traje nacional, se llevaba siempre en las solemnidades.

En fin, sobre sus vestidos, las grandes damas llevaban una toca de gasa, fija al hombro derecho por un broche de precio. La cola de esta toca, de una toca, de una largura desmesurada del

cuerpo y arrastraba por detrás. Muchas esclavas eran nombradas para la vigilancia de esta cola y debían arreglar sus movimientos, según andaba la dama, la derecha o a la izquierda. La moda de esta toca se introdujo en los teatros, y las cómicas pudieron barrer majestuosamente las escenas con sus largas colas.

De todas las piezas del vestido, no había una más rica, más magnifica, más deslumbradora que el corsé. Pero este corsé no ofrecía ninguna semejanza con el corsé moderno; era una especie de túnica, sin mangas, que no pasaba de la cintura y que subía sobre el pecho sino cuanto era necesario para sostener el seno, sin comprimirlo. El corsé de las patricias era hecho de paño de oro y de plata, realzado de perlas y pedrerías; nada era más rico que este vestido, por eso que las coquetas tenían cuidado de arreglar una abertura a través del traje a fin de que pudiera admirar su corsé.

Veamos ahora de qué manera se aplicaban las diferentes piezas de traje. Las esclavas guardianas del vestuario conducían los vestidos y los presentaban en proporción a las vastipices o vestidoras, que los acomodaban al lado de su ama. Ponían desde luego la túnica de debajo, hecha de tejido de lino, de algodón o de seda, muy fino; la túnica de debajo suplía por la camisa y se unía al talle por medio de un cinturón.

La *castula* o corsé, se colocaba inmediatamente después. Las damas de seno superabundante se hacían aplicar, antes de ponerse el corsé la *strophia*, amplia banda de piel que comprimía el seno y deprimía su volumen. Enseguida ponían la túnica de encima, o traje propiamente dicho. Esta segunda túnica era ordinariamente cortada en una tela de lana o de seda, era adornada de franjas, ora de bordados. Las mangas del traje no cubrían sino el alto del brazo y se dividían en dos amplias que caían a cada lado, y que sujetaba con broches de oro. En la escatodura, encima del seno, una franja de púrpura, de doble tinte, resaltaba, por su brillante color, sobre el traje blanco. El ruedo del traje estaba guarnecido, lo más comúnmente, con unas franjas semejantes.

El tamaño de la túnica anunciaba la edad y el carácter de la persona que la llevaba; así la túnica de los adolescentes y de los jóvenes no bajaba sino hasta la media pierna; la de las mujeres casadas o matronas bajaba hasta los pies y se hacía notar tanto por la amplitud como por los adornos. Además de la franja de púrpura, las patricias añadían otra franja con bordados de oro, recamados de perlas y pedrerías. Las mujeres coquetas o de costumbres menos severas, llevaban una túnica corta, a fin de dejar admirar el primor de su pierna, la delicadeza de sus lindos pies descalzos de magníficos borceguíes con estrellas de oro o encantadoras cupidos sembrados de pedrerías. Cuando el lujo llevó a Roma la profusión de los adornos de oro, de piedras preciosas y de pasamanerías, las túnicas se escotaron más; las mujeres comenzaron a mostrar sus hombros y su

pecho. Comúnmente las mangas no estaban cosidas desde lo alto del hombro hasta el puño; las prendían negligentemente con un broche de oro o un camafeo.

La túnica se fijaba al talle por un cinturón. La esclava que prendía este cinturón debía ser muy hábil, a fin de disponer artísticamente en la base del seno una cantidad de pequeños pliegues simétricos, de un gracioso efecto. Según las circunstancias, ponían sobre el traje una semitúnica, túnica, cuyo color era diferente del color del traje, pero en armonía con él.

El vestido se completaba con la palla o toca; la toga reemplazaba a la toca en ciertas circunstancias. Era muy difícil ponerse elegantemente la palla y la toga, pues no se empleaba para sostenerla, ni alfileres, ni broches, ni cintas, ni ninguna especie de lazo. Era preciso que, sin el auxilio de estos medios, la toga y la toca, pasando por el seno derecho, dejara libre y descubierto el brazo así como el hombro derecho, mientras que el brazo izquierdo, ya cubierto enteramente, ya tan sólo hasta el puño, debía levantarlas con gracia. He aquí la manera de cubrirse con la palla y la toga: se principiaba por echarla sobre los dos hombros; se tomaba enseguida una de sus extremidades que se hacía pasar el hombro izquierdo cayendo sobre el pecho. La otra extremidad rodeaba las caderas, pasaba bajo el brazo izquierdo, volvía sobre el pecho, cruzaba la extremidad izquierda, subía de nuevo sobre el hombro del mismo lado e iba a flotar libremente por detrás. Estos dos vestidos envolvían así todo el cuerpo, a excepción del hombro y del brazo derecho, que permanecía en plena libertad. Había arte en disponerlos bien y en formar pliegues de efecto agradable. Las damas se ejercitaban incesantemente en arreglarse este vestido con elegancia; ponían, sin ninguna duda, tanta coquetería en llevar bien al toca, la toga o la estola, como las elegantes de nuestros días lo ponen en oprimirse el talle. Había mucha manera de envolverse la toca, ya levantándola un poco para dejar apercibir la orladura o la franja de la túnica, ya dejándola caer más abajo; pero la toca nunca debía arrastrarse por el suelo. Las estatuas antiguas nos suministran muchos modelos a este respecto.

Las diversas piezas del traje, cuyo nombre se ha dado más arriba se sustituían, en su mayor parte, las unas a las otras, y se llevaban, según los días y las circunstancias. Así, la matrona se cubría hoy con la toga y mañana con la palla; ya se adornaba la cabeza con la mitra o el *mélinum*, ya llevaba el *lentéolum* o la *regilla*; lo mismo que hoy nuestras damas escogen entre el chale, la manteleta o la talma, entre el traje cerrado o el escotado.

Las *ornatrices* daban la última mano al vestido de la dama romana; sus funciones exigían gusto y un largo hábito, pues debían entallar, reconstruir y regularizar todo lo que parecía defectuoso. Colocaban los zarcillos, los collares, las coronas, las diademas, los alfileres, brazaletes, broches y otras alhajas que entraban en la composición de un tocado. Las *ornatrices* tenían que soportar muchas veces el mal humor y las brutalidades de su ama.

Las *cubriculaires* o camareras, y las *janitrices*, esclavas encargadas de la guarda de las puertas, cuidaban de que nadie penetrara sin la orden del ama; tenían también el cargo de cubrir la habitación con flores, de hacer quemar, en pebeteros, la cásia, el cinamono, el aloe y la mirra.

A esta numerosa servidumbre la dama romana añadía otras mujeres calificadas de ociosas y representaban el papel de *apreciatrices*. Sentadas en un ángulo del departamento, esas mujeres formaban una especie de aerópago y daban su parecer sobre los lados brillantes o defectuosos del tocado. La casa se trataba tan seriamente, dice Juvenal, como si se hubiese tratado del honor o de la vida.

En fin, las princesas y las damas de alto nacimiento reunía en torno suyo un círculo de mujeres apellidadas parásitas, cuyo rol se limitaba a felicitarlas por su gracia y su belleza, por la riqueza de sus adornos y el lujo de mueblería.

Durante el trabajo importante de su adorno, la patricia, rodeada de sus esclavas, no perdía de vista su espejo, sea que ella misma dirigiera la obra de las peinadoras y de las *ornatrices* que realzaban sus encantos; sea que ensayara el poder de su mirada, de su sonrisa. Y ya aprendiera a arreglar sus movimientos o ya estudiara posiciones graciosas, el espejo permanecía delante de ella ¡infeliz de la esclava que lo sostenía! El más débil movimiento, la menor distracción la atraía un castigo bárbaro; por eso, aquellas tenedoras de espejos eran verdaderas mártires.

Juan Crisóstomo condena y combate, en sus homilías, los horribles transportes de furor de las matronas romanas contra sus esclavas. Habituadas a los juegos sangrientos del circo, las damas de Roma permanecían impasibles a los gritos que arrancaba el dolor. La menor contrariedad excitaba su cólera y las llevaba a cometer actos indignos de una mujer; por la más leve falta por una simple torpeza entraban en ira, y le hundían largos alfileres en las carnes, las golpeaban o las hacían azotar hasta la sangre; luego, después de haber sido violentamente picadas o flageladas, aquellas infelices esclavas se veían forzadas a acompañar a sus amas al exterior, con el cuerpo semidesnudo, a fin de que pudieran ver su espalda ensangrentada. Galeno refiere, con este motivo, que su madre no se contentaba con golpear a sus esclavas, le seducía lanzarse sobre ellas y morderlas. Ovidio hace el elogio de Corina, diciendo que nunca enrojeció sus manos con la sangre de sus esclavas. En todas las casas ricas había lolara o correctores, y cornifices o verdugos. Marcial dice que ciertas patricias de aire melifluo proporcionaban una tarea a su [...] y no les dejaban un momento en reposo.

Telas–tejidos–tintes-bordados

La mayor parte de los historiadores de la antigüedad, Homero y Herodoto los primeros, han consignado en sus escritos que el arte de tejer y bordar, lo mismo que el arte de teñir, eran oriundos de la India. Los egipcios aprendieron estas artes de las indias, y del Egipto pasaron a la Grecia. Una circunstancia muy notable es la de que, en todos los pueblos se encuentra, el nombre de una mujer asociado a los procedimientos de la hilandería, de tejido y de costura. Moisés nos muestra a Noema, hermana de Tubalcain, hilando y tejiendo la lana. En China la mujer del emperador Yao; en Egipto Iris, Minerva en Grecia y Arácnea en Lidia, son las primeras que enseñaron a hilar, a urdir a bordar: tradición de las más honorables para un sexo cuyo trabajo tiene constantemente por objeto el bienestar y la dicha del hombre.

En Roma belicosa, que no conocía otro arte que la de la guerra, que no tenía otra ambición que la de vencer y despojar a todos los pueblos del mundo, la fabricación de las telas y otros tejidos había llegado a ser patrimonio de los esclavos o de los extranjeros. Pero como allí se fabricaban sino tejidos comunes, los patricios sacaban sus bellas telas de Egipto y del Asia. Durante largo tiempo, no se conocían en Roma sino los vestidos de lana; más tarde, el lino y el algodón entraron en la fabricación de los trajes de las mujeres, y sólo después de la conquista de Asia aparecieron las telas de seda que se vendieron a peso de oro. Nerón y Popea brillaron por sus vestidos de seda bordados de recamados de oro. El emperador Cómodo y Marcia, su concubina, se vistieron con una tela tramada de oro sobre cordones de seda, que les había enviado Atalo, rey de Pérgamo. Ya Séneca; ¡que habría dicho, pues, si hubiera vivido en la triste época de Hiliógabalo! Bajo el reinado de ese monstruo con cara humana, las patricias, a ejemplo de Faustina, llevaban trajes de un tejido tan leves que se veía a través de él. Esas son las telas que el satírico Petron designara con el nombre de tejido de viento y que Venus llamaba trajes de vidrio. El lujo de los vestidos aumentaba tanto más, cuanto más declinaba el imperio hacia su ruina. El fausto del vestido de Deoclesiano y de las damas de su tiempo, atestigua su pasión por las riquezas del adorno: hasta el gran Constantino no pudo entrar este defecto; se le veía pasearse en Constantinopla, con calzado y manto cubierto de perlas. Aquí conviene decir que el lujo es una máscara de la miseria pública; un Estado en su decadencia ostenta un exterior brillante, para ocultar la llaga que lo devora por dentro.

La pintura, lo mismo que las demás artes, no se explotaba en Roma sino por los extranjeros; no obstante, sólo se teñían telas comunes, pues las telas finas llegaban todas teñidas, de Asia, de Egipto y de Grecia. Los principales tintes en uso eran la púrpura, la escarlata, el purvio y el amarillo. El azul, el verde, el violado y otros matices se empleaban mucho menos. El color llamado púrpura, entre los antiguos, se dice que fue descubierto por un perro que habiendo comido

conchas a la orilla del mar, volvió con la boca ensangrentada adonde su amo. Éste, creyendo herido a su perro se apresuró a limpiarlo con una muñeca de lana que permaneció teñida; desde aquel momento, el color púrpura fue encontrado y reconocido por el más sólido de todos los colores. Los indios conocían también la cochinilla bajo el nombre de *Kermes*; la empleaban en hacer la escarlata mezclándola con la púrpura. La misma mezcla en otras proporciones, les dada todavía el Purvio. Muchas plantas colorantes tales como la Rubia, el Azafrán, las tierras funginosas y la decocción de roble también estaban en uso.

Según Plinio y Arriano, parecía que los pueblos de la India conocían el secreto de imprimir sobre las telas todos los colores, excepto sólo el blanco. Estaba reservado a la química moderna hacer este descubrimiento. Sus procedimientos de tintura hacían indestructibles ciertos colores, si se debe creer este pasaje de Plutarco:

> "Cuando el tesoro del rey de Prusia, cayó en poder de Alejandro, se encontraron allí telas teñidas desde hace doscientos años, y que no habían perdido su brillo".

Y este pasaje de Plinio:

> "Las Pretextas con que Servio Julio, sexto rey de Roma, mandó revestir la estatua de la fortuna, duraron hasta la muerte de Sejeano, es decir 560 años, expuestos al aire, sin que se hubiesen empañado sus colores".

Según los numerosos documentos que nos quedan acerca de la púrpura, es cierto que los antiguos gustaban de este color; los vestidos rojos, entre ellos, se encontraban tan multiplicados como los vestidos negros entre nosotros. La púrpura de Tiro era las más estimada, la más cara y no tenía por Rival sino a la púrpura de Hermione. Plutarco nos hace saber que Alejandro, al hacerse dueño de Suza, encontró en los almacenes de esta ciudad, cinco mil quintales de púrpura amontonada desde hacía ciento noventa años; la libra valía 784 francos.

Con arreglo a las investigaciones de nuestros sabios, la púrpura era suministrada por muchos peces o conchas, entre otros el *murex* y *elbuccinum* que existen todavía en las riberas de diferentes mares. El receptáculo del licor colorante está situado en la garganta del animal; este licor tiene un aspecto amarillento, sólo poco a poco y con el contacto del aire, adquiere un hermoso color rojo. Muchos experimentos hechos por Reamur sobre este licor, le hicieron descubrir que el sublimado corrosivo la hacía mudar en rojo escarlata. Es, pues, muy probable que los tintoreros de la antigüedad operaran algunas mezclas propias para determinar reacciones químicas, como las que practican nuestros tintoreros del día. La púrpura, mezclada con otras sustancias, daba diversos tintes, o más sombríos o más claros: entre esos tintes, se distinguían la amatista o púrpura violada; el *conchyse* o púrpura clara, el rosado, el purvio, etc.

¿Por qué el púrpura no se emplea ya en nuestros días? ¿Ha desaparecido de nuestros mares esta preciosa concha? De ningún modo; su especie, al contrario se ha multiplicado en razón

de la paz de que goza desde que la industria tintorera hace uso de su cochinilla. Esta industria ignora los procedimientos que empleaban los tintoreros de Tiro y de Sidón, el hombre desdeña hoy la huella de ese pez que tan caro compraba en otro tiempo.

Arte de bordar

Todos los escritores de la antigüedad están unánimes a lo que toca a las obras maestras de bordados debidas a las manos de las mujeres. Diversas materias preciosas entraban en esos bordados de oro, la plata, la seda y la lana teñidas; pedrería de varios colores se colocaba también en ellos artísticamente.

El manto de Jason se citaba como una obra maestra de tintura y de bordado. Arácnea tejía y bordaba hasta excitar los celos de Minerva. Elena hizo a Paris el presente de una banda bordada por sus manos. Andromaca bordaba flecos sobre una túnica; esperando a Héctor a quien ya no debía volver a ver. Las Sidonias a quienes Paris había inducido a Troya, bordaron un velo con tanto arte y perfección, que Hércules lo juzgó digno de ser ofrecido a Minerva. Las egipcias y particularmente las Babilonias eran renombradas por la habilidad de su aguja; pero los bordados de Sidón, en Francia, las vencían. El velo que cubría el seno de Cleopatra, en el suntuoso festín que esta reina magnifica dio a César, había salido de las manos de ella; costaba 2'000,000 de sistercios, 4000,000 francos poco más o menos.

Se conocía también el arte de recamar y tramar con oro y plata las telas; este arte, nacida en la India; fue llevada igualmente a Grecia y Roma. Pericles y Alcibiadis poseían magnificas túnicas con bordados de recamados; el último sobre todo se hacía notar por la finura de sus vestidos y por la profusión de los bordados de que estaban cargados. El lecho de oro sobre el que el tirano Denis hizo sentar al cortesano Demoes, tenía por cobertor un rico tapete con dibujos recamados. La pretexta de los senadores y de los magistrados romanos era un traje blanco con bordaduras púrpuras, recamadas sobre la tela.

Los vestidos de los ricos sobresalían por el brillo de los colores, la delicadeza de los bordados y la finura del tejido; la reunión de estas cualidades los ponía en un precio muy elevado. El manto de Alejandro el Grande costaba 100,000 francos, según Aristófano. El velo de Cleopatra de que acabamos de hablar 400,000 francos. Con arreglo a la elevación de estos precios, se puede juzgar de la calidad de la tela y de la perfección del trabajo.

Peinados

Los peinados de las mujeres griegas de la alta antigüedad y de las damas romanas en los primeros siglos de Roma, eran de una extrema sencillez. El peinado consistía entonces en separar los cabellos por una línea media en lo alto de la cabeza y en trenzarlas en largas esterillas que caían sobre los hombros, o también en redondearlos en anillos desatados para dejarlas flotar alrededor del cuello.

Más tarde aparecieron los ferroñes ahuecados de muchas onduladas, cuyas puntas se torcían e iban a perderse en la masa de los cabellos que formaba estrecha cintilla enrolladas llamada tenia.

Cuando la civilización hizo progresar las artes y desarrolló el gusto del lujo, la coquetería inventa mil encantadores peinados para realzar la belleza. Ya los cabellos, separados en partes iguales, formaban esterillas que se arrollaban en coronas alrededor de la cabeza; ya la masa de los cabellos, anudada en la región occipital, se dividía en trenzas, bucles, nudos y adornos diversos. Tales eran los antiguos peinados griegos y romanos, cuyos dibujos se nos han conservado en piedras grabadas y bajo relieves. La moda cambió poco a poco esos peinados; se adornó la cabeza con corona de flores e hilos de perlas; la frente se ciñó con una especie de diadema, los nudos, las trenzas variaron sus formas, las cintillas que se enredaban alrededor de los rostros, fueron cargadas de pedrerías; algunas cintas de seda desde luego, y después de oro y plata, con dibujos en relieve, ornaron los cabellos y flotaron sobre los hombros; en fin, el arte del peinado se complicó y llegó a ser muy difícil. Las leyes de Roma nos hacen saber que los peinadores y peinadoras un largo aprendizaje para adquirir el gusto y la habilidad necesaria a su profesión.

El arte del peinado se dividía en muchas ramas, y cada rama poseía sus celebridades. Habían peinadores que trabajaban exclusivamente las trenzas y las esterillas, otros que no hacían sino bucles y rizos. Habían peinadores para los *Totules* o rodetes; en fin aquellos cuyo gusto se había desarrollado por una larga práctica, daban la última mano al edificio del peinado.

Cuando Roma llegó a ser la señora del mundo, el lujo y los gastos para el tocador aumentaron tan prodigiosamente, que cada nueva conquista, cada cortejo triunfal traía algunas innovaciones en el vestido y en el peinado. Algunas veces los cabellos enrollados con cintillas de oro y de púrpura, se encerraban en una delicada redecilla de perlas finas; otras veces, varios alfileres y flechas de oro fijaban las trenzas numerosas alrededor de una diadema centellante de piedras preciosas. En fin, a fuerza de querer innovar y sobrecargar la cabeza de ornamentos, las damas romanas se habituaron poco a poco a peinados tan ricos, tan complicados, que acabaron por no hallar soportables sino los que cargaban más ridículamente. Entonces se vio peinados que se llamaban enamorados, en los cuales se daba a los cabellos la forma de una paloma, de un corazón

inflamado herido con flechas; los peinados de lira, en que los cabellos simulaban los dos lazos de la lira. Se vio peinados guerreros representando un casco, un *bouquet*, una catapulta, una torre almenada. Esta suerte de peinados exigía tan grande cantidad de mechas redondas y llanas, de rollos y de nudos dispuestos por grados, que, para peinar a una sola cabeza, se necesitaba el despojo de otras veinte cabezas. Se vio peinados de paloma, de sauce llorón, de aretusa; pero el peinado mas complicado era, sin contradicción, el peinado olímpico compuesto de una infinidad de trenzas, desde el grosor del dedo hasta la terminal de una aguja, y de una multitud de bucles de todas dimensiones.

La cabeza entera se encontraba cubierta de lentejuelas de oro y plata, de perlas, de cintillas y de lazos; una diadema centelleante de pedrerías móviles y de cincelados de facetas, completaba este peinado, tan deslumbrante que con el sol los ojos no podían sostener su esplendor.

Se dice generalmente que el arte del peinado, no llegó, en Roma, al grado de perfección a que le han llevado los hábiles peinadores de París; sin embargo, leyendo la historia, es fuerza convenir en que los antiguos ponían en obra una multitud de procedimientos ingeniosos y que superaban a aquellos por el lujo y la riqueza.

Las modas romas, relativas al peinado, bajo los emperadores, fueron tan cambiantes, tan monstruosas como los franceses en los siglos diez y siete y diez y ocho. Se hacía en Roma un comercio considerable de cabellos extranjeros, de torres y de pelucas. Por una de esas rarezas cuyos ejemplos se encuentran en todos los pueblos, llegó una época en que las elegantes romanas no quisieron conservar el color natural de sus cabellos; los tiñeron, pues, de rojo por medio de un jabón Galo que contenía una fuerte porción de cloruro de soda. Pronto no se contentaron ya con un jabón, comúnmente infiel y peligroso, quisieron hacer uso de cabellos postizos. Entonces se despojó a las mujeres de los Catos y de los sicambros de su cabellera roja, se hizo venir de las Galias y de Bélgica cabellos rubios, se establecieron en Roma algunas tiendas en que se vendían moños galos y tupés germánicos que las damas adaptaban a su cabeza con todo el arte imaginable.

De las mujeres esta moda pasó a los hombres, y muchos altos personajes, no contentos con llevar pelucas rojas las empolvaban con oro para verlas más brillantes. La cabellera del emperador Cómodo que usaba de este polvo, reservaba al punto de hacer bajar los ojos al que se atrevía a mirarlo. La moda de los cabellos rubios llegó a ser tan general, que sólo las mujeres de cutis muy morena consentían en conservar el color negro de sus cabellos, y todavía tenían cuidado en desleír el ébano por diversos procedimientos.

Más tarde la moda desechó el color rubio para sustituirlo por el negro. Entonces, los químicos de la época inventaron varios procedimientos onelanogicos, es decir que teñían de negro los cabellos rubios y blancos. En el número de esas tinturas, se encontraba una de las que se

emplea todavía, compuesta de cal y de un óxido de plomo. Pero no tardaron en abandonarlo a causa de sus inconvenientes y de sus peligros.

Flores y coronas

Las flores naturales y artificiales, ya simples, ya reunidas en racimo, en ramilletes o trenzadas en coronas; entraban ordinariamente en la composición del vestido y sobre todo del peinado.

La antigüedad tuvo ramilleteras célebres, entre otras Gliceria, que fue la amante del pintor Pausias y su rival en el arte de componer guirnaldas y coronas. Las damas romanas dejaban entrar en su tocador a algunas ramilleteras a fin de escoger las flores con que querían adornarse. El arte de la estefanoplacia, es decir el arte de fabricar coronas, de mezclar las flores, de variar, de surtir los colores, de componer canastillos, guirnaldas, magníficos ramilletes, de dar una forma elegante a las espigas, gavillas, a las palomas, etc., se había llevado a tal grado de perfección que los pintores iban a pedir modelos a los artistas ramilleteros, cuando tenían que pintar ramilletes. Los escritores de la antigua Grecia que al contemplar una cesta de flores compuesta por un hábil ramilletero no se sabía lo que debía admirarse más, si la brillante variedad de los colores, o el arte con que estaban dispuestos.

Las damas romanas empleaban, pues las flores en su adorno, lo mismo que se les emplea en el día; además cada flor tenía su lenguaje. Así, la madreselva colocada en los cabellos de una joven núbil significaba; "deseo casarme; un mugete [sic]: Lo escucharé a usted"; un mirto correspondía a sus deseos. Un tulipán en los cabellos de una mujer casada quería decir: "Amo a mi esposo y desprecio la alabanza de los hombres, etc., etc." Hoy, no sólo las flores de un peinado no tienen ninguna significación, sino que desdicen algunas veces la edad y la figura de las mujeres que las llevan.

Calzados

Los calzados de las damas romanas se hacían notar tanto por la variedad de las formas como por la riqueza de los materiales con que lo componían y la elegancia del trabajo. Según su fantasía, las patricias podían calzarse la sandalia, el zapato, el brodequin, el botín simple o el coturno.

Los zapatos y los brodequines estaban cargados de bordados o de joyas, tales como las hebillas y botones de oro, moscas, cigarras, escarabajos y serpientes entrelazadas, etc. En el contorno se veían brillar las perlas y los metales más preciosos; se admiraba también en ellos la cabeza de un león, de un leopardo o de una águila, artísticamente bordada. La delantera de la caña

estaba algunas veces ornada con un magnifico camafeo o con una perla de muy grande precio. En fin, las princesas, no sabiendo cómo eclipsar a las ricas patricias que llevaban botines sobrecargados de bordados y de perlas, tuvieron la idea de parecer en público en suela de oro macizo, cuyos cincelados centelleaban como diamantes.

Cada calzado tenía su nombre propio y su destino; los unos se llevaban en el interior de la casa, los otros en el exterior. Una patricia elegante cambiaba de calzado cada vez que salía. Si alguna circunstancia imprevista, le hubiera obligado a salir veinte veces en el mismo día, veinte veces había cambiado de calzado.

He aquí los nombres de los calzados más en uso entre las señoras romanas.



Sandalias romanas

Diabatres: zapatos comunes a los dos sexos.

Sandalias: las había sencillas y muy ricas, igualmente llevadas por los hombres y las mujeres.

Lancia: especie de chinelas para la casa.

Lacónica: sandalia de forma particular para viajar.

Campotes: calzados ligeros, igualmente para el viaje.

Psaltides: zapatos finos para la danza.

Crepides: botines comunes de los dos sexos.

Coturnos: botines ricos de que se servían en el teatro, y que las damas se calzaban en los días de ceremonia.

Konipodes: chinelas que tenían el cabo puntiagudo y levantado.

Enemides: pequeños botines de cañas suaves, que no pasaba del tobillo.

Calceus: zapato ordinario de piel de cabra.

Mulleus: zapato de tela bordado de oro.

Peribarides: calzados especialmente reservados a las damas nobles.

Persicos: zapatos de piel blanca ornados de filetes de oro y de cintas.

Embates: calzado que imitaba el del teatro.

Bacea: cupido, *phecacium*, zapatos sicionanos [sic], notables por la elegancia de su forma y la riqueza de sus ornamentos; eran particulares de las mujeres galantes.

El zapato sería la señal de distinción. Así, los botines llamados *peribarides* anunciaban una dama perteneciente a las primeras familias del estado. El calzado llamado cupido no era

llevado generalmente sino por las mujeres galantes y las cortesanas. Las mujeres del pueblo se calzaban los *compodes* o las simples sandalias.

Joyas y aderezos

Los plateros griegos y romanos habían multiplicado de tal modo su número y la forma de las alhajas, que según las investigaciones de muchos arqueólogos, nuestros joyeros modernos los más hábiles no son sino copistas o imitadores. Las obras que tratan de la joyería de los tiempos antiguos son, en efecto, minas inagotables, cuyas oscuras profundidades respetaremos sin embargo, para no fatigar la atención de nuestros amables lectores. Les bastará saber que las diademas, collares, zarcillos, brazaletes, anillos, alfileres, broches de todas formas, de todas dimensiones, sobrepuestos de bustos, de estatuas, de pies, de animales, de pájaros, de insectos, de flores, etc., etc., eran ornamentos indispensables a las damas romanas, y que estimaba el trabajo artístico de estas joyas muy por encima de su materia prima. Los alfileres para el cabello tenían un gran valor, sus cabezas, ordinariamente, estaban ornadas de figuras delicadamente cinceladas. Se citan alfileres que costaban ¡hasta cien mil francos! Uno de estos alfileres para el cabello de la emperatriz Sabina, conservado en el Museo de Portici, representaba a la diosa de la abundancia tomando con una mano el cuerno de Aqueloo y con la otra acariciando un delfín. Winckelman ha dado la descripción de él en su carta sobre las antigüedades de Herculano.

Los collares, parte obligada de un tocado, abrazaban el cuello por una o muchas vueltas; una de estas ramas bajaba sobre el pecho; un magnífico camafeo les servía de broche. Se puede juzgar de la finura del trabajo y de la pureza de ejecución del artista, por los camafeos antiguos y las piedras grabadas que existen en nuestros museos.

Los brazaletes de perlas de tres o cinco ramas, los brazaletes de oro incrustado o pedrerías, agobiaban los brazos y los puños de las damas romanas. Los anillos centelleaban en sus dedos y los más ricos cinturones rodeaban su talle. Muchas de estas joyas han llegado a ser históricas. Así, el anillo de Faustina costaba un millón; el de Domicia, millón y medio. El brazalete de Cesonia costaba dos millones. Los zarcillos de Popea valían tres millones, y se pretendía que los de Calpurnia, mujer de J. César, habían costado el doble. La diadema de Sabina, tanto por el trabajo como por la materia, era estimada en seis millones. Lolia Paulina, esposa de Calígula, mostró un verdadero furor por las joyas y aderezos. Se mostraba en público toda cubierta de alhajas de oro pedrerías, que hacía aún más deslumbrante su disposición, hábilmente combinada: tenía la cabeza sobrecargada de ellas; su pecho, sus brazos, sus manos y sus pies estaban cubiertos de tantas joyas, que radiaba como un astro y fatigaba la vista. Plinio valúa las joyas de estas emperatrices en

cuarenta millones; y no las debía a la prodigalidad de emperador, añade el historiador, eran la herencia de su abuelo, es decir los despojos de las provincias romanas, el fruto de las concusiones de Lodio, difamado en todo el oriente, por las sumas inmensas que había arrebatado a los pueblos.

Se deben también contar entre las joyas históricas, las dos perlas que llevaba Cleopatra en sus orejas y que, no teniendo iguales en el mundo entero, se encontraban fuera de toda valuación. Esta reina magnífica, juzgando mezquinos los enormes gastos que hacía Antonio para darle fiestas, le propuso un día la apuesta de gastar en una cena más de los que había gastado en diez fiestas. Aceptando el desafío Cleopatra mandó que le trajeran una copa llena de vinagre fuerte, y desprendido una perla de su oreja, la echó en la copa. Después que la perla se disolvió por el ácido, acercó la copa a sus labios, y apuró el contenido de un solo trago. ¡Esta perla podía representar veinte millones! Ya Cleopatra se aprestaba a hacer sufrir la misma suerte a la otra perla, cuando Planco, juez y testigo de la apuesta, se opuso a ello, sentenciando que Antonio había perdido. Más tarde, esta perla, convertida en propiedad del Estado romano, fue partida en dos y sirvió para hacer unos zarcillos a la Minerva del *Panteón* de Roma.

En el tiempo de Plinio, las perlas y las piedras preciosas eran tan comunes en la clase rica, y tan necesarias al adorno, que la patricia, más modesta habría querido abjurar de su rango si se hubiera presentado en público sin sus joyas. Juvenal decía con este motivo, que era más fácil hacer salir a un cónsul sin sus haces [sic], que una dama sin sus aderezos.

Los anillos estuvieron siempre de moda entre las romanas; comenzaron desde luego por llevarlos en el dedo meñique, luego en el anular, y sucesivamente en todos los dedos de ambas manos; enseguida se multiplicó el número por cada dedo, de tal suerte que ciertas damas tenían los dedos bajo el oro y las pedrerías, como un guerrero bajo su armadura. Se llevó la coquetería hasta cambiar de anillos según las estaciones y los días. Los anillos de estilo brillaban sobre todo por su delicadeza y su ligereza; los anillos de invierno eran mucho más anchos y macizos. Las piedras grabadas que se engastaban en los anillos tenían un alto valor, a causa de la belleza del trabajo microscópico. He visto en Florencia un ónix antiguo, de la anchura de la uña. Sobre el cual estaba grabado una catagogia o fiesta de Venus líbia, representa diez y siete personajes perfectamente distintos y de una pureza de ejecución que sería difícil de igualar. Por lo demás, muchos sabios arqueólogos piensan que la glíptica de los antiguos excedía a la muestra, por la vivacidad del rasgo y lo acabado de la obra.

Zarcillo. El orgullo, podría decirse la locura de las patricias, resplandecía sobre todo en el lujo de los zarcillos. La materia y el trabajo de estas joyas los subían a precios increíbles. Los zarcillos de tres o cuatro vainas eran los más estimados; se les llamaba crotales; de su extremidad inferior pendía un cascabel, cuyo sonido argentino atraía la atención pública y halagaba el orgullo

del que lo llevaba. Los crotales anunciaban un adorno distinguido y de gran fortuna. El precio de los crotales era tan elevado, que Séneca indignado exclamaba: Ya no se adornan las mujeres con una perla en cada oreja, necesitan tres cuyo peso debe serles insoportable. Estas mujeres, en su locura piensan que sus maridos no sufren bastante, si no tienen en cada oreja el valor de tres herencias.

Ya desde el tiempo de César, la pasión por las perlas, por las piedras preciosas y otras joyas se mostraba tan violenta entre las romanas de elevada y mediana condición, que aquel emperador aprovechó de ella contra el celibato, prohibiendo adornarse con ellas a toda mujer no casada. Se refiere que después de ese edicto, los matrimonios se multiplicaron considerablemente en todas las ciudades del imperio; las mujeres que no habían podido encontrar un marido, iban a acusarse ante los jueces de haber dado a luz a un hijo ilegítimo, prefiriendo esta vergüenza al dolor de andar despojada de todo adorno.

Ligas. Las ligas de las damas romanas se hacían notar por el lujo de sus ornamentos; el oro, la plata y la pedrería entraban en su fabricación. Sabina la Joven poseía un par de ligas valuadas en cerca de un millón, a causa de los ricos camafeos que les servían de broche. Se vio patricias gastar locamente una parte de su fortuna por superar a sus rivales en este género de adorno. Haremos observar que las ligas no se empleaban como hoy, en sostener las medias, puesto que los antiguos no conocían esta pieza del vestido; servían para fijar una especie de calzoncillos de tela fina. Se veía también damas que llevaban ligas en la pierna descubierta, como los brazaletes en los brazos.

Pero este tipo de lujo de vestidos, de joyas y de aderezo nada era comparativamente con el lujo que ostentaba toda dama de alto nacimiento. Una patricia poseía a lo menos veinte esclavas especialmente consagradas al servicio de su persona. Las princesas y las damas pertenecían a las primeras familias de Roma, poseían cincuenta, cien y algunas veces más. Así como en los tiempos modernos, los grandes señores procuran brillar por el número de sus caballos y el lujo de sus equipajes, así las damas romanas procuraban superarse por el número de las esclavas que componían el tren de sus casas.

Muchas leyes suntuarias se promulgaron en Roma, bajo los cónsules y los emperadores, para poner freno al lujo y a los locos gastos de las mujeres. La primera llevó el nombre de ley Opia, porque Cayo Opio, tribuno del pueblo, fue el instigador de ella. La historia refiere que las damas romanas conspiraron jurando no tener hijos, hasta que hubiese obtenido la revocación de aquella ley, y la obtuvieron, a pesar del grave discurso de Catón ante todos los senadores reunidos.

Perfumistas

Según las investigaciones arqueológicas de muchos sabios, entre los que citaremos a Grutter; Boetiger, Muraton, existía en Roma antigua un gran número de perfumistas. Los unos vendían perfumes, procedentes de oriente y operaban diversas mezclas para fabricar perfumes compuestos, los otros se abandonaron a diferentes preparaciones de los blanquetes y coloretes para el rostro, aguas y pastas astringentes para las arrugas; tintura para los cabellos, las pestañas y las cejas; pastas y polvos depilatorios para destruir los pelos desgraciados de ciertas partes del cuerpo, etc. Existía otra clase de perfumistas más instruidos, que se ocupaban de todas las preparaciones favorables a la belleza del cuerpo. La inmensa cantidad de recetas cosméticas de aquella época prueba, de una manera preventiva los cuidados incesantes que las mujeres tomaban para su belleza. Critón, médico de la emperatriz Clotina, escribió una obra sobre la cosmética o arte de embellecer, en la cual habla de esta clase de perfumistas. Fabricio en su biblioteca griega, nos ha trasmitido los nombres de veinticinco perfumistas más nombradas.

Si el arte de la perfumería no estaba tan adelantado entre los antiguos como entre los modernos, a causa de los progresos que la química le impuso en nuestros días, no se puede rehusar a los perfumistas griegos y romanos el conocimiento de una multitud de recetas y procedimientos cuya eficacia era reconocida. Pero las antiguas sobresalían en la fabricación de diversos botes, pomos, vasos y cajas destinadas a contener perfumería.

El género de los artistas griegos era mucho más fecundo que él nuestro en la creación de esos objetos, cuya inmensa variedad, en cuanto a forma, a los dibujos, a las esculturas y a la riqueza, era incalculable; para permanecer asombrados ante aquella prodigiosa variedad, hoy las damas tienen simplemente un lavatorio con dimensiones dispuestas de una manera capaz de contener los utensilios, siempre de materia preciosa y fabricado por artistas célebres, y se eleva en un precio exorbitante. Entre las mesas giratorias usadas entonces para el tocado, se notaban algunas cuyas esculturas, incrustaciones de oro y pedrería, forma y trabajo podían colocarse en el primer rango como objeto de arte.

Dientes postizos

El arte del dentista, entre los antiguos, no había llegado al grado de perfeccionamiento a que lo han conducido los hábiles dentistas del siglo diez y nueve, pero se fabricaba dientes postizos y lo adornaban con tal destreza que era imposible descubrir el artificio. Los satíricos latinos dirigieron picantes alegorías a ciertas coquetas que pedían prestados sus bellos dientes a los despojos de muerto o a los colmillos de un elefante.

Espejos

Los espejos de alinde que son hoy de tan frecuente uso, eran completamente antiguos; fabricaban sus espejos con discos de plata o de acero pulido. Todas las mujeres no poseían espejos; el precio elevado de ese mueble, bastante caro, reducía su empleo a las clases más ricas. Existían espejos de un increíble valor, rodeado de perlas y de piedras preciosas, cuyo reverso estaba guarnecido con una plancha de oro cincelado; un mango de marfil, ornado de delicadas esculturas, sería para sostenerlo. Una cadena de oro, del más bello trabajo, se fijaba al borde superior para colgarlo; dos finas esponjas, pendientes de un cordoncillo a sus costados, serían para limpiarlo cuando la respiración había empañado su brillo. El espejo de Lais fue célebre en la antigüedad; el de Cleopatra costó ciento cincuenta mil francos; la emperatriz Sabina quiso todavía exceder a la reina de Egipto y sacrificó medio millón por un espejo. El gran precio de esos espejos hizo decir al filósofo Séneca, irritado por ese lujo:

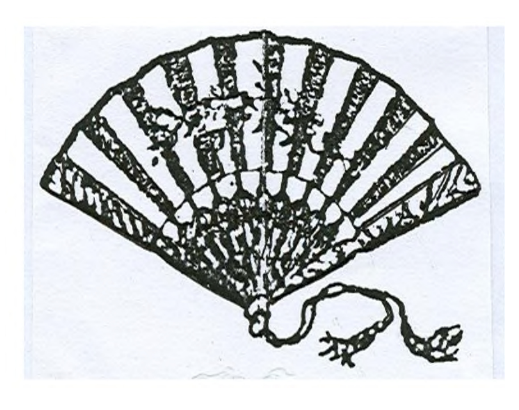
> "Toda las sumas otorgadas por el Estado a las hijas de los mártires de la patria, no bastarían para comprar uno de esos espejos".

Abanicos

El abanico es uno de los utensilios higiénicos más antiguos; se le encuentra en casi todas las naciones del globo. Los indios, los babilonios, los médos, asirios, egipcios, etc., etc., usaban el abanico. La beldad célebre que encendió la guerra de Troya se servía de un abanico de plumas de avestruz. Cuando el pavo real se importó a Grecia, el brillo de su plumaje lo hizo desde luego consagrar a Juno, y las manos profanas no se atrevieron largo tiempo a tocarlo; pero, más tarde, habiéndose multiplicado la especie, se fabricaron abanico con las plumas de su cola. Esta especie de abanicos, de largos mangos, se usaba aún entre los orientales. Las esculturas y pinturas halladas en Herculano representan a varios esclavos, armados de abanicos de plumas de pavo real, echando aire a su ama. En muchos bajos relieves, se ven abanicos de plumas de esta ave. Los romanos colocaron entre las plumas pequeñas láminas de madera o de marfil, para dar más resistencia al abanico. La palabra *tabellæ*, empleada por Ovidio, Propercio, Tíbulo, significa un instrumento para agitar el aire, un abanico.

El lujo no tardó de apoderarse de los abanicos, como se había apoderado de los espejos y de otros objetos de adorno, los enriquecían con ornamentos de oro y de perlas, de una manera capaz de halagar la vanidad de las damas. El valor de algunos abanicos históricos llegó a ser casi fabuloso: el abanico de Semíramis fue comprado, en Roma, en 200,000 francos; el de Cleopatra ¡en 300,000!

Los elegantes, destiempo de Ovidio, llevaban los abanicos de sus damas, y las abanicaban galantemente. En una época bien anterior, Hércules había agitado un abanico de plumas de avestruz para refrescar el aire que respiraba la bella Onfale. Resulta de todas las investigaciones arqueológicas y de muchos bajos relieves, sobre todo del mosaico explicado por Visconti, que los abanicos modernos más ricos no pueden ser acompañados con los antiguos, por la magnificencia y la delicadeza del trabajo. Los dibujos y pinturas conservadas en los vasos antiguos ofrecen tantas variedades y modificaciones de esos abanicos, que se ha llegado naturalmente a creer que la moda, hace dos mil años, era enteramente tan mutable como lo es en el día.



Abanico

Los abanicos de plumas reunidas en manojos o separadas por láminas de madera preciosa o de marfil, de forma redonda, oval o triangular, fueron los más usados. Esta moda que, de los Babilonios, pasó a los Egipcios, luego de éstos, a los Griegos y a los Romanos, se conservó durante la edad media y llegó hasta el siglo diez y seis, con la diferencia de que las plumas de pavo real se preferían, en Europa, a las plumas de avestruz para la fabricación de los abanicos. Venecia, Génova, Livournia eran mercados donde se hacían el comercio de las plumas de avestruz y de pavo real; las primeras venían de Alejandría, de Esmirna y de otras ciudades del Levante. Los abanicos de las damas italianas de los siglos onceno y duodécimo, cuyos dibujos nos han dado el Ticiano tenían forma del todo originales. Las plumas de avestruz, de pavo real, de grajo, de cuervo de la India, de loros y de otras aves, entraban en su fabricación.

Quitasoles

Las sombrillas o quitasoles nos vienen de la India y del Egipto, donde estaban en uso desde la más remota antigüedad. En algunos bajos relieves encontrados en Persépolis, se ven quitasoles poco más o menos semejantes a los nuestros; no se diferenciaban sino por la riqueza y dimensión. Las damas griegas y romanas hacían llevar sus quitasoles por medio de esclavas, así como lo hacen en el día los pueblos orientales.

Bolas de ámbar y cristal

Una moda singular, según dicen, venida de Egipto, se estableció tiránicamente entre las damas romanas; esa moda consistía en rodar entre los dedos y en oprimir bolas de cristal, a fin de retirar el exceso calórico de las manos y de procurarse frescura. Cuando la bola de cristal empezaba a calentarse la cambiaban por una bola de ámbar que, al calentarse a su turno esparcía un olor agradable. Las damas romanas tenían esclavas especialmente encargadas de conducir esas bolas en una redecilla de oro o de plata; ordinariamente en las fiestas públicas, en el circo, en los teatros, era donde las usaban; pero se ejercitaban particularmente en rodarlas y en pasarlas de una mano a otra con toda la gracia que exigía esta maniobra. Las bolas de ámbar y de cristal llegaron a ser poco a poco indispensables a las romanas a la moda, y se hizo de ellas, durante largo tiempo, un comercio considerable.

Carruajes – literas

Los antiguos no conocían los coches suspendidos; se servían de carros, ordinariamente de dos ruedas, y de literas conducidas por mulas blancas o esclavos. Las literas de las grandes damas se distinguían de las demás por la profusión de los ornamentos y el lujo de las colgaduras. Escogían para la construcción de las literas aristocráticas, las maderas más raras: sus montantes y sus travesaños estaban minuciosamente esculpidos e incrustados de metales preciosos. Sus tentáculos de marfil macizo, representaban los pies de una esfinge, de un unicornio, o las garras de un buitre; las barras que servían para conducirlas en los hombros de los esclavos, estaban igualmente guarnecidas de virolas de oro y de marfil; en sus cabos flotaban cintas o banderolas con los colores de la patricia; y muelles cojines y colgaduras con franjas doradas guarnecían el interior de esos vehículos que tenían alguna semejanza con los palanquines de los chinos.

Según el rango y la fortuna de la matrona, seis u ocho esclavos, dos o cuatro mulas, conducían la litera; dos negros, especie de batidores, la precedían; otros dos esclavos la seguían, llevando unos banquillos para bajar; en fin dos más marchaban a cada lado, armados de abanicos. Negligentemente acostada en sus cojines, con el cuerpo apoyado en el brazo izquierdo, la dama romana procuraba atraer las miradas de los transeúntes por el lujo de su vestido y por la prodigalidad que ostentaban en la brillante librea de su servidumbre. San Crisóstomo censuraba así el fausto de estas orgullosas romanas:

> "No hay límites en el lujo de sus vestidos y adornos; el afeite se extiende sobre sus rostros: sus trajes están bordados de oro; sus collares, sus brazaletes son de oro; se

hacen conducir en literas doradas, o arrastrar en carros por mulas blancas con arneses dorados; les agrada ir seguidas de una multitud de lacayos y camareras, etc."

Los diversos escritos de los filósofos, poetas e historiadores romanos, comprueban que el lujo y la coquetería de las señoras romanas se aumentaban a medida que los vencedores del mundo enriquecían su patria con los despojos de los pueblos vencidos. Muchos tratados acerca de los medios de embellecer y de rejuvenecer el cuerpo, compuestos por médicos de aquella época, se leían con avidez por todas las mujeres. Los dientes postizos, los cabellos postizos, los contornos postizos, los postizos de toda especie; las tinturas depiladotas, las pomadas y aguas virginales, los coloretes, los blanquetes, etc., se vendían públicamente a las mujeres; el afeite sobre todo había llegado a ser un objeto de adorno indispensable. Por último, el arte del cosmético y el del adorno se llevaron a tan alto grado de perfección entre las damas romanas, que podían ocultar su edad, disfrazar sus defectos, sus deformidades y burlar a la fealdad; tanto, que una vieja coqueta adornada y cuidadosamente embadurnada, ofrecía todas las apariencias de la juventud y de la belleza. Pero por la noche ¡ay! cuando se quitaba las piezas de su tocado, la naturaleza recobraba sus derechos y el hechizo se evaporaba.

> "Guardaos, decía Ovidio, de ver a una mujer vestida y adornada si queréis conocerla pues entonces su edad ha desaparecido bajo las capas de afeite, y sus defectos se han perdido bajo el brillo del oro y de las pedrerías; vuestros ojos no perciben de la mujer sino su brillante coraza."

Intercambiemos aquí una breve comparación entre el vestido de las antiguas damas romanas y el de las grandes damas francesas de los siglos diez y seis y diez y siete; esta comparación demostrará al lector que a dos mil años de distancia poco más o menos, la coquetería femenina se encontraba en el mismo punto, es decir empleaba los mismos procedimientos para llegar a los mismos resultados.

> "La belleza de las mujeres del mundo, en Francia, y, por imitación, en las naciones vecinas, se arregla todas las mañanas como un reloj; se diría que los encantos tienen su hora. La primera ocupación de una dama, al levantarse, es reparar las depredaciones de la noche sobre su rostro. La restauración se opera delante de un espejo que acusa comúnmente de engañador y de que afea el rostro. El retoque de la belleza se hace a puerta cerrada, pues una mujer estaría perdida si la sorprendieran por la mañana con su cara de por la noche.
>
> Esta restauración de los encantos comienza desde luego por abluciones, rociaduras, inmersiones, lavatorios, en seguida se cubre la tez lívida con carbonato de plomo, que da la blancura, y con el carmín, que da a las mejillas el tono de la rosa. Después de esto, se emplean las pomadas para los labios, los polvos perfumados para los dientes y los cabellos; vienen luego las esponjas, las escobillas, los peines, y por último las aguas de olor, las esencias, los perfumes diversos. Cada una de las drogas empleadas tiene su propiedad particular y su destino especial. Las unas rehacen el cutis, borran momentáneamente las arrugas causadas por el abuso de los placeres y por los años; las otras purifican el aliento, dan brillo a los ojos, suavizan

> la piel áspera, etc. En una palabra, se puede decir que todas las noches, antes de acostarse, las mujeres del mundo descomponen de arriba a bajo su rostro para volverlo, al otro día, tan nuevo como si nunca hubiera servido. La belleza de esas mujeres es una flor que muere y renace todos los días."

Volvamos a nuestras orgullosas y pródigas romanas, digamos algunas palabras acerca de su carácter colérico y de su brutal humor, que se descubría con frecuencia por actos dignos de su sexo. Durante el trabajo de su tocado, la patricia exigía de sus esclavas la atención más sostenida, para que, al menor signo, pudieran adivinar y ejecutar puntualmente sus ordenes; así como lo hemos referido ya, la más leve distracción de su parte era castigada con severidad. Esas desgraciadas esclavas debían estar desnudas hasta la cintura. Su ama lo quería así; a fin de castigarlas más a su sabor. Si una de ellas cometía la menor torpeza, aun una simple omisión, la romana se enfurecía, le arrojaba a la cabeza su espejo de metal, o, armándose de un largo alfiler, se lo sepultaba en los brazos, en el seno, y se ponía a sonreír a la vista de la sangre que saltaba de la picadura. Algunas veces, cuando un rizo o una mecha no estaba a su gusto, la despótica ama se levantaba furiosa, con el ojo encendido, saltaba sobre su esclava, la golpeaba, la mordía, la pisoteaba y la entregaba en seguida a un verdugo para que la azotara hasta la sangre. Y no se vaya a creer que este cuadro es exagerado; abrid la historia y consultad las costumbres privadas de las grandes damas de Roma, vuestros ojos apercibirán en ella colores mucho más sombríos. ¡Oh! señoras romanas ¡habíais olvidado que vuestro sexo debe reinar por la dulzura!

¡Cuán superiores en ternura y en buenos sentimientos son nuestras lindas damas a esas fogosas patricias! ¡Cuán preferibles son a ellas en todo y por todo! En un momento de impaciencia o de contrariedad, pueden destrozar un encaje, arrancar un rizo, aun romper un espejo, pero su ruidosa cólera se limita a eso. Nuestras jóvenes damas se indispondrían a la vista de la sangre derramada. Dulces, amantes por su naturaleza, tiernas y compasivas para sus semejantes, siempre están dispuestas a perdonar o a reparar las faltas cometidas por su aturdimiento. Siempre graciosas, siempre amables en su trato, son un tanto frívolas, un tanto ligeras; pero ¿qué queréis? ¡Son mujeres!

Ahora, si se establece otra comparación entre el vestido, los adornos y la coquetería de las mujeres, en los pueblos antiguos y modernos, es imposible dejar de confesar que la sencillez de los vestidos de nuestra época y el buen gusto en el corte y la postura de los trajes, no es un inmenso progreso del arte y del adorno. Esta arte, que las francesas poseen naturalmente y que perfeccionan cada día, las hace pasar, a los ojos de las naciones civilizadas, por las más amables y las más lindas mujeres del mundo. La *estola* y la *regilla* de las antiguas romanas podían imprimir a la cabeza un carácter imponente y severo; pero ¿quién se atrevería a negar que los monillos de punta y los encantadores trajes caseros de hoy, no favorecen un talle elegante y no hacen resaltar los tesoros de

un bello pecho? Confesemos, pues, que, si el traje griego y romano daba a las mujeres un porte de diosas, las modas parisienses les dan la flexibilidad y la ligereza de las sílfides.

Una palabra acerca del vestido y de los adornos de las mujeres salvajes del Nuevo Mundo

Después del paralelo que acabamos de hacer entre los vestidos antiguos y modernos, nada más curioso que echar una rápida ojeada sobre el traje de algunos pueblos salvajes del Nuevo Mundo.

Las descripciones siguientes probarán a los maridos avaros y regañones, que sus mujeres, comparadas a las salvajes indias, son extremadamente económicas respectos a los adornos y al tiempo consagrado a su vestido.

> "En los más ricos y coquetescos tocadores de la *Chaussée d`Antin*, dice el viajero de quien tomamos estos detalles, se cuentan en todo doscientos veintinueve objetos y preparaciones que sirven de tocado; en ciertos pueblos salvajes, los iroqueses, por ejemplo, se cuentan novecientos treinta y cinco, que son de primera necesidad. ¿Se quiere medir el espacio en que se opera? Nuestro viajero valúa, en la parisiense, en un cuarto del cuerpo la extensión que reciben las esencias, pomadas y demás capas cosméticas, mientras que, en todo el cuerpo de las mujeres del Misuri y de la Nueva Zelandia, nunca se ha encontrado el espacio de una pulgada cuadrada donde la coquetería no haya depositado su huella. ¿Se quieren considerar los esfuerzos del arte? La coqueta europea se limita extender en su cuerpo dos colores, el blanquete y el colorete, mientras que la piel pintada de una salvaje reúne a los ojos del inteligente, la pintura de género, el arabesco, la historia y el paisaje. ¿Se quiere comparar el valor? La joven americana sufre, por adornarse, la tortura de los instrumentos cortantes y punzantes, el vivo dolor del fuego y de los cáusticos, mientras que el pequeño suplicio de papillote, de los rizados, de la depilación, etc., no son sino una parodia de esas grandes ejecuciones de coquetería salvaje. ¿Se quiere oponer el buen gusto? Todavía no se han atrevido a negar que los trajes de la India y del Nuevo Mundo no *trapeen* mejor, según el deseo de los artistas, y que no acusen la desnudez con una verdad más seductora. ¿Se trata de riqueza? ¡Existen tales cachemiras de la India y tales piezas de vestir de la Florida, que son obras, maestras de paciencia y de destreza, cuya hechura representa treinta años de trabajo! ¿Se trata del hábito? El estado de *negligé* tan común entre nuestras damas, es enteramente desconocido en las selvas de América: la más fea, la más necia mujer no se pondría en camino, para ir a la caza o a la pesca, sin llevar su *neceser* de adorno, de que se sirve a todo momento...".

¡Silencio! diremos a esos padres avaros, a esos maridos regañones que van gimiendo sin cesar por los vestidos de sus hijas y de sus mujeres, y que ven su ruina próxima en cada traje, en cada cinta. ¡Imponed silencio a vuestras quejas por algunos momentos! Leed una vez más nuestro pequeño trabajo; comparad atentamente lo que se hacía en otro tiempo con lo que se hace hoy; de un lado, los excesos, la vanidad, el orgullo, una prodigalidad inaudita; del otro, la modestia, la

sencillez, la economía. Comparad, y os juzgaréis dichosos de vivir en un siglo en que las mujeres son tan sobrias de adornos dispendiosos, tan razonables, y tan dóciles.

CAPÍTULO III

MODAS FRANCESAS RELATIVAS AL VESTIDO, DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUÍA HASTA EL DÍA

SECCIÓN PRIMERA

Bajo Faramundo y sus cuatro primeros sucesores, es decir durante el siglo quinto, el traje de los francos, se resentía a la rigidez de sus costumbres: se componían de la braye, especie de pantalón de piel o de tela grosera, que se detenía encima de la rodilla, y del sayón o capa. La mayor parte de los francos iban con las piernas y los brazos descubiertos; la sandalia le servía de calzado, llevaban la cabellera y la barba enteras. Los jefes y los nobles se ponían la coraza y echaban encima una ligera capa abierta por los costados, semejante a la clámide griega o romana. El pueblo se cubría el cuerpo con pieles de animales muertos en la caza.

El vestido de las mujeres se componía simplemente de un ancho traje sin mangas, ajustado al talle por un cinturón, y entreabierto por delante de modo que dejara ver una parte del pecho.

Bajo los sucesores de Clovís (siglo sexto), los franceses, establecidos ya sólidamente en la galias, adoptaron los trajes de los pueblos que habían vencido y con los que se habían aliado. Esos mismos pueblos, viviendo bajo la dominación romana, habían adoptado en parte el vestido de sus vencedores, de eso resultó una grande variedad de trajes. También se veían en las diversas clases de la sociedad francesa, el calzoncillo galo llevado con la túnica romana; la clámide griega con la braye franca y las capas simples o adornadas de franjas, bordadas o guarnecidas de armiño, según el rango y la fortuna. Un ancho cinturón ajustaba la túnica al talle, una pañoleta plegada rodeaba el cuello y bajaba, algunos dedos, sobre el pecho. Los zapatos o sandalias, se sujetaban a los pies por correas que se enrolaban alrededor de la pierna.

El traje de las mujeres ganó considerablemente durante el siglo sexto. Los cabellos se arreglaron mejor, el peinado fue más coquetesco. El traje ya no tuvo la misma sencillez que antes, fue estampado y sobrepuesto de una ancha gorguera llana que los nobles se complacían en enriquecer con oro y pedrerías; las ropas interiores tuvieron mangas contenidas en el puño por un brazalete. Un cinturón abrazó el talle e hizo resaltar su elegancia. Del cinturón se colgó la

escarcela o pequeño saco que servía para contener las piezas de moneda, para las necesidades y limosnas. En fin una ancha capa, enteramente abierta por delante y fija sobre los hombros, dio a la mujer cierta dignidad. Los Foceanos que habían fundado a Marsella, contribuyeron mucho a extender en las galias las artes de lujo y el buen gusto.


Mujer. Época de transición siglos V-VII.

El traje francés, durante los siglos sétimo y octavo, no sufrió variaciones en cuanto a la forma; pero se enriqueció con bordados, con encolchados, con oro, con plata y con piedras preciosas. La túnica, simple al principio, fue en seguida ornada de una ancha franja, de un bordado, o de una pasamanería; las mangas amplias, ensanchadas, ofrecieron igualmente un rico ribete. La capa se llevaba a la romana, es decir sujeta al hombro derecho por un broche de oro o pedrerías, dejando el brazo y el hombro izquierdo enteramente descubiertos. El calzado tenía la forma de un zapato de talón levantado y enteramente descubierto sobre el empeine.

El traje de las mujeres ofreció más variedad: un velo colocado en la cabeza delineaba el contorno del rostro e iba a perderse en una ancha gorguera llana que caía sobre la túnica o traje. Este último, bordado de franjas o de pieles formaba el vestido de debajo; una segunda túnica de mangas anchas, ornada de bordados y que no bajaba sino a la media pierna, componía el vestido de encima. Un ancho cinturón abrazaba el talle, y sus dos extremidades, ornadas de borlas de oro o de seda, caían sobre las piernas.

Los antiguos autores refieren que el traje de los reyes de la primera jerarquía se componía de una amplia túnica de mangas adornadas diversamente, y de una capa en forma de dalmática, mitad blanca y mitad azul, muy corta en sus costados y muy larga por detrás.

Los vestidos de los siglos noveno y décimo, fueron siempre la túnica y la capa, pero mucho más ricos que anteriormente. La corte de los reyes de la segunda jerarquía ofrecía vestidos análogos a los de los patricios romanos. Las piernas se rodeaban de lazos para fijar la sandalia o el zapato.

Las mujeres llevaban un traje debajo muy amplio, y se ponían sobre el traje una túnica corta que no bajaba sino hasta la media pierna. Esta túnica, elegantemente franjeada o bordada, desaparecía, en los contornos del cuello, bajo una vasta gorguera llana, cuyo lujo correspondía

ordinariamente al rango de la persona y de su riqueza. Como en le siglo precedente, la escarcela pendía del cinturón. Una gran capa de cola completaba el traje y daba al andar cierta majestad. El peinado se componía de dos esterillas de cabellos que se echaban a los lados del pecho; cuando más longitud ofrecían estas trenzas, tanto más orgullosa de ello estaba la mujer.

El traje del siglo onceno puede compararse con el vestido de las monjas o religiosas de nuestros días; un traje muy ancho y flotante, sin cinturón; una capa sujeta por delante del pecho.

Las mujeres se cubrían la cabeza con un gran velo que rodeaba el cuello y bajaba a los hombros; su túnica semejante a la de los hombres, no tenía cinturón; era un verdadero saco de dos aberturas. Al ver pasearse a los hombres y a las mujeres así vestidos, se habría dicho que era una procesión de esos penitentes grises o blancos cuya reminiscencia nos dio la Restauración. La Francia se inclinaba entonces bajo la vara del fanatismo religioso que debía pronto predicar las cruzadas y regar la tierra con raudales de sangre humana.

En el siglo trece, bajo Luis VII, el taje francés se organizó completamente y tomó un carácter nacional. Se componía de un justillo, de una túnica corta, de una capa y de un ancho cinturón. Los caballeros, barones y demás señores llevaban largos justillos de armas en los que ostentaban un gran lujo de ornamentos de oro y plata; los más ricos recamaban sus justillos de armas con perlas finas y pedrerías; el armiño, la cibelina, servían igualmente para adornarlas. Este lujo llegó a ser tan ruinoso para las familias, que Felipe Augusto lanzó un decreto por el cual prohibía a los nobles esta clase de vestidos, y no permitía su uso sino a los grandes dignatarios del reino.

Los reinados de Felipe Augusto (1180) y de Luis VII (1223) fueron notables por la riqueza y la belleza del traje. El jubón llegó a ser el vestido de moda; había varias clases de ellos, unos de mangas anchas colgantes, otros de mangas cortas. El jubón, sujeto al talle por un cinturón dorado, apenas bajaba a la mitad del muslo; el ruedo estaba adornado de bordaduras, franjas o pasamanerías, lo mismo que el borde de las mangas. Un pantalón de punto de seda dibujaba perfectamente las formas de la pierna; unos zapatos de marroquí semejantes a las chinelas de los elegantes modernos, servían de calzado.

El traje de las mujeres se distinguía también por su elegancia y su belleza. Dos esterillas de cabellos caían sobre el pecho y pasaban de la cintura; un velo sujeto a lo alto de la cabeza flotaba sobre los hombros; un traje de tela ligera, abierto sobre el pecho a fin de dejar ver una especie de pañoleta bordada, un cinturón de cinta de seda o de tela dorada, a la cual se sujetaba una linda escarcela, completaba el traje femenino de esta época, que ofrecía alguna semejanza con el de las sacerdotisas griegas y romanas.

El adorno para la cabeza de los hombres consistía en un gorro de paño o de terciopelo. La clase media y el pueblo llevaban un gorro de paño; el gorro de terciopelo, llamado *mortier*, era el privilegio de la clase noble. El rey llevaba un mortier galoneado, adornado con perlas y diamantes.

Los ricos plebeyos adornaban sus gorros con pieles y galones de oro y de plata. Para garantizar este adorno del mal tiempo, lo cubrían con una especie de sombrero o pequeña capucha acolchada que tenía una cola que caía sobre los hombros. Este ornamento era común a los dos sexos; habían damas con caperuza de terciopelo y mujeres con caperuza de paño. Las capuchas de la aristocracia se hacían notar por sus forros de pieles; las del pueblo, hechas de tela grosera, tenían la forma de un pan de azúcar. Cuanto más encumbrada en dignidad era una persona, tanta más amplitud daba a su caperuza y tanto más la cargaba de adornos y forros de pieles. A la caperuza se ajustaba una banda que servía para fijarla.

Hacia los últimos años de Luis VIII, el lujo en los vestidos llegó a ser un asunto de amor propio, de rivalidad. Los plebeyos se esforzaban por igualar la magnificencia de los señores, y estos se encapricharon en eclipsarlos. San Luis se vio forzado, en 1230, a lanzar un decreto en el que se decía formalmente que la seda y el terciopelo se reservaran en lo sucesivo a las princesas y a las clases nobles del reino, que los cinturones dorados no podían llevarse sino por las mujeres de condición. Este decreto hizo nacer los rencores que ya no debían extinguirse entre la plebe y la nobleza.

Bajo Luis IX, el traje, habiéndose hecho más severo, tomó un carácter religioso; una larga túnica que bajaba hasta el suelo y la capa sobrepuesta de una *capilla*, componían el vestido. La coquetesca caperuza se reemplazó por la *muceta* y el *birrete*. La *muceta* era una especie de gorro de tela bordada o galoneada que terminaba en una cola que caía sobre los talones. La cola de la *muceta* se levantaba y se cargaba en el brazo izquierdo. Pero este adorno incómodo tuvo poca duración; se le sustituyó por los sombreros que cubrieron pronto todas las cabezas. En esta época, las hijas de san Luis, contrahechas de piernas y pies, introdujeron la moda de los trajes largos para esconder su deformidad.

Bajo Felipe III (1270), el vestido masculino, sobrepuesto de una capucha, se asemejaba mucho al de los monjes, y casi en el color. Las mujeres ocultaban su pecho bajo un guimpé semejante al que llevan hoy las hermanas de la caridad. El espíritu religioso lo dominaba todo...

Felipe el Hermoso (1285) adoptó la chupa y la capa corta. Bajo su reinado, el gusto por los adornos y por los bordados apareció de nuevo en Francia. El lujo de los vestidos cundió en todas las clases y se hizo general. A principios del siglo catorce habiendo decretado Felipe el Hermoso algunas leyes suntuarias, los nobles y los ricos, ansiosos de hacerse notar por la

magnificencia del vestido, atormentaron su imaginación para inventar nuevas modas. Entonces, todo cambió de faz, y el lujo en los vestidos, los muebles, las armas y los caballos llegó a ser la pasión dominante de la nobleza francesa. Los caballeros, los escuderos y todas las personas de condición llevaron la barba en punta y adornaron sus sombreros con penachos. Las capas cortas bordadas, los jubones galoneados de oro, los pantalones de punto de seda pegados llegaron a ser traje nacional. La moda más extravagante que se presentó en aquel siglo fue la de los zapatos a la *poulaine*, así llamados de *Poulain*, su inventor. Este calzado singular se alargaba en punta en una longitud desmesurada, y la moda quiso que se juzgara del rango y de la calidad de las personas por la longitud de su poulaine, de dos pies para los príncipes y los grandes señores, de un pie para la plebe. De allí vino el proverbio: *ponerse en un buen pie*. Este calzado incómodo y ridículo se abolió por Carlos V, que condenó a una multa de diez florines a los que se obstinaron en llevarlo.

El vestido de las mujeres sufrió algunas modificaciones: un gran traje, llamado *surcot*, se ponía encima del *justillo*; pero las mujeres para dejar admirar la riqueza de su justillo, abrieron el surcot encima de las caderas, a derecha e izquierda. Los predicadores de aquellos tiempos llamaban esas aberturas *ventanas del infierno* por donde se mostraban los demonios de la coquetería.

Luis X (1314) proscribió la chupa e introdujo de nuevo el vestido largo; pero esta moda tuvo poca duración.

Felipe de Valois (1328) volvió a poner en moda la chupa poco más o menos semejante a la que se llevaba bajo Felipe el Hermoso. El jubón se modificó y no pasó de la cintura. El pantalón de punto de seda no sufrió modificaciones sino en sus ornamentos, se le añadió un vuelo que bajaba a la mitad de la pierna. Los señores y caballeros recargaron sus chapeos de plumas y llevaron a guisa de collares, largas cadenas de oro que les bajaban hasta el pecho. La capilla, el casacón y el guimpé se abandonaron a las órdenes monásticas. Los obispos celosos de ver que el sombrero rojo era el atributo de los cardenales, desquitaron de ello adoptando el color verde, entonces a la moda. Pronto el contagio cundió en todo el clero de Francia, que se cubrió con sombreros verdes. Pero los rayos papales se lanzaron contra esta moda, y el clero se vio forzado, a pesar de su resistencia, a dejar el sombrero verde, que no figura hoy sino en los blasones episcopales.

Bajo Carlos V (1364) y Carlos VI (1380) se usó el sombrero de pico bordado con un galón de oro y de plata y adornado con plumas, perlas y pedrerías, según la fortuna y el rango de las personas. Las perlas se habían hecho más comunes desde las cruzadas y las prodigaron en los vestidos. Los nobles hicieron blasonar sus vestidos y sus capas con todas las piezas de su escudo. Los señores y sus hombres de armas usaron el traje bicolor; lo que quiere decir que todo un lado

del cuerpo, de la cabeza a los pies, era de un color, escarlata, por ejemplo, mientras que el lado opuesto era amarillo o blanco. La mezcla de este vestido producía un efecto de los más raros. Las damas nobles llevaban también en sus trajes el blasón de su familia.

Carlos VI introdujo, en 1385 la moda de las camisolas estrechas, adornadas de hombros postizos: modificó también el vuelo del pantalón de punto y puso en boga los zapatos de punta redonda y ancha. Hacia esa época, las mujeres empezaron a llevar altas gorras en forma de corazón, que tomaron en poco tiempo, tan gigantescas proporciones, que llegó a ser imposible a una mujer elegante pasar por una puerta ordinaria. Estos monstruosos adornos se componían de dos anchas alas semejantes a las de un molino de viento, que se fijaban caprichosamente por medio de alambres, ya en medio de la cabeza ya a los lados. El predicador Cenaro declamó en vano contra el abuso de estos adornos; no lo escucharon; era la moda. De allí a poco tiempo, el padre Richard, ya famoso por peregrinación a Jerusalén, fue más feliz. A consecuencia de una predicación vehemente contra las caperuzas y los peinados, contra las diversiones y el lujo, una multitud de parisienses arrojaron al fuego los objetos de placer y adorno. Se vieron en las calles de París más de cien hogueras, a cuyo centro los hombres mismos arrojaban trucos y billares, plumas y caperuzas, y todo objeto que el predicador había señalado como invención de Satanás. El mismo día, las mujeres quemaron también todos los atavíos de su cabeza, guarniciones, lazos, piezas de cuero y de barba de ballena que ponían en sus caperuzas para darles más rigidez. Las señoritas abandonaron sus tocas, sus colas y *gran abundancia de sus pompas*. Haremos observar al lector que la crónica eclesiástica, de aquellos tiempos, es la que refiere los efectos maravillosos de la elocuencia del padre Richard; los historiadores profanos dicen simple y verídicamente que los devotos y devotas se privaron, por algún tiempo, de lo superfluo en sus adornos.

La moda de los corpiños rellenos se adoptó por las mujeres de París, a fin de hacer su pecho más turgente.

A principio del siglo quince, la gorra de corazón cambió su forma por la de pan de azúcar; en la cúspide de ese cono se ataba un velo que caía sobre los hombros y cuya longitud variaba según los grados de nobleza. Los hombres siempre llevaron el gorro de seda bajo del sombrero.

Isabel de Baviera dio la moda de los trajes escotados en el pecho y en los hombros, de manera que se vieran descubiertas esas formas. Las mangas recortadas en la sangría de los brazos, caían hasta el suelo. Las altas gorras fueron atacadas una vez más por el padre predicador Tomás Donecte, que condenó al infierno a todas las que las llevaban.

El corsé, este vestido tan matador, fue llevado por primera vez, por Isabel y las damas de su corte, para ocultar algunas deformidades y sostener sus cuerpos agobiados por los excesos.

Más tarde, Catalina de Médicis generalizó la moda de ellos en Francia. En el capítulo IV de esta obra se verá la excelente monografía del corsé.

Juvenal de los Ursinos refiere que en la corte de Baviera, en 1417, a pesar de las guerras y tempestades políticas, las damas y señoritas llevaban *un excesivo estat*; que su adorno de cabeza se componía de *gorras maravillosas, altas y anchas*, que tenían a cada lado, en lugar de rodetes, dos grandes orejas tan amplias que al querer pasar por una puerta, se veían forzadas a inclinarse o a volverse de lado.

Bajo Carlos VII (1422), el traje de los hombres se componía de una *sobrevesta* amplia y plegada, que se detenía en las caderas, y cuyas mangas cerradas en el puño, daban salida a un pequeño vuelo adornado de encajes. Un cinturón fijaba la *sobrevesta* y servía para colgar la espada de aquellos que tenían el derecho de llevarla. Carlos VII, cuyas piernas eran demasiado cortas, proporcionalmente a su cuerpo, quiso ocultar esta imperfección poniendo de nuevo a la moda el traje largo; pero este cambio fue efímero.

El primer sombrero redondo, se dice que fue llevado por Carlos VII; los cortesanos se apresuraron a imitarlo, pero la mayor parte de los señores continuaron usando el sombrero de pico; los que adoptaron el sombrero redondo procuraron modificar su triste forma por medio de las plumas y galones con que los adornaron. Bajo el sombrero, se llevaba un casquete de seda o de terciopelo que cubría la parte superior de la cabeza. El calzado tenía mucha semejanza con nuestras chinelas de casa. Bajo ese reinado, se generalizó la moda de los brazaletes, de los collares y de los zarcillos. Los señores recargaban su cuello con enormes collares que caían sobre el pecho; su cinturón y su *sobrevesta* eran vestidos de lujo y de grande gasto. Inés Sorel puso en moda los aderezos de perlas y de pedrerías; se dice que fue la primera mujer, en Francia, que llevó diamantes.

Al advenimiento de Luis XI (1461), las modas cambiaron; los hombres se vistieron con pequeños jubones que sujetaban por medio de agujetas a unos calzones cortos ahuecados o acuchillados en los muslos y muy cerrados abajo. Las gorras y bonetes redondos, que existían en pequeño número, desaparecieron para dar lugar al sombrero moderno. Los zapatos a la *poulaine* reaparecieron. He aquí el retrato que Brantome hace de un elegante de aquella época:

> "Un pequeño jubón sujeto a la altura de las caderas por medio de agujetas; calzones cortos ahuecados a la mitad del muslo y pegado en el resto de la pierna, de modo que se dibujara bien la pantorrilla; zapatos de puntas prolongadas y armados de cabos de fierro de un pie de longitud; un sombrerito puntiagudo ornado de una pluma, y enormes hombros postizos."

El traje de las mujeres sufrió cambios notables; los trajes se hicieron pegados, de corpiño abierto en la delantera y adornados de lazos, poco más o menos como los corpiños a la

suiza. Las damas nobles, para diferenciarse de las plebeyas, llevaron trajes de cola y estas colas adquirieron, en poco tiempo, una largura tan desmesurada, que una dama noble no podía andar sin una criada encargada de llevarle la cola. En 1467, los trajes de cola, el blanquete y el colorete fueron el objeto de declamaciones vehementes por parte de muchos predicadores. Con este motivo, se encuentra, en los sermones del padre Maillard, este singular apóstrofe:

> "Y vosotras, señoras acicaladas, que lleváis cola larga y arremangada; y vosotros, señores hombres, que permitís a vuestras mujeres y a vuestras hijas que hagan uso de la cola…"

Las gorras de alta forma volvieron a hacerse de moda bajo el nombre de *hennins*. La parte baja de la gorra se formaba de un rodete muy ancho, que cubría el cuello; del rodete partía una larga gorra puntiaguda, en forma de pan de azúcar, en cuya cima se prendía un velo de cuatro o cinco pies de longitud, con el cual las elegantes se cubrían el antebrazo izquierdo. Las más grandes gorras de hoy no son sino miniaturas en comparación de los hennins. Estas inmensas gorras adquirieron, en algunos años, proporciones tan gigantescas, que los arquitectos se vieron obligados a sujetar su arte al adorno de cabeza de las mujeres, y a alzar todas las puertas por donde debía pasar un hennins. Esta moda ofuscó de tal modo a las gentes de iglesia, que muchos predicadores declamaron contra ella y la colocaron en el número de los siete pecados capitales; también se fulminaron los rayos de Roma; pero, lejos de exterminarse, los hennins se agrandaron más que nunca.



Plancha sepulcral de latón, hacia 1480.

Bajo Carlos VIII (1483), los hennins cayeron, y los adornos de pelo les sucedieron. Las mujeres adoptaron los trajes blancos con franjas de diversos colores, y el velo negro. Los hombres conservaron los mismos vestidos que bajo el reinado precedente.



Moda masculina durante el reinado de Luis XII.

Bajo Luis XII (1498), el traje masculino permaneció el mismo, con pequeñas modificaciones; sin embargo, se vio aparecer la moda de un sombrero adornado de galones y plumas, que tenía a la vez la forma del sombrero y de bonete redondo. El traje femenino, al contrario, sufrió notables cambios. La reina Ana de Bretaña, mujer suntuosa y coqueta, atrajo a su corte a un gran número de damas de calidad, e hizo nacer el lujo, la coquetería, las rivalidades. De ello resultó

gran variedad en el vestido; los trajes se escotaron ampliamente en el pecho y se acortaron de manera que se dejara ver el nacimiento de la pantorrilla; entre las damas, se disputaban la gloria de mostrar su fino pie y preciosa y torneada pierna. Conviene decir también que la reina Ana de Bretaña brillaba por la belleza de su pierna y la delicadeza de su pie.

El reinado de Francisco I (1515), se hizo notar por el lujo de los vestidos y adornos. Este rey caballeresco pidió prestado a los trajes español e italiano lo que tenían de más rico, y puso de moda los acuchillados. Los jubones se acuchillarong y las mangas se plegaron; el talle se dibujó con más gracia, el calzón de punto de seda se cubrió hasta la mitad del muslo por un vuelo de tela plegada, llamada *trusa*, lleno de anchas bandas de un color distinto del calzón. La sobrevesta, unida por delante, tuvo mangas ahuecadas y divididas por bandas, como la *trusa*, una rica capa corta, sin mangas con forro de tela de seda de color vivo, un sombrero de anchas alas y con plumas, zapatos de terciopelo de punta redonda, con cuchillas, completaban este brillante traje. Las personas de calidad y los ricos llevaban capas guarnecidas de encajes adornadas de pasamanería de oro y plata y lazos de cintas.



Moda durante el reinado de Francisco I

El vestido de las mujeres se componía de una pollera de debajo, de un traje con corpiño en punta, ampliamente abierto por delante en toda su longitud, para dejar ver la pollera. Las mangas estrechas en los hombros y en los brazos, se ensanchaban bruscamente en la sangría y sus bordes se adornaban con encajes y pieles. El corpiño del traje se encontraba bastante escotado para dejar percibir una pañoleta de encajes o de tela fina transparente y bordada. Una larga cadena de oro o un cordoncillo abrazaba la cintura y bajaba casi hasta los pies. Los cabellos rizados alrededor del rostro, caían en anillos sobre el cuello. Un sombrero de plumas, poco más o menos semejante al de los hombres, pero menos ancho, servía de adorno de cabeza las más elegantes.

La corte de Francisco I fue la más magnífica de su tiempo; hombres y mujeres rivalizaron por llevar el más brillante traje; pero no se respetó siempre el buen gusto pues bajo este reinado aparecieron los primeros *vertugadins*, moda por lo menos tan ridícula como lo *hennins*, ya que transformaba a las mujeres en torres piramidales. El vertugadin se componía de

una vasta pollera engomada guarnecida de aros, que le daban una redondez monstruosa. El cuerpo de una mujer con *vertugadin*, desde la cintura hasta los pies, se podría comparar con una inmensa colmena.

Bajo Enrique II (1547), el traje siempre fue el jubón cerrado, los calzones de punto de seda y la pequeña capa que no pasaba de la cintura. Bajo este reinado comenzaron, en Francia, a usar esas enormes gorgueras plegadas, ondeadas y almidonadas que sepultaban hasta la barba el cuello de los hombres.


Moda durante el reinado de Enrique II

Catalina de Médicis, reina tan coqueta como fastuosa importó el gusto del lujo y de los adornos. A su ejemplo las damas nobles, luego las plebeyas, escotaron sus trajes y mostraron sus hombros descubiertos, lo mismo que su pecho. La caperuza de terciopelo, llevada al principio por la clase noble descendió pronto hasta la plebe, y todas las cabezas francesas, en poco tiempo, se vieron encapilladas. Entonces apareció un decreto real que prohibió la caperuza de terciopelo a todo el mundo, excepto a las damas de la corte. Las plebeyas se vieron forzadas a contentarse con la caperuza de paño; pero se desquitaron de ello recargándola con perlas, pedrerías y bordados de oro y plata. En esta clase, se citaban caperuzas de habían costado ¡mil escudos! Los hombres, menos lujosos que las mujeres, se contentaban con llevar el pequeño sombrero llano ornado de una pluma.


Catalina de Médicis

Catalina de Médicis, persuadida de que el mejor medio de afianzar su poder, era debilitar a los grandes por las voluptuosidades y arruinarlos por el lujo, hizo de su corte el teatro de los placeres y de las modas. Brantone nos hace saber, en el panegírico de esta reina, que tenía en su séquito trescientas jóvenes o damas de honor, cuya dulce ocupación era, a ejemplo de las ninfas de Armida, seducir y fijar, cerca de su soberana, a una multitud de señores de todos los países; y lo lograban tan bien, que, en las cortes extranjeras, se decía que la corte de Francia era el paraíso terrestre. Las damas nobles y

de alto trato usaron el blanquete y el colorete para el rostro; rivalizaron en lujo y coquetería, y esta coquetería que comúnmente traspasaba los límites, invadió rápidamente al bello sexo en Francia.

Se juzgará de los medios de seducción que empleaba Catalina de Médicis por la anécdota siguiente: Paseándose una noche Carlos IX, acompañado de su corte, por las riberas del Sena, apercibió a una joven de la más grande belleza, que retozaba en las aguas. Se detuvo para considerarla; pero en el momento en que todos los ojos devoraban sus encantos, se zambulló y desapareció! Un instante después se presentó de nuevo, ostentado sus atractivos a las miradas encantadas y se dirigió a la orilla opuesta. Después de haber tomado tierra, torció sus largos cabellos, se cubrió con sus vestidos y se escapó ligeramente, llenando de pesar a los espectadores. Hechizados por esta mágica escena, los cortesanos atestiguaron altamente su emoción; pero el rey, que había adivinado el objeto de ella, guardó un profundo silencio, y aquel ensayo de la moda de las sirenas jugando en las aguas, no se renovó.

Las primeras medias de seda fueron llevadas en Francia, por Enrique II, que se adornó con ellas en las nupcias de sus hermanas Margarita con Manuel de Saboya. Durante largo tiempo, la moda quiso que el color de las medias fuera el mismo que el vestido, y que sus extremidades se bordaran con seda roja. Las medias blancas empezaron a mostrarse sino en el siglo diez y nueve.

Hacia fines del reinado de Enrique II, las damas llevaron careta de raso y terciopelo, para reservar su cutis de la acción del sol. Las sombrillas o quitasoles todavía no eran conocidos.

El reinado de Francisco II (1559) vio introducirse en París, una moda de las más extravagantes; una gruesa barriga se miró como un signo de distinción y de mérito personal; todos los hombres se disfrazaron con barrigas postizas. Las mujeres, viendo esa pasión de los hombres por la redondez abdominal, imaginaron las *categorías* que dieron a cada región posterior al cuerpo unas proporciones de que hubieran tenido celos las Venus hotentontes. Durante los pocos años que privó esta moda rara, no se veían en París si no *barrigudas* y *encategoriadas*. Y notad, hasta dónde va la penetración de las mujeres cuando se trata de llamar la atención; con el fin de casar incesantemente las miradas de los hombres sobre sus postizos, ocultaron su rostro bajo una máscara, y comprimieron su seno con una coraza de barbas de ballena; de tal suerte que los hombres, no hallaron ni rostro ni pecho que admirar, se vieron forzados a alabar los postizos.

Bajo Carlos IX (1561), los postizos desaparecieron, pero los vertugadins, se mostraron de nuevo con más furor, y a tal punto, que el rey tuvo necesidad de restringir, por un decreto datado en Blois, a dos amas de amplitud el monstruoso vertugadin. La pasión por el lujo en los

vestidos y adornos tomó tal extensión bajo este reinado, que se hizo necesaria una Cédula Real para reprimirla. Vamos a transcribir entero aquel curioso documento.

Reglamento acerca de la molestia que deben observar en los vestidos todos los súbditos del rey, tanto de la nobleza y del clero como del pueblo, con prohibición a los comerciantes de vender paño de seda a crédito a cualquiera persona que sea

CARLOS &a.

"Habiendo conocido por las quejas repetidas que nos han dirigido nuestros súbditos del Estado de Orleáns, que una de las causas que producen el empobrecimiento de nuestros pueblos y súbditos, viene de gastos superfluos que se hacen en los vestidos, tanto de hombres, como de mujeres, y de que en tales superfluidades quieren superarse los unos y los otros, de tal modo que se encuentran pocos que quieran responder al estado, cualidades, facultad y posibles, y sujetarse a la razón; con lo cual, gran parte de los que llevan dichos vestidos los compran en más de su valor, puesto que no los pagan al contado; y para el pago, se embargan sus bienes, lo que trae dobles gastos, cuyas superfluidades y el uso demasiado frecuente del paño de seda hacen que, al contemplarlo, muchas grandes sumas de dinero se transporten fuera de nuestro Reino, y se engendran tumultos, enemistades y envidias entre nuestros súbditos de aquellos Estados, los cuales nos suplican y nos requieren humildemente para que reformemos tal lujo desarreglado a favor del reposo y alivio del público.

Hacemos saber, deseando evitar a nuestros súbditos la ocasión de dichos gastos superfluos; y después de haber deliberado el asunto con la reina nuestra muy respetada madre y señora, con nuestro muy querido Tío el Rey de Navarro, con los Príncipes de nuestra sangre y otros grandes y notables personajes de nuestro Consejo privado, y habiéndose consultado todo maduramente, hemos, por acuerdo suyo, dicho, declarado y ordenado.

Que todas las personas de Iglesia se vistan en adelante con trajes modestos, decentes y que convengan su profesión, no pudiendo llevar ningún paño de seda, en sayales, jubones y calzones, ni usar acuchillados en estos; llevando sí largos los sayales.

Los cardenales llevarían toda clase de seda, y con todo discretamente, y sin ninguna superfluida y ornamento.

Los Arzobispos y Obispos, usarán ropa de tafetán y de damasco a lo sumo, y terciopelo y raso en los jubones y sotanas.

Todos nuestros súbditos, de cualquier estado, dignidad y condición que sean, sin excepción de personas, salvo nuestro muy querido y amado Tío el Rey de Navarro, los Príncipes y las Princesas y los que llevan títulos de Duques no podrían en lo sucesivo llevar ningún paño de seda, tela de otro y de plata, ni usar recamados, pasamanerías, franjas, bordados, terciopelo o sedas tramadas de oro o de plata, en los trajes, jubones, calzones y otros vestidos, de cualquier

suerte o manera que sean; lo que prohibimos bajo pena de mil escudos de multa, apreciables la mitad para nos, y la otra para los pobres de hogar.

Prohibimos además a nuestros dichos súbditos, hombres, mujeres y niños, que usen en los vestidos, sean o no de seda, alguna banda de bordados, recortes o encolchados de seda, pasamanería &a., pudiendo cubrirlos o adornarlos tan sólo con un ribete de terciopelo de seda, de la anchura de un dedo, o, a lo sumo, con dos ribetes, cadenilla o pespunte en el ruedo, y esto bajo pena de doscientas libras de multa por cada vez, aplicable la mitad a los pobres, y la otra al denunciante, sin ninguna remisión.

Permitimos a las Damas y Señoritas que residen en el campo y fuera de nuestras ciudades, que se vistan con trajes y justillos de paño de seda de todo color, según su estado y calidad, con tal que no tengan ningún adorno.

Y en cuanto a las que están en el séquito de nuestra dicha Hermana y de Princesas y Señoras, puedan llevar los vestidos que tienen al presente, de los que sean y del modo que estén adornados, hasta dentro de un año, principiando desde el primero de Julio próximo, y esto sólo cuando estén en nuestro séquito, y no fuera de él, y sin que, durante dicho tiempo, les sea concedido mandar hacer unos nuevos vestidos de otra especie y hechura de los que hemos permitido a las Damas y Señoritas que residen fuera de nuestras ciudades; lo que prohibimos bajo penas antes indicadas.

Igualmente, prohibimos a las viudas el uso de toda clase de seda, fuera de la sarga y carmelote de seda, tafetán, damasco, raso, que viven en el campo y fuera de nuestras ciudades, la usaría sin ningún adorno, ni otro ribete que el preciso para contener los costados.

Prohibimos del mismo modo a todos los Señores, Caballeros, y demás personas de cualquier calidad que sean, que permitan a sus Pajes, levar cualquier paño de seda, bordados, bandas de terciopelo, u otros ornamentos de seda, en los jubones, calzones, capas, cuellos, y otros vestidos, aunque dichos Pajes fueran los nuestros, los de nuestros Hermanos, y de los Príncipes, Princesas y Duques.

Y en cuanto a los Presidentes, Magistrados y Consejeros de nuestras cortes Soberanas y Gran Consejo, gentes de nuestra Contabilidad y cualquiera Oficial y Ministro de nuestra Justicia, y generalmente todos nuestros Oficiales, súbditos que habitan y residen en las ciudades de nuestros Reinos y países de nuestra obediencia, no podrán llevar, en dichas ciudades, seda en las gorras, zapatos y cinturones de espadas, ningún otro vestido de seda, o no ser en los jubones en los hombres, y en las mujeres y niñas en la delantera de los justillos, puños y los forros de las mangas de sus trajes, y todavía sin ningún ornamento.

Dichas mujeres no podrían tampoco llevar dorados en sus cabezas, de cualquiera especie que sean, sino el primer año que estén casadas: y las cadenas, y gargantillas y brazaletes, no tendrán ningún esmalte, bajo pena de doscientas libras de multa por cada vez, cuya mitad hemos dado, desde ahora, a los pobres, y la otra al denunciante, sin que nuestros Jueces puedan moderarla.

Bajo igual pena, prohibimos también a los tesoreros de Francia, a los administradores de nuestras finanzas, a nuestros Notarios, Secretarios, Oficiales contadores y demás Oficiales nuestros, cualquiera que sea, el uso de seda en las gorras, trajes y zapatos, exceptuando tan sólo, de dichos tesoreros de Francia, Administradores de nuestras Finanzas y Secretarios, aquellos que estén en nuestro séquito, todos los cuales sin embargo, no podrán usar ningún adorno en sus vestidos, según se ha dicho más arriba.

Y con respecto a los Artesanos, gentes de oficio, senadores y lacayos, hemos prohibido el uso de toda clase de seda, en cualquiera vestido que pueden llevar, aun en los dobleces de las mangas, bajo pena, en cuanto a los Artesanos y gentes de oficio, de cincuenta libras tornesas de multa, aplicables a los pobres; y en cuanto a los servidores y lacayos, de prisión y confiscación de vestidos. Ordenamos a todos los Amos que no permitan que sus servidores y lacayos contravengan, de cualquier modo que sea, a este Reglamento bajo pena de responder civilmente.

A más, prohibimos a todos los Sastres, Bordadores y Medieros, tanto de nuestro séquito como los que viven en las ciudades o fuera de ellas, que hagan o se encarguen de hacer algún vestido y otras prendas prohibidas más arriba, bajo pena, donde quiera que se les encuentre contraviniendo a nuestra presente Cédula Real, de ser condenadas a la suma de doscientas libras aplicables como antes, por la primera vez, y por la segunda en otra multa doble de la primera, y al látigo.

Y consideramos que hay muchas personas que tienen cantidad de vestidos cubiertos y adornos de seda, ribetes, pasamanerías y otras cosas, las cuales quedarían inútiles, les hemos permitido y permitidos, que durante el tiempo y término de tres meses, principiando del día y fecha de esta publicación, puedan llevarlos y usarlos, con la que dichos adornos no sean de oro o de plata.

Y supuesto que la facilidad de conseguir al fiado paño de seda haya sido la ocasión principal de entrar en tales superfluidades de vestidos, ordenanzas a todo juez que niegue desde la publicación de la presente, toda acción a los Mercaderes que vendan paño de seda a crédito a la persona que sea; y en caso que dichos Mercaderes son comedores o servidores efectuasen alguna venta en fraude de esta Cédula Real, o disfrazaran sus obligaciones hechas por venta de paño de seda, los hemos declarado nulos, desde ahora; prohibiendo expresamente a todo juez que reciba las mandadas de dichos Mercaderes para tramitarlas

Se exceptúan de este decreto, los días que hagamos nuestra entrada en la ciudad de Reims, el de nuestra consagración, y el de nuestra entrada que esperamos hacer en nuestra ciudad de París, en cuyos tres días solamente permitimos el uso de toda clase de vestidos sin que ninguno pueda hacer nuevos vestidos de la calidad antes prohibida, bajo pena de confiscarlos; y los sastres que los hagan tendrán las penas señaladas más arriba.

Así lo manda &a
Dado un Fontainebleau, el veintidós de abril de 1561.
(Firmado) CARLOS, y por el Rey, como consejero.
Bourdin; sellado &a"

Carlos IX expidió cuatro decretos sobre el mismo asunto.

Bajo Enrique III (1574), se abandonó el sombrero de plumas por la toca de terciopelo en copete, que daba al rostro un aire afeminado.

El rey lo llevaba adornado de diamantes; las señoras lo sobrecargaban de galones de oro y de pedrerías; los plebeyos, de pieles y de flores; el pueblo, de galones de lana. Algunas cintas distinguieron y clasificaban los diferentes estados. El vestido masculino se componía de la

capa corta, de la sobreresta, y de un calzón corto que no bajaba si no hasta la rodilla, donde se retenía por una guarnición de cintas. Las telas de seda, de terciopelo y de lana fina entraban en su fabricación y los adornaban con bordados o pasamanerías doradas.



Dama del siglo XVI

El traje de las mujeres se componía de un corpiño con barbas de ballena, oprimiendo en el talle, con bastas mangas en forma de pierna de carnero. Algunas almohadillas se aplicaban posteriormente, lo mismo que algunos aros, para ampliar la circunferencia del contorno; en fin, las grandes damas ostentaron un lujo sinuoso, y añadieron a su adorno el *venteador* de plumas de pavo real, para darle paso a la plebe, llegó a ser tan desastroso para las fortunas menores, que el rey Enrique III publicó menos decretos confirmando los de Carlos IX.

Bajo Enrique III, la moda de los perfumes hizo progresos tan rápidos, que los prodigaban en todas partes; los derramaban en los vestidos, en los cabellos, en los guantes, en el calzado; en los anillos, en los brazaletes y collares, donde se arreglaban algunos intersicios para recibirlos, en fin, los echaban hasta en los alimentos y bebidas. El ámbar sobre todo, llegó a ser objeto de una preferencia enteramente especial que degeneró luego en pasión.

Después de la ley suntuaria, decretada por Enrique III, que prohibía a los grandes vestir telas de oro y de plata, los ricos señores pusieron su variedad en dar a sus lacayos libreas de seda realzadas con anchos bordados.

Las damas, a quienes les estaba prohibido el brocado, mandaban hacer de Milán trajes, sin oro ni plata, que valían quinientos escudos, y cuyos ornamentos, tales como orladuras, pasamanerías, franjas, pespuntes &a. costaban otros quinientos escudos.

Sección segunda

En tiempo de la liga (1585), tiempo de tan triste recuerdo, a pesar del fantasma religioso que ensangrentaba el país, el lujo de los vestidos y de los adornos no conoció límites; no solo los hombres se cubrían con trajes magníficos, adornados con bordaduras de oro y de diamantes, sino que ponían en su vestido el mayor esmero y la atención más escrupulosa. Esta futilidad en el

traje hizo decir a Enrique IV, cuando lo llevaron al rico despojo del duque de Joyense muerto en la batalla de Costras:

"Solo a los cómicos conviene sacar ventajas de los ricos vestidos que llevan".

Bajo Enrique IV (1589), el traje de los hombres se componía:

1º De un sombrero de ala ancha, realzado por un gran penacho; 2º De una drupa corta, con hombros ahuecados que terminaban en las caderas; 3° De calzón de punto de seda que servía de pantalón y bajaba hasta el calzado; 4º De una huza ahuecada que se unía a la chupa y cubría al pantalón hasta la mitad el muslo; 5º De una chupa corta, de cuello volteado, de terciopelo y forro de raso blanco; 6º De zapatos con borlas adornadas de perlas, o de grano de oro y lazos de cintas; 7º En fin, de una gorguera enorme que rodeaba el cuello y subía hasta la barba.

El vestido de las mujeres en nada cedía a los de los hombres; sus adornos de cabeza, orlados de plumas, brillaban por las pedrerías; las telas para trajes variaban entre el terciopelo, el damasco, el raso y el tafetán. El traje, el corpiño cortado y acuchillado bajo los sobacos, dibujaba el talle perfectamente; las mangas eran abuchonadas hasta el puño. Una gorguera llana, fuertemente engomada, de un pie de altura y algunas veces mayor, se elevaba hasta detrás del cuello y la cabeza en forma de abanico, que iba a terminar a la extremidad externa de las clavículas, de manera que despejaba la garganta que descubría casi enteramente. El seno se encontraba sostenido por los contornos elásticos de un corsé. La pollera, amplia y larga, terminaba en un ancho bordado o una pasamanería. Se llevaban también trajes de *cuellos desbordados* que caían sobre la espalda y sobre el alto de los brazos, a fin de dejar descubiertos los hombros y los hombros. Había también gorgueras de *grandes sinuosidades* tan ampliamente cortadas y agujeradas, que a través de ellas se veía la piel muy fácilmente. Preciosos collares abrazaban, en muchos hilos, el cuello de las damas; cinturones de gran precio, estuches, tijeras de brazos de oro, bolsas de terciopelo con pasamanería de oro, abanicos magníficos, brazaletes, anillos y otras joyas eran el complemento indispensable de un hermoso tocado.

A este tiempo se remonta la etimología de la palabra *griseta* muy usada aún en Francia, y he aquí como: dos clases de la sociedad, los nobles y los ricos plebeyos o comerciantes rivalizaban en lujo y en coquetería. Los plebeyos calificaban a los nobles de *damas de cuello desnudo*, y los nobles daban a los plebeyos el apodo de griseta, a causa del calzado gris que habían adoptado. De esta rivalidad resultaron odios y pequeñas venganzas muy singulares.

He aquí el que dice Nicolás Montada escritor de aquella época, de las mujeres de calidad:

> "Hacen ostentación de sus pechos descubiertos mostrando seno diafragma y otras partes pectorales que tienen un continuo movimiento, que esas bellas damas

> saben darle a compás y medida con un reloj, o más bien como un fuelle, el cual enciende el fuego en el corazón de los hombres".

La moda del *escotado* tomó tal extensión, que el Papa Inocencio XI se vio obligado a lanzar una bula por la que ordenaba a toda mujer o niña que se cubriera el seno, los hombros y los brazos hasta el puño, con telas tupidas, bajo pena de excomunión.

Desde 1587, las mujeres habían abandonado la caperuza por el peinado sobrepuesto de una pluma. Existían entonces cinco clases de peinados, titulados con: de crespos, de espigas, de orejeras, de cofias, en fin del peinado a la *española*. Este último consistía en una rica toca española bordada de oro y galoneada que colocaban detrás de la cabeza.

Los cabellos se rizaban alrededor de la frente; muchas trenzas ornadas de cintas y de pedrerías bajaban sobre los lados del cuello.

El calzado se componía de zapatos de colores, pero el más distinguido como el más elegante eran los chapines de Venecia.

El lujo seguía siempre una marcha ascendente, se imitó a los romanos, que se empolvaban el pelo en oro. Las cabezas se adornaban, ya con sombreros con penachos, ya con una toca sembrada de brillantes; zarcillos de oro pendían de las orejas y una infinidad de anillos se oprimían en los dedos. Habían anillos y brazaletes huecos que se llenaban de almizcle o de ámbar; anchos collares de oro de muchos hilos bajaban sobre el pecho. Las chaquetas se hacían notar por la magnificencia de los ornamentos. En fin, los guantes perfumados importados de Italia llegaron a ser un objeto del vestido a la moda. Venecia y Florencia, esas dos metrópolis del comercio en aquella época, suministraban a las mujeres los principales objetos de adorno, y particularmente los encajes. Génova suministraba el terciopelo más estimado, pero a un precio exorbitante. Tunes y Esmirna enviaban las telas de las que no podían prescindir.

Enrique IV, horrorizado al ver las sumas considerables que la coquetería francesa lanzaba al extranjero, prohibió los encajes de Venecia y de Florencia; esta prohibición estimuló la industria nacional, y muchas ciudades se entregaron al punto a fabricar encajes, entre otras Alenton y Argenton; la picardía los suministró también muy hermosos. Pero el mal no estaba extirpado enteramente, y el fraude se verificaba en grande escala. El sabio Sully, apercibiéndose de que diversos decretos reales permanecían impotentes ante la coquetería femenina, recurrió a un medio muy diestro y que surtió un efecto completamente. He aquí el último párrafo de la Cédula Real que redactó:

> "Se prohibe llevar oro, perlas, diamantes, encajes de Italia en los sombreros y vestidos, exceptuando sin embargo a las mujeres *públicas* y a *los rateros,* por los que no tomamos bastante interés, haciéndoles el honor de preocuparnos por su conducta."

Desde el siguiente día de la publicación de este decreto, los hombres y las mujeres de toda condición no se atrevieron a contravenir a él, por temor a pasar por mal entendidos, y el lujo se vio de este modo súbitamente suprimido. Pero se va a ver que la pasión por los adornos y los vestidos es innata en la mujer, y que, si por un lado se le pone un obstáculo, se reproduce por otros bajo diversas formas. Así, no siendo permitida la riqueza exterior, las damas a la moda concentraron su lujo y sus cuidados en ciertas regiones del cuerpo en que es prohibido poner los ojos a los agentes de policía. Este lujo de un nuevo género, que consistía en un vestido secreto llamado *favor*, dio lugar al proverbio: *"obtener los favores de una mujer."*

Bajo Luis XIII (1610), el traje sufrió pocas modificaciones. Habiendo conservado el rey sus cabellos en toda su largura desde la juventud, la moda de los cabellos largos reapareció hasta el momento en que se reemplazó por la de las pelucas. Las gorgueras se disminuyeron desde luego y después se suprimieron para dar lugar a la *croata*, pequeña pieza de muselina con que se envolvían el cuello a imitación de un regimiento de croatas que se hallaba en Francia. El jubón y el calzón de punto de seda sufren algunas variaciones en el corte y ornamento. En cuanto al calzado, se dividieron los gustos entre los zapatos con borlas y las botas flojas con aberturas ensanchadas.



Moda durante el reinado de Luis XIII

La moda de los lunares artificiales empezó Luis XIII y duró hasta la regencia. Estos lunares eran pequeños trozos de tafetán negro engomado que se aplicaban en el rostro para hacer resaltar su blancura. Los sitios de elección variaban según el gusto de las personas: los más ordinariamente se colocaban en las sienes, cerca de los ojos y de la boca, en las mejillas y algunas veces en la frente. Una dama de buen tono, no podía salir sin seis o siete lunares; las más modestas se contentaban con cuatro o cinco. La caja de lunares postizos era indispensable: la llevaban consigo; un espejo se encontraba en el interior de la tapa, a fin de poder reparar la caída de un lunar, en caso de accidente. Esta moda era imitada de los romanos. Plinio el Joven y

Marcial nos han hecho saber que los oradores de su época usaban lunares postizos hasta en la tribuna.

Hacia 1633, el lujo había llegado a su colmo, no se otorgaba consideración si no a la riqueza de los equipajes y a la magnificencia de los vestidos; la opulencia era la divinidad a la que hacían sacrificios. Se veía en la corte una multitud de altos y bajos señores que llevaban sombreros cubiertos de penachos, jubones y capas de terciopelo forrados de raso, calzones cortos guarnecidos de encajes, y todo realzado con cintas, bordados y pasamanerías de oro y plata. Al costado, llevaban una magnífica espada de paño finamente cincelado y algunas veces adornado de diamantes; sus manos estaban guardadas de guantezotes de gamo, la bota blanca guarnecida de terciopelo carmesí y de encajes, componía su calzado, y el espolín dorada sonaba en sus tocones. Este exceso de lujo, que había traído la miseria y sus desordenes provocó, en el mismo año, una ley que prohibía a todos los súbditos, excepto a los príncipes, princesas y grandes del reino, llevar en sus vestidos alguna pedrería o pasamanería de oro, y en las camisas, cuellos, puños, gorras y demás vestidos de lino, algún bordado de oro o de plata, pasamanerías, encajes, recortes &a.

Bajo este reinado volvió a aparecer la moda de las máscaras, cuyo origen se remontaba hasta Enrique II. Las damas se ocultaban el rostro bajo de pequeñas caretas, a fin de no ser reconocidas; las llevaban en los paseos públicos en los bailes, tertulias, teatros y hasta en la iglesia. Estas máscaras fabricadas en terciopelo negro, estaban guarnecidas de raso blanco; se plegaban en dos como una cartera; ningún lazo las fijaba; pero una pequeña espiga de plata terminaba en un botón; existía en el interior y entraba en la boca; esta espiga bastaba para sostener la máscara y cambiar la voz de la persona que la llevaba. A favor de esta careta ¡qué de intrigas y de escándalos no tuvieron lugar en la clase aristocrática!



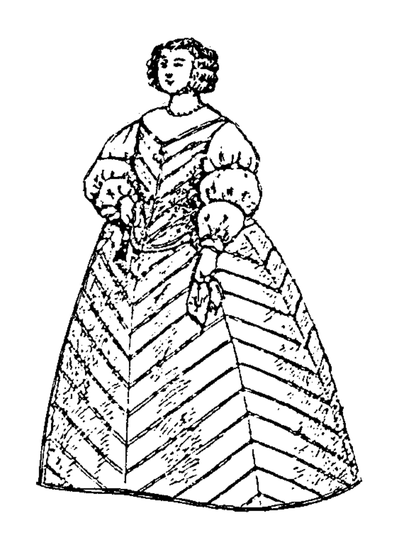
Moda durante el reinado de Luis XIV

Bajo Luis XIV (1654) la peluca llegó a ser una de las piezas más principales del traje; se citaban algunas que costaban hasta cinco mil escudos. El vestido, llamado casaca no bajaba sino hasta la mitad del muslo y se encerraba, de arriba abajo, por una hilera de botones o de cintas que se anudaban en forma de rosetas. Las mangas eran acuchilladas y dejaban ver un par de

puños de lino fino, ornados de bordados, de pomos y de encajes. Un florón de cintas ocultaba la corbata y en uno de los hombros se hallaba fijo un coquetesco lazo de cintas, cuyos dos cabos revoloteaban de gracia. Un pantalón de punto de seda dibujaba perfectamente los contornos de la pierna; zapatos encintados con tacones rojos, botas flojas con bocas ensanchadas, guarnecidas de terciopelo y de encajes, cubrían el pie magníficamente y dejaban admirar el desarrollo de la pantorrilla. Una rica faja, anudada en el lado izquierdo, marcaba el talle y sostenía la espada. En fin, un sombrero de altos bordes, guarnecido de plumas flotantes, completaba este soberbio traje.

El vestido de las mujeres se componía de un traje de debajo prensado o pulido, y de un traje de encima abierto por delante. Las mangas eran ahuecadas y no cubrían sino el nacimiento del brazo; el corpiño, perfectamente ajustado al talle, terminaba en las caderas y se adelantaba un poco en punta sobre el vientre. El traje estaba guarnecido enteramente de encajes y de franjas, de arriba abajo. Habían trajes que se recogían por los lados y se detenían por un lazo de cintas o un ramo de flores, a fin de hacer resaltar más la pollera de debajo. El peinado se distinguía sobre los demás adornos; era tanto más elegante, cuanto en él apuraba todos sus recursos el arte del peluquero. El abanico llega a ser un objeto del todo necesario al adorno: una dama que no tenía su abanico en la mano, era mirada, a pesar del lujo de su vestido, como una persona que no tenía completo su tocado.

El traje de las mujeres, aunque muy rico, no era de tan buen gusto como el de los hombres; no obstante se hacía notar por la riqueza de las telas y la variedad de los colores. Los adornos de cabeza sufrieron muchas variaciones; la más rara fue la que improvisó la duquesa de Fontange. Habiéndole desarreglado su gorra un golpe de viento, en una partida de caza real a que asistía, la sujetó con las cintas que le servían de ligas, y cuyos nudos se caían sobre la frente. Este adorno, que agradó al rey, se aceptó al punto por todas las damas de la corte, y se hizo general bajo el peinado a la Fontange. En poco tiempo, los *fontanges* adquirieron tan bastas proporciones, que llegaron a ser tan ridículos como lo habían sido en otro tiempo los *hennins*. Figuraos un armazón de alambre, de dos o tres pies de altura, divididos en muchos pisos, y sobre el que se aplicaban algunas bandas de muselina, cintas, cordoncillos, mechas de pelo, perlas, flores, copetes de pluma &a. Cada pieza de este



Traje de corte del siglo XVII

inmenso adorno de cabeza tenían su propio nombre: se notaban en él, el solitario, el duque, la duquesa, el capuchino, la col, el espárrago, el gato, el ratón, el tubo de órgano, el primero, el tercero y hasta el décimo cielo. Esta moda cayó algún tiempo después de la muerte de la que la había dado, y se reemplazó por una moda opuesta, es decir, por adornos de cabeza llanos y muy bajos. He aquí, en pocas palabras lo que trajo esta reforma. A principios de siglo diez y ocho, dos nobles inglesas, con peinados muy bajos, fueron a Versalles para asistir a la cena del rey. Apenas entraron en la sala, se levantó un murmullo de asombro tan considerable, que el rey preguntó la causa de él. Se respondió a Su Majestad mostrándole a las dos inglesas. Luis XIV, examinó con atención a las dos extranjeras, y dijo a las damas presentes en la cena: "Si las francesas fueran razonables, renunciarían desde hoy, a su ridículo peinado para adoptar el peinado inglés". Para todo cortesano, los deseos, los caprichos de un rey son ordenes que se deben atender con solicitud. Por eso, en la noche misma, los fontanges se demolieron. Las duquesas y marquesas de pequeña talla, a quienes achicaba mucho más el peinado bajo, adoptaron al punto, para agrandarse, los *patines*, especie de zapatos con tacones de madera de cinco o seis pulgadas de altura.

El fin del siglo diez y siete y el principio del siglo diez y ocho vieron también aparecer las *folletes*, especie de pañoletas, y las *falbalás*, ornamento pesado añadido al traje. El *venteados* de pluma de pavo real fue reemplazado por magníficos abanicos, tales como se fabrican en el día.

Desvergonzadas bajo la Regencia, las modas, después de haber fijado su cuartel general en la calle Quincampoix, se trasladaron al Palacio Real, donde renovaron, con agrado de las amables *señoritas* de aquella época, el traje de nuestros primeros padres en el paraíso terrestre.



Moda durante el reinado de Luis XV

Bajo Luis XV (1721), el traje de los dos sexos se cambió completamente; los hombres cubrieron la cabeza con un pequeño sombrero llano de tres cuernos; la casaca llamada a la francesa fue adoptada. Este vestido que no tenía ninguna semejanza con el jubón y la antigua casaca, ofrecía dos anchos faldones que bajaban hasta las corbas, en los cuales se encontraban dos faltriqueras con aberturas galoneadas;

las mangas terminaban en dos anchos vuelos levantados. La casaca a la francesa guarnecida de enormes botones, estaba ricamente galoneada o bordada en los bordes y costuras. Una chupa magnífica, especie de largo chaleco, bajando hasta la mitad del muslo y no abotonándose sino hasta la parte media, dejaba admirar libremente una inmensa chorrera que se ostentaba sobre el pecho. El calzón corto se cerraba bajo la rodilla por una hebilla de oro o de acero. Las medias de seda que subían hasta encima de la rodilla, se sujetaban con ligas. Los zapatos de altos tacones y con hebillas de diversos metales montados de piedras preciosas, y, en fin, la espada de empuñadura de acero pulido, completaban este traje, enteramente distinto de los que se habían llevado hasta ese día.

El traje de la mujer, al contrario, parecía retrogradar al siglo quince. Los *vertugadins* reaparecieron bajo el nombre de *tontillos*. El corpiño del traje, estrechamente apretado a la cintura, estaba guarnecido de barbas de ballena hasta lastimar el pecho; su escotadura exagerada permitía ver una parte de la garganta; las mangas del traje se detenían en el pliegue del brazo y estaban guarnecidas de falbalás, de encajes y otros ornamentos. Debajo del traje, entreabierto por delante, se admiraba una magnífica pollera de raso; por todas partes se prodigaban los lazos de cintas, las flores, los encajes y las ricas guarniciones.

La moda de los *tontillos*, no se implantó de improviso; tanteó el terreno y empezó por hacer abultar las polleras por medio de *discretos*. Habiendo logrado su objeto este medio, las damas aceptaron los *chillones*, especie de *bucran* plegado e inflado que se aplicaba alrededor de las caderas. Por último llegaron los *tontillos*, pequeños al principio, luego un poco más grandes, y poco después, desmesurados, enormes... En tiempo de Francisco I la amplitud del verdugadin no exigía más de siete u ocho varas de tela; en el siglo de Luis XV, los *tontillos* no tuvieron límites y se inflaron hasta el punto de permitir a los hombres gordos abrigarse en ellos sin molestia; quince o veinte varas de tela bastaban entonces para hacer una pollera de *tontillos*. El lector juzgará de ellos por la anécdota siguiente:

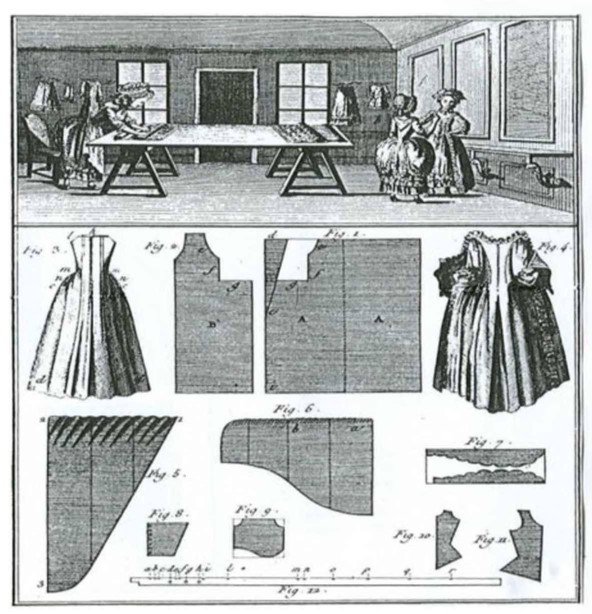
Hallándose un marinero en una de las calles de la *Cité*, en París, encontró a dos damas cuyos tontillos llenaban toda la anchura de la calle; no viendo ningún medio de pasar adelante, y no queriendo retroceder, saltó por encima de los tontillos en el espacio que dejaban vacío, con una rara agilidad, y a satisfacción de los espectadores y de las damas mismas.

Los hombres no estuvieron al abrigo del contagio; llevaron sus pequeños tontillos compuestos de ballenas que introducían en los anchas faldones de la casaca, a fin de mantenerlos redondos y aislados del cuerpo.

Los peinados, los pisos, suprimidos desde hace algún tiempo, reaparecieron más altos que nunca y enteramente blanqueados con polvos de almidón. Se necesitaba un día entero, y

algunas veces más, para completar uno de esos peinados gigantescos, y la mujer que mandaba que la peinaran la víspera, para ir al baile al día siguiente, no podía dormir en su cama; se veía forzada a dormir a pasar la noche en un sillón para no descomponer el edificio de su peinado ¡Ah, mujeres! si la moda no fuera vuestra excusa ¿qué se pensaría de vuestra conducta?

¡Quién puede, sin reír de piedad, exclamaba un escritor de aquella época, mirar a nuestras elegantes que, ayer, parecían cilindros sobrepuestos en una pirámide de muchos pisos y que, hoy, están sepultadas en conos truncados de base prodigiosa! Éste es el *nec plus ultra* de la tiranía de las modas y de la extravagancia del espíritu femenino.



Taller de trabajo de una modista y patrones en los que se muestra cómo se cortaba el traje. De la *Encylopédie'Methodique*, París, 1748.

Los lunares, el blanquete, el colorete con que se embadurnaban el rostro, habían llegado a ser de un uso tan imperioso, que una dama de calidad se habría perdido en la opinión, si se hubiera permitido salir sin sus lunares y su afeite. *El Mercurio de Francia* de 1730 refiere que el furor de los tontillos llegó al punto de no permitir a las damas entrar en sus carrozas sino con dificultad, y no pudiendo sentarse, se veían obligadas a estar de rodillas. El polvo, el carbonato de plomo, y el colorete se aplicaban en capas tan espesas sobre el rostro femenino, que éste era un verdadero *enlucimiento*. En fin, el conjunto del traje era propio para afear a la más linda mujer. He aquí lo que dice de él Lady Montagut que visitó París en aquélla época:

> "Vi a las que pasan por bellezas entre las damas francesas; son desagradables, en verdad, por el modo de vestirse y por el aceite con que cubren sus facciones, sus cabellos empolvados parecen lana blanca, y con su rostro color de fuego, no tienen siquiera la figura humana; se les tomaría por carneros despellejados".

De 1735 a 1750, se operaron muchas reformas en el peinado y en el calzado. El adorno de cabeza sufrió disminuciones y aumentos alternativos, pero el polvo se mantuvo con obstinación.



Moda femenina durante el reinado de Luis XVI

Bajo Luis XVI (1775), el traje de los hombres se componía siempre del tricornio, de la casaca a la francesa, de chaleco chupa, del pantalón corto y de los zapatos con hebillas. Los colores del vestido eran tan variados como los gustos, se veían casacas azul de cielo, rojas, violadas, amarillas, verdes, grises, pardas, negras; bajo de amplios faldones, se ocultaban dos enormes bolsillo, y el chaleco bajaba hasta el muslo. El calzón corto, ora negro, ora de un color que se oponía al de la casaca, apenas se oponía al nivel de las caderas. No siendo aún conocidos los tirantes, una hebilla servía para cerrar la cintura del calzón y sostenerlo: pero la insuficiencia de ese medio daba comúnmente ligar a su caída sobre el vientre, y no era raro ver en los paseos y en las calles, a los hombres levantándose de tiempo en tiempo el pantalón.

El calzón terminaba abajo de la rodilla en un galón de oro o de seda, y se fijaba por una pequeña oreja introducida en una hebilla de oro, de plata o de acero bruñido. Las medias no se fijaban exteriormente encima de la rodilla, como durante el reinado precedente subían bajo la rodillera del calzón, cuya oreja hacía oficio de liga. El calzón de terciopelo y las medias de seda eran para la clase media, vestidos de lujo que se mostraba orgullosa. Dos cadenas de reloj, de cuyo cabo pendían una cantidad de churrerías bajaban más allá de la barriga. Los zapatos, de piel de cabra, se sujetaban por anchas hebilla de oro, de plata sobre dorada o de plata. Los señores llevaban estos adornos enriquecidos de diamantes y sus zapatos se distinguían de los demás por altos tacones rojos. Los tricornios o pequeños sombreros de tres cuernos de igual tamaño, duraron muy largo tiempo; los de los petimetres estaban galoneados y ornados de borlas de oro llamadas *bourdaloues*. Los cabellos, empolvados y perfumados, se ataban por detrás, ya en *cadogan*, es decir encerrados en una bolsa de tafetán negro llamado *crapaud*, ya en cola larga y delgada arrollada en una cinta. Los *faces* o cabellos de los lados se enrollaban en bucles o se rizaban y encrespaban en *alas de pichón*. El cuello estaba rodeado de una ligera corbata de muselina cuya moda, como ya lo hemos dicho, se había dado por los oficiales de un regimiento de croatas. La chorrera generalmente adoptada, formaba una pieza esencial del vestido, y no

había plebeyo por pequeño que fuera ni pobre artesano que no llevara chorrera en los días de fiesta. La chorrera y los puños llegaron a ser pronto objetos muy dispendiosos a causa de los bordados y de los encajes de alto precio que servían para adornarlo.

El vestido de las mujeres se componía de un traje de seda o de indiana, de grandes ramajes, plegado por detrás, y cuyas mangas, cortadas a la altura del codo se sostenían por unos pedazos de plomo. Las nobles y ricas plebeyas llevaban trajes de tela bordada de oro y de plata llamada *brocado*. La pollera, graciosamente recogida, por los lados, dejaba ver unas enaguas de tafetán pulido de color opuesto a la pollera. La pollera bajaba a lo más hasta el tobillo y dejaba a los ojos el placer de admirar un precioso pie y una pierna bien torneada. Muchas mujeres habían adoptado el *traje casero*, gracioso vestido cuyo corpiño terminaba en una basquiña circular. Llevaban también trajes a la inglesa, a la polonesa &a.

Los trajes en uso en la corte y entre la alta nobleza terminaba en una cola enorme que habría molestado considerablemente la marcha, sino se hubiera encargado a un lacayo que la llevara. Era exponerse al odio de una dama andar, por inadvertencia, sobre su noble cola, y no se perdonaba a los aturdidos. En compensación de esta largura del ruedo, los trajes se hallaban de tal modo escotados que se veían en parte los hombros y el pecho. En esa época también aparecieron los manguitos, y la moda quiso que se sirvieran de ellos igualmente los hombres y las mujeres; por eso, los elegantes circulaban en los bulevares con sus manguitos, como hoy con su bastón y su lente.

El peinado, que sufría incesantes modificaciones, consistía, hacia mediados del siglo diez y ocho, en un tupé de cinco o seis pulgadas de elevación, cubierto de una gorra de encajes a *touvans*, acompañado de dos guarniciones que bajaban hasta el moño. Cuanto más voluminoso era el moño, tanto más hermoso y admirado era, se veían moños cuya anchura cubría el cuello y lo excedía. Una cinta muy ancha se enrollaba alrededor del tupé y terminaba en un nudo soberbio.

Habiéndose hecho de gran moda la gorra, el genio de las modistas se ejercitó cada día en encontrarle nuevas formas y nuevos nombres. Se sabe que respecto a nombres, las modistas y mercaderes de novedades son fecundos inventores. Se vieron, pues, aparecer sucesivamente las gorras en forma de *rábano*, de *nabo*, de *col*, de *lechuga*, de *espárrago*, &a; gorra a la Tisbe, al Parque inglés, al *vuelo de amor*, a los *sentimientos comprimidos*, &a, &a..

Las costureras, para probar que no eran menos que las modistas en materia de extravagante terminología, pusieron a la moda las polleras con movidas, atontadas, esponjadas, decididas, galantes, tímidas, arrogantes, fijutivas, &a, &a.



Moda del siglo XVIII

De 1770 a 1775, las modas sufrieron algunas variaciones de forma y color, pero conservaron la misma fisonomía. A principios del estío de 1775, la reina se presentó con un traje de un pardo castaño lustrado delante del rey, quien le dijo riendo: "Este color pulga os sienta hechiceramente". Al otro día todas las damas de la corte estaban vestidas de pulga. Esta moda cundió en la plebe, y los tintoreros no podían resistir ya los pedidos. Entonces se establecieron diversos matices; según los diferentes gustos, se podían escoger entre el pulgón, la joven y la vieja pulga... ¡Oh Parisienses!... Poco después, hacia la misma época, el adorno de cabeza de las damas se modificó por esta circunstancia. Habiendo encontrado un día la reina algunas plumas de pavo real en su tocador, colocó una sobre su cabeza. El efecto le agradó; añadió otra, y luego se puso pequeñas plumas de avestruz rizadas; esto le pareció encantador; y cuando salió de su gabinete de vestir, las damas de la corte se apresuraron a hacerle mil cumplimientos por el buen gusto y la feliz composición de su peinado. El rey sobrevino y declaró que éste era el más lindo peinado de moda en la capital, se extendió por todo el reino y se propagó por toda Europa. Pero en 1780, habiendo perdido a la reina a consecuencia de los partos, las damas adoptaron en seguida *el peinado a la niña*. Los hombres tomaron por algún tiempo, el sombrero clac, que se llevaba no en la cabeza, sino bajo el brazo.

En 1784, habiendo traspasado los Alpes, la moda de los sombreros de paja, todas las francesas quisieron llevarlos. La gorra, a pesar de su riqueza y su aristocrático apoyo, fue abandonada, olvidada, y el sombrero se estableció triunfante en todas las cabezas. Pero ¡qué formas! ¡qué ornamentos!... Ya era un fondo perpendicular y perdido en hondas de cintas; ya un ala enorme enrollada en forma de embudo y sobrecargada de plumas o de flores. En el corto espacio de dos años, los sombreros cambiaron de forma, diez y siete veces; la última se llamaba sombreros a la caja *de descuento, sin fondos.*

Los tontillos habían sido abandonados sin remisión; algunos *postizos* los reemplazaron ventajosamente; pero estos postizos adquirieron en poco tiempo un desarrollo tan exagerado, que las mujeres más raquíticas, más flacas, ofrecían una prominencia posterior que había alarmado a la Venus hotentote.



María Antonietta

Antes de ir más lejos, digamos una palabra acerca de la moda singular que se llama etiqueta de la corte. La señora de Campan cuenta que en la corte de María Antonieta, el vestido de la reina era una obra maestra de etiqueta. La camarera mayor y la azafata hacían el servicio principal; pero había entre ellas algunas distinciones. La camarera mayor ponía la camisa y daba los utensilios del tocado; la azafata ponía las enaguas y presentaba el traje. Cuando una princesa de la familia real se hallaba presente al vestido la camarera mayor le cedía sus funciones. La camarera mayor y la azafata observaban la etiqueta conforme a su puesto y como si se tratara de defender sus derechos.

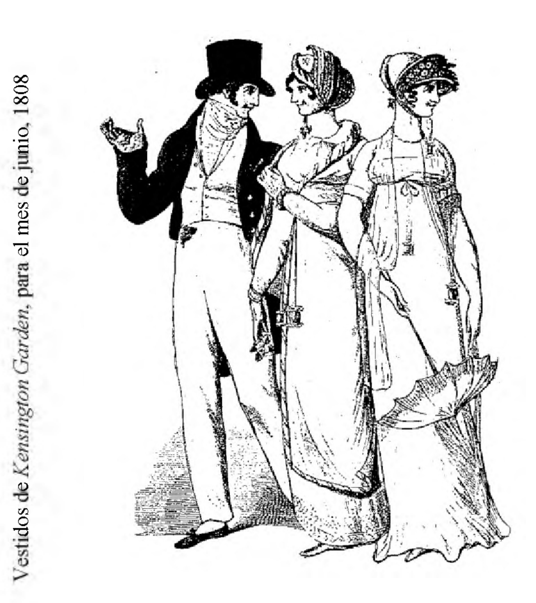
Una noche de invierno, sucedió que la reina, ya desvestida, estaba a punto de ponerse la camisa; y se la presento toda desdoblada, dice la señora Campan; una camarera mayor entra, se apresura a quitarse los guantes, y toma la camisa. Llaman suavemente a la puerta, abren es la señora duquesa de Orleáns, que se adelanta para tomar la camisa; pero la camarera mayor no debe, según la etiqueta cedérsela, me la devuelve para que yo se la dé a la princesa. Tocan de nuevo: Es la señora condesa de Provenza. La duquesa de Orleáns le presenta la camisa. Durante este tiempo, la reina tenía los brazos cruzados y parecía tiritar. Madame, apercibiendo la actitud penosa de la reina, arroja su pañuelo y pone prontamente la camisa, pero despeina la cabeza real. María Antonieta se hecha a reír para disfrazar su impaciencia y dice entre dientes: "Una etiqueta semejante es horrible odisea".

Pero esto no es nada comparativamente al hecho siguiente: Hallándose el rey Felipe III sentado cerca de la chimenea que el caldeador de la corte había rellenado de una gran cantidad de leña, se sofocaba de calor; pero no permitiéndole su dignidad levantarse para llamar, se asaba lentamente, esperando que alguno viniera a liberarlo. Los oficiales de servicio estaban ausentes, y los lacayos no podían permitirse entrar en la habitación. Al fin, el marqués de Paba, sobrevino y el rey le ordenó al punto que se apagara el fuego; aquel se excusó, alegando que le estaba prohibido por la etiqueta llenar esta función, que le pertenecía al duque de Uceda. El duque había salido y el fuego flameaba con más fuerza y el rey se asaba siempre, antes que faltar a la etiqueta de su corte. Su sangre se inflamó de tal modo, que al siguiente día se declaró una erisipela en la cabeza, y el pobre rey fue arrebatado por un acceso de fiebre cerebral.

Algunos días antes de la memorable revolución que debía ejercer tan grande influencia en las costumbres y en el traje franco, muchas damas de distinción habían adoptado los pequeños sombreros de seda ornados de plumas y de flores, y coquetescamente inclinados a un lado de la cabeza. Más de una joven marquesa despreciando su tupé y dejando colgado sus postizos, corría los bulevares y los almacenes con sombreros de seda y con elegante traje casero. Se veían también ropones de raso blanco, rosado, azul, celeste, guarnecidos de armiño y de marta. Los plebeyos se adornaban con una manteleta de raso orlada de un ancho encaje. Los sombreros que hasta entonces, conservaban proporciones razonables, las adquirieron pronto colosales por los ornamentos con que se sobrecargaron. El lector podrá juzgar de ellos por los anuncios siguientes, sacados del *Diario de las modas de París* de 1780 a 1785:

> "Hoy se ofrece a las damas un *sombrero de Admira*. Se verá donde la señora Fredín, modista, en la Banda de oro, calle de Feronnerie, un sombrero en el que se representa un buque con todo sus aparejos y que tiene sus cañones en batería!!!
> "Se encuentra donde la señora Quentin, calle de Clery, *sombreros pouf*, en forma de trofeo militar; los estandartes y los timbales colocados en la delantera son de efecto muy agradable".

El año de 1790 vio aparecer la levita, especie de traje corto que dio lugar al poema titulado: "Levita conquistada". En 1791, en la calle Media, la levita destronó a la casaca, el sombrero dejó de ser llevado bajo el brazo para ser llevado en la cabeza; el horroroso polvo blanco vio el ocaso de su reina. Las mujeres siguieron el ejemplo dado por los hombres, pudieron sustraer su rostro y sus cabellos a la larga tiranía del polvo y del afeite; ¡la naturaleza al fin recobró sus derechos!


Vestidos de *Kensington Garden*, para el mes de junio, 1808

Sección tercera

La grande conmoción del 93 trajo un cambio radical en el traje francés; exceptuando a algunos ancianos obstinados y a algunos fanáticos por el antiguo régimen, todos los hombres abandonaron las alas de pichón, el nudo de pelo y la cola, para dar a sus cabellos una entera libertad. La casaca escotada, la levita y el frac expulsaron a las casacas a la francesa de anchos faldones y con bordados. Los chalecos cortos triunfaron de los chalecos-chupas; el pantalón declaró la guerra al calzón corto; las botas

lucharon ventajosamente contra los zapatos de hebillas, y el sombrero redondo triunfó del tricornio. La moda no se limitó a los vestidos, invadió aún el domicilio; la arquitectura; los muebles, los modales tomaron un estilo griego y romano. Los catres se transformaron en tálamos semejantes a los del tiempo de Pericles; los asientos estaban cortados a la Ciceron; las mesas tenían por sus tentáculos esculturas que representaban a Cástor y Pólux. Las estatuas griegas, los vasos etruscos eran ornamentos indispensables.

El invierno de 1795 trajo a París las modas, los conciertos y las fiestas, presididos por la *juventud dorada.* Los teatros no se habían abierto todavía, pero, en su defecto, se precipitaban a las fiestas republicanas, y principalmente a los conciertos que se ofrecían en Feydau. Las mujeres se mostraban allí bajo el vestido de los antiguos griegos; la *túnica* había reemplazado al traje, y la *emonide* abrazaba su talle libre de toda presión. Las calzaban una especie de coturno; las otras llevaban la sandalia atada a la pierna por lazos de cintas. Muchas los ornaban de perlas de oro y de pedrerías. En el palacio de Luxemburgo sobre todo, los ojos podían admirar los deliciosos negligés de Venus, de Diana, de Flora y demás bellezas olímpicas, allí se veían pasear, de brazo con los alumnos de David transformados en Apeles, en Frinés, tal vez tan encantadoras y más coquetas que las celebridades cuyo traje habían pedido prestado. Entre aquellas lindas mujeres que recordaban el siglo de Pericles, se distinguía la señora Tallica, la más bella de todas y las más admirada. Pero el cielo de París no era el de Atenas, y la moda griega no hizo más que pasar; éste fue un pasatiempo mitológico de algunos días, que ocasionó grandes reumatismos a muchas modernas diosas y ridiculizó a las demás.

De 1795 a 1800, las diferentes piezas del vestido republicano sufrieron cambios tan numerosos que, en vista de sus variaciones, la descripción se hace insuficiente, y recomendamos al lector la lectura del periódico de las modas publicado entonces por el señor de La Mensagere, que le permitirán juzgar, por sus propios ojos, cuánto puede extraviar los sesos humanos el capricho de la moda.

Cuanto más se alejaban las modas del tipo antiguo, tanto más se revestían de un sello particular. Los abates coquetescos y galantes, los petimetres, habían desaparecido de la escena del mundo elegante, para dar lugar a los *lechuginos*, a los *pretenciosos,* a los *increíbles*, que, ya cubiertos con enormes sombreros-chaqués o con sombreros redondos de ensanchado, ya vestidos con la carmañola, con el frac con droguete, con la levita de anchas solapas, con el calzón corto, se paseaban con el junquillo en una mano, sosteniendo con la otra un pedazo y vasto lente. Estos elegantes de la revolución podían, con toda libertad, ponerse los vestidos excéntricos y calzarse la bota de vueltas o el escarpín, con tal que una ancha escarapela tricolor estuviera fijada en el sombrero.

Las mujeres, también, se adornaban la cabeza a su antojo, e iba, ora con la cabeza desnuda, con un peinado griego, ora con la cabeza cubierta, con un peinado griego, ora con la cabeza cubierta con una gorra o con una pastira ornada de una ancha escarapela tricolor y presentando un moño volteado. Ya no habían trajes de brocado y de seda, ni encantadores trajes de terciopelo, pero sí telas de Joui de diversos colores para pañoletas. El grabado que representa el arresto de Carlota Corday da exactamente el traje femenino de aquella época.

Durante algún tiempo, el partido Jacobino impuso las modas por el temor que inspiraba. A su ejemplo se llevaba la casaca chupa, el chaleco rojo, el pantalón ancho y el sombrero redondo con escarapela; pues, a los ojos de ese partido, cualquiera otro vestido que no fuera el suyo era un indicio de aristocracia. Sin embargo muchos republicanos famosos, Robespierre entro otros, continuaron llevando el frac, los cabellos empolvados y la coleta. Cuando el Jacobinismo enfermó bajo el Directorio, rindió el último suspiro, la guerra contra las casacas casó, y cada uno pudo vestirse según su gusto y su capricho. Pero la forma del sombrero, el corte y el color de la casaca, el arreglo de los cabellos, sirvieron siempre para establecer el color de matices políticos y sociales. Así, la casaca cuadrada descubría a un chuan, la casaca azul y puntiaguda proclamaba a un republicano; las anchas solapas y el calzón corto recamado indicaba al increíble; los cabellos rizados y empolvados descubrían al realista; los cabellos lisos y largos anunciaban a un jacobino, &a. &a.

En aquella época, un fenómeno celeste, un acontecimiento singular, un movimiento político, una catástrofe, un accidente, un animal curioso, en fin todo lo que hería la imaginación daba lugar a la moda. La llegada de un rinoceronte, de un elefante, trajo las gorras a la *rinocerante,* a la *elefante*. Una golondrina que cayó en el Puente Nuevo, perseguida por un papamoscas, hizo llevar adornos de cabeza a la *golondrina* del todo pintoresco; dos pequeñas alas de gasa, contenidas por resortes de acero, se lanzaban de los lados de la cabeza y se agitaban al menor viento. La aparición de un chino en París, puso en boga el peinado a la chinesca y los borceguíes puntiagudos. La llegada del embajador turco trajo la moda de las medias lunas; todas las mujeres quisieron llevarlas en sus cabezas, con gran sentimiento de sus maridos que, a pesar de sus ruegos o de sus amenazas, se vieron forzadas a sufrir su vista. Después de la toma de la Bastilla, los fragmentos de sus piedras, engastados en oro y plata, sirvieron para montar collares, brazaletes, anillos, que se llamaron joyas de la Constitución. Habiendo devorado un incendio la Ópera, al punto los hombres y las mujeres llevaron vestidos color de *fuego de ópera.* Pero este color tuvo una duración efímera. Algunos días más tarde, un ratón que huía asustado del bulevar, llevando un pedazo de papel que un niño le había atado a la cola, puso en moda el color gris ratón asustado. En fin ¡se creerá que la guillotina, que funcionaba en Francia con tan terrible actividad,

produjo en las mujeres el inconcebible deseo de llevar en sus orejas pequeñas guillotinas de oro! Estas horrorosas joyas se llamaron *joyas de la revolución.* ¿Qué pensar, qué decir en presencia de estos caprichos de la moda? Muy ciertamente, ni la razón, ni el buen gusto engendran una moda, sino la actualidad o la fantasía del momento.

Bajo el Consulado y el Imperio, el chal, que había sido importado anteriormente por los embajadores de Tippoo-Saël, llegó a ser de gran moda. Los trajes de seda o de muselina blanca, proscritos por la revolución reaparecieron con escándalo. Las actrices de la Academia de Música y del Teatro Francés sirvieron comúnmente de modelo a las modistas para establecer diversas modas. Al abandonar la simplicidad republicana a la que se había conformado de grado o por fuerza, las mujeres cayeron en un exceso contrario y se arruinaron por los gastos del lujo. Se vieron aparecer trajes de muselina clara ornados de bordaduras de seda y de guarniciones de encajes de un gran precio; trajes y ropones guarnecidos de astracán o de forros finos. Los cabellos se rizaron en bucles desatados o trenzados y arreglados a la griega. Velos echados atrás y dejando descubierta la mitad de los cabellos, y turbantes hechos con telas de la India y de Turquía, sirvieron para componer ricos adornos de cabeza. Los trajes, de talle bajo, tenían mangas anchas en toda su longitud, o ahuecados hasta la tercera parte del brazo solamente. A esta moda sucedió la de las mangas cortas realzadas por un broche o un botón de piedra fina. Los hombros de las elegantes estaban cubiertos a medias por chales cuadrados de Esmirna o chales largo de la India. Las dulletas, las rotondas de cuello, las manteletas, las palatinas, los trajes cerrados se llevaron alternativamente.


Vestido femenino de 1800

En los primeros años del siglo diez y nueve, el vestido de las parisienses había llegado a un grado de perfección en que debería haberse mantenido. El vestido unía la simplicidad a la elegancia, y, sin molestar los movimientos, dibujaba perfectamente las formas del cuerpo. Las francesas ofrecían entonces la seductora imagen de aquellas griegas encantadoras cuya belleza ha celebrado la historia. Esta moda, tan favorable a los encantos y la gracia de la mujer, no tuvo sino un tiempo; las parisienses ¡ay! se dejaron seducir por la moda soberanamente desagradable de los talles altos, impuesta por la mujer contrahecha de un gran dignatario; estas damas tenían la espalda gibosa y el busto contorneado. Todo bello sexo, para estar a la moda, se vistió sin reflexión con un traje–saco cuya cintura se anudaba a la altura

de los sobacos y rechazaba la garganta hasta debajo de la barba. Esto era feo, horroroso, pero las mujeres de espalda torcida, de pechos oblicuos hallaban en ello provecho; este vestido encubría muy bien sus deformidades. Las joyas de oro, las pedrerías, los diamantes prodigaban sus tocados; la aristocracia del imperio francés ofrecía una reminiscencia de las fastuosas patricias de Roma bajo los Césares, los vestidos se mostraban ricos, magníficos, pero debe decirse que eran de mal gusto, he aquí la impresión que produjeron en un joven de diez y ocho años, que se hizo ilustre más tarde en las ciencias.

> "Salido por primera vez de su aldea y conducido a París por su padre, todo le admiró desde luego; sus ojos no podían abrirse bastantemente para abrazarlo todo, para admirarlo todo. De regreso a su soledad, dirigió una multitud de preguntas a su padre, acompañándolas de aseveraciones que le ocurrían naturalmente:
> ¿Podría usted decirme, padre mío, por qué las parisinas, que poseen todo lo que se necesita para ser lindas hacen todo lo que pueden para afearse?
> Torres en lugar de cabellos; sacos en lugar de trajes; diamantes en lugar de flores; ¡qué singular adorno!
> Oro en la cabeza, oro en el cuello, oro en los brazos, en el puño y en los dedos, oro en todas partes, excepto en los bolsillos. Esas mujeres nada entienden de los adornos que realzan la belleza.
> El oro empaña el brillo de los ojos, marchita la tez, empalidecen los labios, da un color sombrío a la piel. Nunca se atrevió un pintor a retratar a Hebe sobrecargándola de ornamentos de oro, y Venus nunca hubiera ganado la manzana, si hubiera estado vestida como Nuestra Señora de Loreto.
> Los trajes que las mujeres llevan actualmente, las hace semejantes a una percha; su cintura ha desaparecido totalmente bajo este vestido ridículo; muestran un atado de garganta voluminoso que sería una abominable deformidad, si no fuera la moda".

Bajo el imperio, el traje de los hombres llegó a ser más severo: habiendo Napoleón echo caer bajo tijera su cabellera republicana, al punto los cortesanos se peinaron a lo Napoleón; luego vinieron los cortes de pelo a lo Tito, a lo Caracalla. &a. Se limitó el traje militar: el cuello tieso reemplazó a la corbata floja; el frac y la casaca se abotonaron hasta la barba por una larga fila de botones metálicos aproximados los unos a los otros; los faldones eran largos y estrechos como los de una casaca de uniforme. La levita de cuello derecho, la polonesa recamada de trenzas, de ribetes, de pieles y de galoneaduras a la usanza de los dragones, tuvieron boga; se llevaron pantalones blancos, rojos, anaranjados, con bandas a los costados; la bota alta se calzó debajo del pantalón, y algunos elegantes añadieron el espolón lustroso: se cubrieron los hombros con la ancha capa de caballería; el pacífico plebeyo y los hombres de edad adoptaron el carque [sic] con tres, con cinco o hasta con nueve cuellos. Los almibarados habrían llevado bigote, si se hubieran atrevido a ello; pero Napoleón tenía el rostro completamente rasurado, y él era el sol que alumbraba entonces. Los fabricantes de navajas hicieron fortuna.


Trajes de 1812

Otro género de elegante, de contorno de los más singulares, que presumían de petimetres añejos y de increíbles olvidados, frecuentaban el bulevar llamado de Co., paseo a la moda: se hacía notar por la casaca chupa, su calzón ancho y sus botas de grandes orejas; tenían un chicotillo enroscado en la mano y un sombrero ruso bajo el brazo.

Una deplorable reminiscencia del corpiño con barbas de ballena se manifestó durante el invierno de 1809 a 1810, bajo el nombre de corsé; la moda empezó entre las damas de París, y en algunos años, cundió en toda la Francia. La historia del corsé es bastante curiosa, y los consejos que hay que dar sobre los peligros de su uso son tan serios, que le consagramos en capítulo aparte.


Luis XVIII

Al advenimiento de Luis XVIII (1815), una multitud de emigrados volvieron a Francia con sus vestidos de otro tiempo, esperando traer el antiguo régimen con las viejas modas; pero los hallaron ridículos, y el pueblo los persiguió con el epíteto de cazadores de Luis XVI. Todos los que emigraron de buen sentido adoptaron el nuevo traje; sólo las viejas pelucas, así las llamaron, se destinaron en conservar el vestido del siglo pasado.

En materia de moda, los primeros años de la Restauración fueron notables por los numerosos cambios que sufrieron el corte y el color del vestido, y por los nombres más o menos originales que les dieron. Así, se vieron aparecer sucesivamente las levitas de Wellington, a la moda, a la prusiana, las casacas de pechera, de cola de rata y de bacalaeo; zagalejos gordos, engreídos, atontados, conmovidos &a; sombreros a lo Boston, a la Filadelfia, a la gallina ciega, a la tres por ciento. Las sangrientas disputas de Murillo y de Bolívar en América; dividieron la Francia en dos campos, relativamente a la forma del sombrero: la mitad de los franceses llevaron bolívares, es decir sombreros de alas anchas, y la otra mitad, murillos o sombreros de alas estrechas. Entonces, los hombres habían adoptado la moda de la casaca escotada y bien cerrada en la cintura, el pantalón pegado hecho de un tejido elástico, y se calzaban por debajo, a la bota a la rusa con una borla de seda. Esta moda que

dibujaba perfectamente las formas de un hombre bien torneado, no duró largo tiempo, porque era desfavorable a las piernas defectuosas. Tomaron el pantalón ancho.


Trajes de 1820

Luis XVIII había traído consigo algunos elegantes de ultramar que dieron, durante algún tiempo, el tono y las modas; llamaron *dandys* a los que los imitaron; después a los *dandys* sucedieron los fashionables, verdaderos anglomanos, de cuello de camisa tieso y subido, de enormes patillas, que, armados del bastón de puño dorado y del lente cincelado, paseaban sus gracias en los bulevares. Se vieron durante algunos instantes levitas de peregrina que se cerraban en el talle por un cinturón exterior.

Los sombreros de mujeres, libres de los horrorosos *bavolets* y echado un poco delante, permitieron que se mostrara el cuello y el moño. Los trajes se acortaron de modo que dejaban ver lo bajo de la pierna, y muchas mujeres, poco favorecidas por la parte del rostro, pero dotadas de una pierna bien hecha y de un lindo pie, pudieron atraerse algunos adoradores; pues el sutil apreciador sabe todo lo que vale un pie pequeño.

Bajo Carlos X (1824), las modas permanecieron poco más o menos las mismas, salvo algunas oscilaciones en el corte y la composición del vestido. Los trajes se llevaron un poco más largos y los talles más bajos. El peinado sufrió también algunas modificaciones, pero de poca importancia. Hacia 1828, las mujeres empezaron a llevar las mangas de pierna de carnero, y este adorno adquirió, poco a poco, tan enormes proporciones, que una dama a la moda no podía como en el tiempo de los tontillos, pasar de frente por una puerta ordinaria; necesitaba puertas cocheras. ¡Los talles delgados, oprimidos, los talles de avispa se pusieron a la moda por algunas mujeres éticas y llegaron a ser una pasión que causó muchas víctimas! ¡Las necrologías de aquel


Vestido de 1825

año contaron, en Francia, más de cuarenta mil mujeres o niñas muertas a consecuencia de la opresión del talle; y los hospitales de París registraron más de cinco mil defunciones ocasionadas por la comprensión exagerada del corsé! ¡Esta es la moda, sin embargo! Si el hombre tiene su valor especial, la mujer tiene también el suyo: la mujer más delicada, la más medrosa, se somete a torturas inauditas, sufre con paciencia atroces dolores, arrastra la enfermedad o marcha resueltamente a la muerte por seguir la moda. Pero ¿es ese valor? Y ¿no podría darse otro nombre a esta pasión por la novedad que arrastra irresistiblemente a todas las mujeres?

En 1850, un rey bajaba gradas del trono, mientras que otro rey subía a él entre las aclamaciones del pueblo, el cual, diez y ocho años después, debía descender y huir más precipitadamente que su predecesor. ¡Oh atenienses modernos!

Bajo Luis Felipe, el tupé de los hombres se elevó considerablemente formando una pirámide sobre la frente, ejemplo del tupé real. No obstante, la secta de los sansimonianos, antes de desaparecer, dio la moda de los cabellos largos, con una raya vivamente dibujada en uno de los lados de la cabeza. El tupé decayó del todo y concluyó por desaparecer completamente ante esta nueva moda que se adoptó generalmente, salvo algunas modificaciones en la largura y en el corte de los cabellos. La blusa y el casquete llegaron a ser el traje popular. La aristocracia se distinguió por su casaca, cuyos anchos faldones recordaban la casaca a la francesa. La clase media adoptó la levita de talle corto y de anchas solapas.



Trajes de 1830

De 1830 a 1835, se vieron aparecer y desaparecer sucesivamente las levitas a la propietaria, a la *collin,* a la marinera, &a; las casacas de talle alto y de anchos faldones formando enaguas, género bastardo que tenía algo de casaca y de túnica. Los pantalones de trabillas, que abrazaban estrechamente la bota, y sujetados por los tirantes de modo que hacían imposibles los movimientos de la genuflexión, se adoptaron desde luego por algunos elegantes, y llegaron a ser, en poco tiempo, una pasión en los hombres, como los gigotes o mangas de piernas de carnero lo habían sido para las mujeres.

Por su parte, las damas, no se sabe por qué, cambiaron los risueños colores de sus vestidos por colores tristes y sombríos. Los delicados matices lila, buche de paloma, primera aurora, se reemplazaron por el verde ruso, verde botella, negro marengo, etíope puro; se habría dicho que el adorno se convertía en duelo. Los mercaderes de novedades, según su coquetesca costumbre, bautizaron cada tela con un nombre más o menos incongruente.

Hacia el año de 1836, el traje femenino parecía recobrar proporciones razonables; los gigotes monstruosos cedieron el lugar a las mangas llenas diversamente adornadas y compuestas; la cintura tomó su puesto natural, pero el traje se alargó insensiblemente de manera que ocultaba la pierna y el pie; en fin, se llegó al punto en que la vemos hoy, arrastrando por el suelo y barriéndolo con los ruedos. Los grandes sombreros ensanchados se transformaron en elegante sombreritos llamados *bibís,* que volvían lindas a casi todas las mujeres, excepto a las que tenían rostros mofletudos y a las que habían llegado a la edad en que se debe renunciar a las pretensiones de agradar. El bibí, tan coquetesco, *tan* seductor, servía demasiado bien a las jóvenes para que las mujeres de segunda edad no estuvieran celosas de ellas; por eso, se ligaron contra él o lo abrumaron con el peso de sus años. El ala del sombrero se alargó, pues, de modo que ocultaba el cuello, y el bibí se vio transformado en una informe *caba*. Este sombrero de abuela ni prevaleció sino una estación; lo sustituyó la semi pamela, cuyas alas redondas despejaban muy graciosamente los contornos de la mejilla. A los jóvenes sobre todo les sentaba de un modo encantador.

De 1840 a 1849, el frac de los hombres fue el objeto de incesantes estudios por parte de los sastres; se levantó se bajó el talle, se reformó el cuello, se alargaron los faldones, se les acortó, y a fuerza de recortarlos, se hizo una casaca-chupa; esta triste casaca pareció que se impuso un momento al mundo elegante. Para todos los aquellos que no estaban al corriente de la moda, París parecía entonces poblado por *mozos de caja*; pues la casaca-chupa, del último gusto, ofrecía un corte análogo al de la chupa que llevan los mozos de banco. Pero pronto se condenó esta moda poco distinguida y se dio al frac una forma más decente. Por último, hoy, el artista cortador ha logrado, por medio de un corte hábil, dibujar la inflexión ligera que separa los costados del sacrum, despegar el talle y hacer que sobresalgan los contornos de las caderas, de tal modo, que el frac ha llegado, nos parece, a cierto grado de perfección.

El chaleco sufrió también sus transformaciones; ora de cuello derecho y con pechera, abotonado hasta arriba; ya de cuello volteado, de solapas anchas y abierta, dejando admirar una camisa bordada, artísticamente plegada, y en la que brillaba un botón de diamante. En otro tiempo, al chaleco era corto, luego se alargó en punta aguda; se le bordaron los orillos y lo

adornaron con ricos botones; hoy, sus ángulos están redondeados y su última evolución lo ha llevado al corte llamado Luis XV modificado.

El pantalón fue menos feliz que el frac; su forma, siempre poco graciosa, oculta completamente lo bajo de la pierna y la mitad del pie con una bota horrible. Y notad, esta inversión de las leyes naturales, la parte baja de la pierna que, en la conformación humana, debe ser delgada y perfilada, parece, al contrario, ser más gruesa que la pantorrilla, bajo el informe tubo que la oculta. ¿Cuándo volverán los hermosos días del pantalón pegado?

La corbata y el cuello son partes del vestido sujetas a frecuentes modas. La corbata, ya se lleva cuadrada, corta con un pequeño lazo; ya doblando su longitud, y dejando caer sus dos extremidades hasta la cintura. Nada es más variable que la moda de su color. El blanco permaneció muy largo tiempo como color exigido por el buen tono; el negro llegó a destronarlo, y él mismo fue reemplazado por una multitud de colores y de matices que tuvieron, cada uno, su apogeo y su ocaso. A pesar de estos caprichos de la moda, la corbata blanca siempre ha sido de etiqueta.

A la corbata sucedió el cuello que, según dice, no fue aceptado sino por esa clase de hombres demasiado perezosos para dar tiempo necesario al arreglo de una corbata. El cuello, en efecto, tiene la ventaja de ponerse pronta y fácilmente. Todo el mundo no sabe hacer un lazo tan artísticamente como esos señores casquivanos de los bulevares, que pasan horas enteras en hacerlo y deshacerlo. En el mundo elegante, un lazo de corbata irreprochable es una parte esencial del vestido; que el nudo sea *simple, compuesto, din cabos* o con cabos flotantes &a. no importa, el arte impresiona siempre. Y hay ciertos lazos *descuidados* en apariencias, que han costado un largo trabajo delante del espejo, y más de un pataleo, más de una exclamación de impaciencia. Un *león* aprecia prontamente en el lazo de la corbata, la fuerza o la debilidad, las probabilidades de triunfo de sus rivales, y según los cree superiores o inferiores a él, la envidia o el desdén se deslizan en su corazón y se muestran en sus labios. Conviene añadir también que hay elegantes tanto más hábiles en componer un lazo de corbata, cuanto que a ello se limitan todos sus talentos. En fin, se juzgará de la importancia dada a la postura de la corbata, por la lectura de la obra titulada: *Arte de ponerse bien la corbata, enseñada en treinta lecciones*.

¿Se creería que la moda ha llevado su tiranía hasta el cuello de camisa? En otro tiempo, la camisa no tenía cuello y no valía por eso menos; de repente, la moda quiso que estuviera erizada de un enorme cuello estirado, que saliendo de la corbata, iba a rozar las orejas. Los jóvenes, no pudiendo acostumbrarse a las rudas caricias del cuello almidonado, lo rechazaron y no dejaron que saliera ya de su corbata sino dos puntas agudas del cuello modificado. Hace algunos años que se llevaba el cuello de camisa volteado, sobre una ligera corbata; esta moda era

graciosa, pero exigía una extrema limpieza del género y del cuello, así como una barba siempre afeitada; por estos motivos, tal vez, no se adoptó generalmente. Hoy, cada cual arregla su cuello a su manera; con tal que reúna las condiciones de finura y de blancura azulada, no se exige nada más. Los cuellos postizos se han inventado a fin de poder cambiarlos todas las veces que el caso lo requiera.

Si tuviéramos alguna influencia en la moda, le diríamos que rechazara la corbata y el cuello que nada tienen de seductores, y que dejara el cuello despejado de todo estorbo, a ejemplo de los pueblos orientales; esta moda sería más higiénica.

Es preciso decirlo; el vestido del hombre ofrece menos recursos a la moda que el de las mujeres. El frac, tal como se lleva desde hace cincuenta años, se presta difícilmente a las innovaciones radicales. El sastre, obligado a respetar la fisonomía del vestido nacional, da vueltas incesantemente en el mismo círculo; alarga o acorta los faldones y el talle; ensancha o reduce el cuello y las botamangas; aumenta o disminuye el número de los botones; se esfuerza por darle una elegancia de convención; ¡ay! siempre el maldito frac, el frac desgraciado es el que abruma al hombre y destruye la armonía de sus formas. Si añadís a esto el pantalón flotante, ancho a lo marinero, el pantalón de trabillas, informe, incómodo o el pantalón de campana, dentro del cual la pierna simula un badajo; si añadís a este vestido ridículo el triste sombrero redondo, cuya forma no se parece a nada, tendréis el pobre traje moderno que hace la desesperación de los artistas. Y notad bien la extravagancia del espíritu humano, cuando más avanzado se está en la civilización, más lejos se está de la nobleza del traje; parece que se tuviera empeño en achicar las proporciones del hombre en su vestido recortado. Comparad los trajes de los siglos diez y seis y diez y siete con los de nuestra época, y quedareis convencidos del hecho singular de que la belleza y la riqueza del traje disminuyen en razón directa de los progresos de la civilización.

Cedemos al deseo de interpolar aquí algunas reflexiones acerca de una moda muy deplorable y que se propaga de día en día, con gran detrimento del bienestar de las familias poco acomodadas; queremos hablar de la moda de los cafés y de la pasión por ellos. Este género de establecimiento se multiplica de una manera alarmante para la sociedad. Una multitud de industriales, guiados por un sórdido interés, abren por todas parte cafés y tendejones, y atraen allí a los pequeños consumidores bajando el precio del consumo; pero la baja del precio necesita una adulteración en la cantidad y, lo que es más grave, en la calidad de los artículos, de donde resulta una alteración de la salud. En otro tiempo, los cafés eran raros en las ciudades; hoy, toda la línea de los bulevares de la capital está invadida por esta industria; no hay calle que no posea sus mostradores y sus barras de licores. Antes, estos lugares no se frecuentaban sino por los mozos alegres, los militares y la juventud ociosa; hoy, todas las edades, todos los rangos se confunden

allí. El café ha llegado a ser un hábito, una necesidad que es preciso satisfacer a todo precio; es una desgracia que trae otras. Que la clase rica vaya a llevar allí su dinero y a distraer su fastidio, puede parecer indiferente; pero que los obreros y los pequeños empleados vayan a gastar su tiempo y sus escasas economías, es un vicio que sería urgente reprimir; pues este vicio introduce en las familias la privación, la miseria y la inmoralidad. En muchos barrios populosos de París, hay inmensos cafés donde están alineados quince o veinte billares, y, en torno de esos billares, varios jóvenes de blusa, obreros de bajo oficio, juegan su salario de los días pasados, pierden el trabajo del día presente, y regresan con las manos vacías, al seno de su familia que carece de pan ¿No es esto horroroso? El gobierno que ha limitado el número de los carniceros, de los panaderos y de otras industrias útiles, ¿no debería limitar el numero de los cafés? Dejamos a la autoridad competente la apreciación de este estado desagradable de cosas, y hacemos votos porque le ponga un remedio.

Terminaremos esta ojeada acerca de las modas, haciendo observa que, desde 1830 hasta nuestros días, no teniendo el espíritu francés sino muy poco alimento que dar a su actividad, se alimenta de modas referentes al vestido casi como de novelas! Por eso durante los diez y ocho años de una calma egoísta que debía terminar en una violenta conmoción ¡queda invenciones, de variaciones, de cambios no se han hecho! ¡Qué de nombres y de epítetos no se han encontrado! En verdad, esto es increíble, aturdidor.

Un observador de modas referentes a los vestidos de hombre, tan escrupuloso, tan exacto en sus observaciones como uno de los sabios meteorólogos del observatorio, me ha mostrado en un inmenso cartón las variaciones de cortes de vestidos dibujados desde hace cuarenta años. En ese cuadro, de los más curiosos, se veían las gradaciones sucesivas desde el *frac-chupa* hasta el *frac de cola de bacalao*, y las de gradaciones desde la levita a lo *propietario* que casi arrastraba, hasta la túnica corta o la levita de falda recortada. Las vicisitudes del chaleco y del pantalón, aunque menos numerosas, no dejaban de llenar uno de los ángulos de cuadro. El pantalón ancho domina en todas partes, lo mismo que el pantalón de trabillas; la rareza del pantalón pegado parece descubrir que los señores parisienses, que dan las modas, apenas son favorecidos por la parte de la pantorrilla.

Estas incesantes variaciones de la moda en el vestido, en Francia, me recuerdan una caricatura llena de verdad. El artista había representado, en un cuadro, los trajes de los diferentes pueblos de la tierra, por grupos aislados compuesto de un hombre y de una mujer; estos grupos diversos estaban vestidos según el uso de su país; sólo el francés se ofrecía enteramente desnudo y llevaba un paquete de tela bajo el brazo con esta inscripción. *Espero que aparezca la última moda para mandar que me hagan ropa*.

Permítasenos, de paso, una corta digresión acerca de ciertas expresiones inventadas por los fabricantes de tejidos, de telas &a. y acerca de las denominaciones más o menos burlescas dadas por los sastres, costureras y modistas, a ciertas piezas del vestido o del adorno. Si las modas de hombre han obligado a la Academia a añadir al suplemento de su diccionario las palabras bárbaras de *paletot, twine, coacheman, wentrepoùl, makintoch, sauten-bas, &a*, las modas de mujeres lo abrían, no digo enriquecido, sino embarazado con una cantidad de términos más o menos descorteses y mal sonantes, tales como el peinado *de caracol, de perro gritón, de comodín, de cabriolé &a, gorras de nabo, de alcachofa volteada, &a; colores de Isabel, ninfa conmovida, barriga de pulga, barro de París,* y otros que lastiman el decoro compuestos de palabras, que nadie se atrevería a articular aisladamente, pero que, reunidas, salían sin vacilación de las más castas, de las más lindas bocas, puesto que servían para calificar ciertas formas de peinados, de vestidos, ciertos colores a la moda, y ninguna persona tiene el derecho de formalizarse, ni de ofenderse por ello.

Durante los veinte años que acaban de pasar, las mujeres han mostrado en su vestido una inconstancia mucho mayor que los hombres, por eso no haremos más que mencionar rápidamente la inmensa variedad de vestidos que han tomado, abandonado y vuelto a tomar sucesivamente y modificado de mil modos diversos: capas, manteletas, sobretodos, dulletas, túnicas, levitas, musetas, crispinas, trajes caseros, pages, semi-pages, talmas, visitas, bandas de todo tamaño, &a. Trajes de corpiño puntiagudo, con bertas cerradas, abiertas, sencillas o adornadas; corpiños a la suiza, a la húngara, a la inglesa, a la amazona; zagalejos con botones, con broches, abiertos en la delantera y cerrándose caprichosamente; zagalejos unidos, con dos, con tres, cuatro o cinco pliegues; zagalejos ornados con pasamanería, trencillas o galones; pañoletas altas, bajas, llanas, bordadas con agujas o crochet, recortadas, y ribeteadas; guimpés, canezús y fanchetas, fanchonetas, pañuelos de todas formas, de todas dimensiones. Las gorras han sufrido también innumerables transformaciones; desde el simple cepillo hasta la magnífica gorra alta; el número es incalculable. Los puños bordados, de pomos; las enaguas estampadas, con barbas de ballena, engomadas, con varas metálicas; las crinolinas, contorno, los corsés de todo género, siempre privilegiados y siempre enemigos de la firmeza del seno; las cintas, los encajes, las plumas, las flores artificiales, los guipures, &a, &a, &a, y una infinidad de piezas menudas que sólo una memoria de mujer puede retener.

La moda de los sombreros de mujer es tanto más singular, cuanto que hace abandonar las cosas graciosas y las hace reemplazar por otras más o menos horribles. Hace treinta años, el sombrero parecía una inmensa corneta, en cuyo fondo se ocultaba el rostro. Hoy es todo lo



Vestido de 1812

opuesto, el sombrero no cubre sino el occiput y la nuca; las tres cuartas partes de la cabeza quedan descubiertas. Si bien se buscan términos de comparación para pintar mejor las diversas formas del sombrero femenino, se encuentra que el sombrero de 1810 se asemejaba a un carcaj; el de 1830 a la mitad de un apagador; el de 1832 a un trabuco cuya boca estuviera inclinada hacia el suelo; el de 1842 a una varilla de barba encorvada; el de 1855 a un mortero dirigido al cielo y el de 1860 a una patena.

Este género de sombrero es, a la vez, antihigiénico y desairado. Es antihigiénico, en el sentido de que un sombrero debe cubrir la cabeza y protegerla contra la intemperie, mientras que el sombrero actual se aleja de este objeto: cubre el occiput ya protegido por el casco o trenza de los cabellos, y deja descubierto todo el alto de la cabeza. El resultado de este vicio de forma es dejar lo alto de la cabeza expuesto al frío y al calor; por eso, siento las variaciones bruscas de temperamento una causa de enfermedades, todos los médicos convienen en decir que si la calvicie, en nuestros días, hace tan rápidos progresos en las cabezas femeninas se deben atribuir a este pobre adorno.

Este género de sombrero es, además, desairado, porque aprisiona los suaves contornos de las mejillas y parece soldar la cabeza a los hombros, el cuello pierde sus ligeros movimientos, sus graciosas inflexiones, se creería que está afectado de alguna dolencia.

La manía del bavolet llegó hace algún tiempo, a tal grado de intensidad, que, semejantes a una cola de pavo haciendo una rueda, se veían esos horrorosos adornos bajar hasta los omóplatos; se les tomaría como un babador puesto en sentido contrario, y las damas, así arrebujadas, se hacían el blanco de la risa de los jóvenes. Se comprende que la piel de una mujer que estaba sembrada de tumores, que lleva las cicatrices de un sedal o un vejigatorio, oculta estas deformidades bajo un ancho bavolet; pero las damas de cutis blanco y aterciopelado ¿cómo pueden consentir que se les sospeche de vicio y deformidades? Esto es verdaderamente inconcebible.

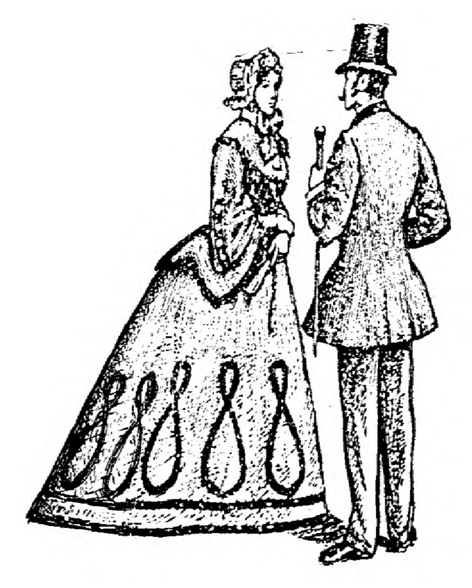
La moda del sombrero redondo, de anchas alas, adornado de una pluma, parece que quiere introducirse en el adorno moderno. Esta forma de sombrero sienta encantadoramente a los rostros de las jóvenes y felicitaremos a las damas que lo adopten, pues darán prueba de su buen gusto. Bajo este lindo sombrero, sus facciones son más expresivas y las miradas que atraen y los cumplimientos de que son objeto deben halagar su coquetería.

El sombrero de los hombres ha sufrido notables mejoras en su materia prima y en su fabricación, pero no en su forma. Desde hace unos veinte años, poco más o menos, la seda ha reemplazado al fieltro. La ligereza al brillo y el precio módico del sombrero de seda le ha dado el predominio sobre el de fieltro. Esta importante mejora nos viene, según se dice de los florentinos que desde hace cerca de ochenta años fabrican este género de sombreros.

Los sombreros mecánicos o *gibus* del nombre de su inventor, son de grande comodidad para los bailes, tertulias y viajes, se sabe que estos sombreros cubiertos de una tela de lana fina, se levantan y se bajan caprichosamente, por medio de resortes.

La industria de los sombreros de paja existe desde hace muy largo tiempo en Italia y particularmente en Florencia, de donde salen los más estimados. Su fabricación, en Francia, data apenas de 1784, y sólo a partir de 1818, se ha perfeccionado esta fabricación. Hoy todos los sombreros de estío para mujeres son de paja; la moda de los sombreros de paja para hombres no duró sino algún tiempo; actualmente los confeccionan de seda gris o de fieltro gris.

Las variaciones de la forma han sido muy frecuentes, ora de anchas alas o de alas estrechas, ora levantados o bajos, de forma alta, baja, ensanchada, cónica, &a. Pero, todas estas modificaciones no han podido hacer desaparecer la ingrata y desgraciada forma, llamada tubo de estufa. Los artistas sastres, cada día, dan pruebas de talento en el corte del vestido; no se podría decir otro tanto de los ignorantes sombrereros que, desde hace medio siglo, siguen siempre la costumbre y la rutina. El adorno militar para la cabeza se ha modificado ventajosamente por los comités de guerra; ¿por qué no se forma un comité de elegantes para abolir el horroroso sombrero redondo y forzar al sombrero a estudiar una forma menos grotesca, menos desagradable que la de hoy?



Trajes de 1860

Por los años de 1856 a 1857 se propuso por un filántropo un premio de diez mil francos al inventor de un sombrero de hombre, más *cómodo y menos horrible* que el sombrero actual. Para ello debía reunirse, en la ciudad de Bruxelas una asamblea, bajo el nombre de *Congreso de los sombreros*, donde se discutiría esta cuestión, para abolir para siempre el informe sombrero que abriga desde tan largo tiempo la cabeza humana. La existencia del actual sombrero redondo prueba que el *Congreso de los sombreros* no pudo luchar contra la moda.

Diremos una palabra acerca de las enaguas de 1856, moda más ridícula tal vez que la del vertugadin. La crinolina puede pasar; pero la enagua de alambre, de varas metálicas, es verdaderamente vergonzosa, y los predicadores declamaron contra ella, como en otro tiempo contra los hennins y los vertugadins. Esta moda, tan absurda como incómoda daba a nuestras damas la forma de una campana ambulante; el viento y el polvo que entraba en su cavidad, eran igualmente contrarios a la higiene y el aseo. Que una mujer de costumbres sospechosas invente ese globo para ocultar a las miradas el fruto de un amor ilegítimo, se concibe; pero que las jóvenes por imitarlas, se abulten hasta la deformidad, es una irrisión, un vértigo. En el momento que traducimos esta obra, se opera una variación enteramente contraria a ese triste adorno. Las damas se ajustan el traje tan excesivamente que sus formas se dibujan sobre la tela de una manera demasiado distinta. Para la moda no hay términos medios.

Desde hace cuarenta años, el calzado ha hecho rápidos progresos. Algunos obreros tan inteligentes como hábiles han introducido notables mejoras en la forma y el trabajo; la calidad sólo ha quedado en atraso. Los numerosos almacenes de calzado ostentan una inmensa variedad de este adorno, cuya elegancia deslumbra. Desde el zueco articulado y el escarpín de pieles, hasta la rica chinela bordada; desde la babucha sencilla de doble costura, el zapato llano, la media bota de cordones o de botones, hasta los botines con lazos y las botas con costuras o sin ellas, de cuero ordinario o lustroso, de caña enmarroquinada o estampada, se encuentra calzado para todas las edades y todos los gustos. El caucho y la gutapercha se han introducido en las botas y zapatos para garantizarlos de la humedad.

La coquetería, siempre creciente, ha impreso en la guantería un prodigioso desarrollo; nunca se vieron en París tantas fábricas de guantes; y, por poco que se alimente esta actividad, la sociedad parisiense puede calificarse de sociedad enguantada, con gran detrimento de las especies ovejuna y cabruna.

Las joyas, los aderezos, las flores, y toda esa inmensa variedad de ornamento que sirven para componer un deslumbrante tocado, han llegado a ese punto de perfección que caracteriza las épocas de lujo. Los diamantes, las perlas, el oro, la plata, el acero bruñido, el cristal, las plumas, la seda, &a, se han transformado en deliciosos objetos de adorno. Cuando uno se detiene delante de las vidrierías de ciertos almacenes, en que se exponen esos encantadores



Dama con flores y elaborado sombrero

productos del arte destinados a volver más hechiceras a nuestras lindas mujeres, se sobrecoge de asombro y admiración a pesar de todos los prodigios de todas las maravillas que la historia nos muestra en las artes de lujo de los antiguos, no sería difícil creer que las joyas y adornos de aquellas épocas fueran mejor trabajados que los que salen de los almacenes de nuestros artistas del día.

No hemos hablado de un traje interior, o de casa, que, aunque menos sujeto a las variaciones de la moda, no deja de sufrir algunas modificaciones, cuando llega su tiempo. Este traje es tanto más suntuoso, cuanto más sencillo el traje exterior o de calle. Las damas y caballeros ricos, según su fantasía, pueden vestirse de terciopelo, brocado y demás telas brillantes. En otro tiempo, cuando estas telas componían el vestido de calle, cuando la moda permitía los bordados de oro, los galones, la pasamanería, &a, el vestido de casa era muy poca cosa; pero hoy que la moda impone al duque y al industrial el frac negro y el sombrero redondo, los caballeros ricos se desquitan de esta insípida uniformidad, usando un traje interior magnífico. Así, un elegante que va a visitar de simple frac negro, se envuelve, en sus habitaciones, con una soberbia bata cuyo valor excede en diez veces el de su frac; su gorro de terciopelo, adornado de bordaduras y de una borla de oro macizo, pudo costarle un billete de quinientos francos, y sus admirables babuchas cuya piel está cubierta de oro, de terciopelo y de seda, exceden el precio de las más finas batas charoladas. El lujo de la vivienda en que el señor recibe, corresponde al lujo del vestido de casa; y ¿lo creeréis? Hay más de uno de estos sardanápalos que ponen su gloria, su felicidad, en sorprender en los ojos de sus visitantes el efecto que produce en ellos este magnífico tren. ¡Oh, hombres! ¡en lo que ponéis vuestro amor propio!

El vestido de casa de las damas es tanto más rico y estimado por los conocedores, cuanto más guarnecido está de blondas y de bordados de alto precio. Se cita buen número de esposas de modernos Cresos que afectan un vestido muy sencillo en su brillante equipaje, y, en su interior, están deslumbradoras con los diamantes, el oro, la seda y los encajes.

La funesta moda de embadurnarse el rostro, el pecho y los brazos con blanquete de plomo, de bismuto y de barita, moda que hizo tantas víctimas en el último siglo, ha venido, de nuevo, a pasear sus estragos entre las mujeres. Les prevenimos, pues, que todos los vendedores de blanquetes que se atreven a titularse químico, son ignorantes industriales, repeladores o peluqueros en su mayor parte, que no tienen otro talento que el de prodigar el dinero para comprarse anuncios y elogios. Prevenimos que todos los BLANQUETE DE AFEITE conocidos, no importa el nombre o el epíteto con que los decore la perfumería, se reducen a tres: el BLANQUETE DE AFEITE (*carbonato de plomo*), el BLANQUETE DE PERLAS (*sunitrato de bismuto*), y el *sulfuro de barita*, con el cual se envenenan las ratas en Inglaterra. El *sulfato de*

zinc se emplea también bajo el nombre de BLANQUETE DE IRIO. Por eso, estas sales metálicas son los más peligrosos enemigos de la piel y pueden causar, por su absorción, graves alteraciones en la salud. Bajo su maléfica acción, el rostro se marchita, se reviste de un tinte plomizo, se cubre de *empeines* o pequeños puntos negros, y se vuelve horroroso. El único blanquete de que se pudieran servir, sería el *blanquete de sílice*, que lejos de deteriorar el cutis, lo limpia y lo suaviza. Este blanquete es de una grande ligereza, mientras que los blanquetes metálicos son pesados como el plomo.

CAPÍTULO IV

HISTORIA DEL CORSÉ DESDE LOS TIEMPOS ANTIGUOS HASTA EL DÍA DE SUS INCONVENIENTES Y DE SUS VENTAJAS

Origen del corsé

El corsé moderno, tal como hoy lo llevan las mujeres, era completamente desconocido por las grandes naciones de la antigüedad, los griegos, los romanos, a quienes somos deudores de nuestra civilización. Sin embargo, los historiadores de esas épocas nos hacen saber que diversos cinturones estaban en uso entonces, entre las mujeres, como medio de realzar sus hechizos.

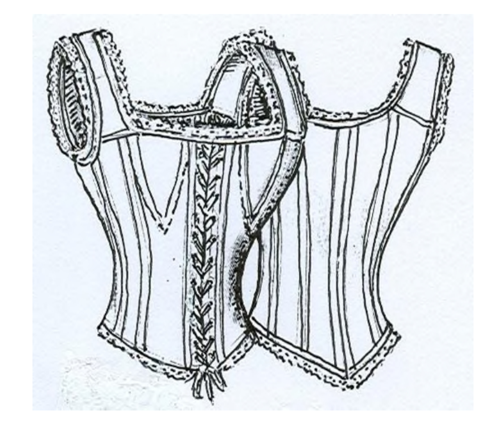
Homero decía que Venus, adornada con su cinturón estaba más encantadora, que Juno se lo pidió prestado para subyugar al señor de los Dioses.

Julio Pólux, que se ocupó mucho de las señoras de la antigüedad cuenta que las mujeres griegas y romanas poseían cuatro especies de cinturones.

1º El *stethodesmon*, que se aplicaba al pecho y servía de sostén a los senos;
2º El *strophion*, rico cinturón, guarnecido de oro y de pedrerías, que servía para oprimir ligeramente el talle y moderar el desarrollo de los senos. Aristófano hace de él un pomposo elogio;
3º La gorra se aplicaba al vientre como para comprimirlo y sostenerlo;
4º El *anamaskalis,* especie de faja muy ancha, que se arrollaba alrededor del pecho.

Las mujeres afligidas de un exceso de desarrollo de los senos, procuraban comprimir esos órganos apretando fuertemente el anamaskalis. Las damas romanas designaban esos cinturones con los nombres de fascia, castula &a.

Aunque esos diversos cinturones no tengan ninguna relación con el corsé moderno, se descubre, no obstante que la coquetería femenina corría en pos de los medios de redondear el talle, de sostener el seno, de disimularlo cuando era muy voluminoso, de comprimir el vientre prominente; en fin, de ocultar los defectos y de hacer resaltar los hechizos. Marcial, Ovidio, Cátulo y Tíbulo dan a las mujeres consejos para la postura más graciosa de los cinturones. Alejo de Atenas, tío

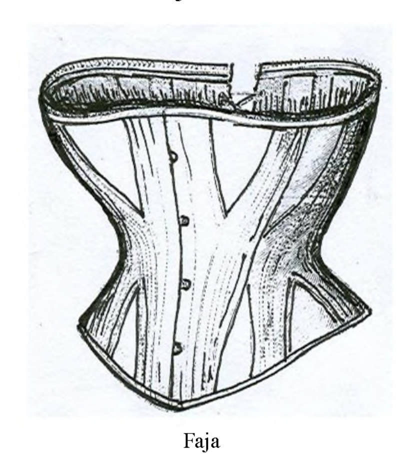


Corsé

del poeta Menandro, nos inicia en los secretos de las cortesanas griegas, para encubrir las formas o desenvolverlas según las exigencias de la moda.

Ya en tiempo de Galiano, bajo Antonio, y Marco Aurelio, las mujeres abusaban de los cintillos y del cinturón como lo prueba este pasaje de los escritos de un médico célebre:

> "El pecho de los niños es comúnmente deforme por la ignorancia de la nodriza, que aplicaba mal la faja, en las niñas particularmente, apercibimos los perniciosos defectos del cinturón. Con el objeto de aumentar las fuerzas de las caderas, se ajustaba violentamente la base del pecho, y, como la presión es siempre desigual, resultando de ello desviaciones y gibosidades. De vez en cuando, sucede que la espalda se destroza casi, el tronco se ladea; y un hombro se levanta mientras el otro se baja".



Faja

Tácito refiere que las fajas y cinturones, desconocidos por las galas, penetraron en su país con la conquista de los romanos. Los galas avasallados conservaron el traje galo-romano hasta el tiempo de Carlomagno. En esta época tan solo, se modificó el traje y tomó una forma nacional.

Herbé, autor de una obra sobre los trajes franceses, nos hace saber que bajo Carlomagno, el traje de las mujeres era tan pegado que los senos y todas las formas se dibujaban rigurosamente en relieve. Este traje, a pesar de las evoluciones y los cambios de dinastías, atravesó una serie de siglos sin sufrir cambios demasiado notables.

Bajo Luis IX, la moda de los trajes apegados se encontraba todavía de tal moda arraigada, que se cocían los monillos en el cuerpo mismo de las personas, para que estuvieran más estrechos. Hasta aquí, nada de barbas de ballena, nada de espigas metálicas. La reina Juana de Borgon, mujer de Carlos V, imaginó una mantilla que bajaba sobre el talle, y que estaba guarnecida, en la delantera, de una hoja de acero encerrada en una galón de oro. Esta hoja, muy resistente, se aplicaba al pecho y lo dividía en dos partes iguales. Isabel de Babiera y las damas de su corte llevaron los primeros corsés o corpiños con barbas de ballena, para sostener sus cuerpos arruinados por los excesos. Catalina de Médicis extendió la moda de ellos en Francia, y todas las damas aprisionaron su pecho en una funda tan rígida, que apenas podían respirar. Estos corpiños emballenados, los que de tiempo en tiempo, se modificaban, permanecieron durante cerca de



Taller de corsés en el siglo XVIII

cuatrocientos años, que pieza indispensable del vestido. Fueron menester todas las luces del siglo diez y ocho y la gran revolución de 1879, para abrir los ojos a las mujeres y hacerlas abandonar su coraza de barbas de ballena. Cediendo al imperio de la razón, comprendieron los peligros de esa moda, y, asimilándose al traje griego, se ofrecieron en toda la elegancia de sus gracias naturales.

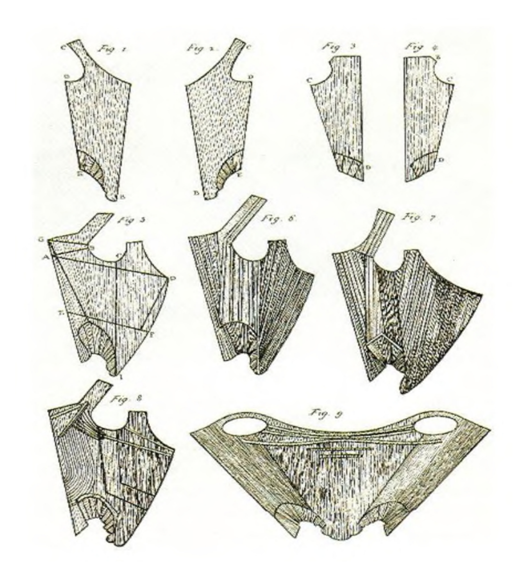
Pero ¡ay! Este retorno a la razón fue de poca duración.

Hacia 1810; otro género de corpiño emballenado, el corsé moderno, comprimió de nuevo el seno de las mujeres, y los hombres fueron bastante bárbaros para encontrar encantadora a una mujer *encorsetada*, rígida y estirada. Desde este momento, por agradar a los hombres, todas las damas se apretaron el corsé, y lo que es peor, se disputaron la triste gloria de conocer quién se apretaba más el talle, quién se desfiguraba más el pecho, quién se suicidaba más pronto. Las modas no tienen generalmente en Francia, sino unos cuantos meses de duración, la moda del corsé fue una excepción de la regla, y, desde hace más de medio siglo, subsiste una tenacidad inaudita. De esto ha resultado que la joven que debería haber crecido fuerte y hermosa, he aquí débil, raquítica, sin gracias ni salud; y, de la niña que prometía ser una madre vigorosa, el corsé ha hecho una criatura enclenque, que no tiene seno que ofrecer a su progenitora.

¿Puede considerarse el corsé como un auxiliar de la belleza?

Si se puede definir la belleza, la conformidad de un todo con sus partes y de las partes con el todo, la mujer realmente bella no lo será cuando tenga el talle oprimido como huso volante, porque esa opresión rompe los contornos armoniosos y las ciertas líneas que constituyen la belleza del cuerpo humano. El corsé no puede convenir sino a las mujeres afligidas de imperfección del pecho, o de deformidades del talle, aún de encubrirlas bajo este vestido. En cuanto a las mujeres bien formadas,

el corsé es un insulto a la naturaleza, a la belleza; pues, lejos de favorecer los atractivos de un talle flexible lo entiesa, al contrario, y lo priva de gracia. Encerrad en un corsé el talle encantador de Venus, al punto las admirables perfecciones de ese bello cuerpo desaparecieron, y no tendréis si no una forma grotesca. En fin, si la gracia reside en la flexibilidad y elegancia de los vestidos, nunca será graciosa una mujer aprisionada en un estrecho corsé, puesto que habrá molestia en sus movimientos y tiesura en sus actitudes.



Patrones para elaborar el corsé

Pobres víctimas del corsé que creen estar más atractivas con un talle oprimido, transportaos a nuestros museos y lanzad una mirada sobre las estatuas de Venus, de Diana, de Niobe, tan hechiceras en sus formas, tan armoniosas en sus perfecciones y en sus contornos; examinad, mujeres, esas encantadoras modelos de la belleza real, y quedarais convencidas, en adelante, de que un talle proporcionado a las otras partes del cuerpo es una perfección, mientras que un talle delgado es una deformidad.

De los inconvenientes y peligros del corsé

Según los sabios fisiólogos que han estudiado la naturaleza, es artista por excelencia, la caja huesosa de una mujer bien conformada, debe ser más estrecha en la parte alta que en su base. Los últimos costados van ensanchándose para al vientre la amplitud necesaria a los órganos de la digestión y de la reproducción.

El corazón y los pulmones funcionan libremente en un pecho de ancha base; al contrario, están incómodos en esos pechos de base estrecha, desfigurados por el uso del corsé. En efecto, la comprensión del uso ha cambiado la dirección natural de los costados; los ha oprimido y hundido; también ha disminuido considerablemente los dos diámetros del pecho, lo mismo que el espacio triangular, vulgarmente llamado boca del estómago.

Los pulmones, el corazón, el hígado, la vena cava inferior, el estómago, la matriz, son oprimidos y repelidos por esa compresión permanente, las funciones pulmonares, circulatorias, digestivas y reproductivas, sufren una incomodidad tanto mayor cuanto más estrecha es la

compresión del corsé. No pudiendo el estómago recibir la cantidad de alimento necesario a la nutrición, el cuerpo languidece, los músculos pectorales y lumbares pierden poco a poco su vigor y llegan a ser insuficientes para sostener el tronco. Así como un aparato para fractura produce la atrofia de los músculos de una pierna condenada al reposo, así la presión continua del corsé adelgaza y debilita los músculos de la espalda, al punto que una mujer habituada al corsé, no sabe sostenerse tan luego como se priva de él; se encuentra incómoda, su busto se agobia, porque los músculos destinados a mantener verticalmente la columna vertebral, ya no tienen fuerza necesaria.

Queda pues, demostrado que la compresión del corsé daña la libertad de las cuatro principales funciones de la economía: la respiración, la circulación, la digestión y la nutrición. Por eso, el obstáculo opuesto al ejercicio de esas importantes funciones, debe ocasionar inevitablemente grandes desordenes, tales como: paralización de la sangre en los pulmones y el hígado, esputo de sangre, tisis, palpitaciones, sofocaciones, aneurisma, o presión de las vísceras abdominales, embotamiento de los miembros superiores, consecuencia de la compresión del plexo nervioso branquial, cefalalgia, y algunas veces apoplejía, digestiones labonisas, difíciles, imperfecta, gastralgía, pálidos colores, vómitos, enfermedades de la nariz, &a, &a; y, para las mujeres en cinta, preñeces trabajosas, abortos frecuentes, partos laboriosos en que está amenazada la vida, dolores atroces durante el trabajo de parto, y, lo más comúnmente un hijo raquítico y contrahecho que ofrece algunas manchas, algunas excrecencias que el vulgo atribuya a la imaginación de la madre. Se comprende fácilmente que si el buen nacimiento, la fuerza y la salud de un niño depende de que nada ha contrariado su desarrollo durante la vida intrauterina, una mujer de talle delgado, de vientre aplastado, agotado, maltratada por un corsé, no puede dar a luz a un ser bien hecho y vigoroso. En fin, el corsé reprime el desarrollo de los senos, destruye la firmeza de esos órganos, los achata, los ablanda, los vuelve flojos antes de tiempo, y se puede decir que apresura la vejes degradando los resortes de la vida.

El señor Senes, profesor de antropología en el museo de historia natural, ha hecho oír últimamente estas palabras:

> "El corsé repele la masa intestinal; los órganos reproductores son también repelidos y sin cesar variados de lugar. De allí, las infecciones terribles de esos órganos, tan frecuentes, que los médicos pronto no bastarían a atenderlas".
> "El uso del corsé no es tan sólo opuesto a la que lo lleva; si no se tiene cuidado, menoscabaría la raza, pues esta moda ridícula y matadora ataca la fuente misma de la vida y tiende a alterarla".

Es un grave error acreditado entre las madres, que las hace mirar el corsé como un excelente medio de corregir los defectos del talle y de la aptitud de sus hijos, y no han vacilado en aplicar esta camisola de fuerza a sus débiles criaturas, cuyo busto se desvía pronto de su rectitud natural, es decir se inclina, adelante, atrás, a derecha o izquierda. Ese error de las madres

contribuye mucho a aumentar el defecto o la deformidad que procura combatir, y he aquí cómo: en las jóvenes de una constitución delicada, el corsé ejerce una compresión enormemente intolerable sobre tal o cual parte del busto; entonces, la joven procura evitar el dolor cediendo a la acción del corsé; y, siendo permanente el dolor como la compresión que la causa, se niegue que el medio empleado por la joven para evitarlo es también permanente. Este estado de usos produce un resultado opuesto al que se esperaba; la desviación que se quería enderezar por medio del corsé, se agrava en lugar de disminuir; el defecto de rectitud, el bien de posición llega a ser un hábito que se arraiga cada día y acaba por ser incurable.

Otro inconveniente del corsé en las jóvenes, es el de hacerlas perder el gusto de pegar, de correr, de loquear como conviene a su edad; la camisola emballenada que las comprime, les hace difíciles y aún penosos los juegos que exigen la flexibilidad del tronco y una locomoción rápida. Entonces, su salud languidece, su alegre actividad se pierde y su frescura se marchita. Por la noche, les quitan su funda para ponérsela al otro día ¡pobres niñas! Y para haceros más atractivas ostentarán de esta suerte vuestras ciegas madres. ¡Oh luces de la higiene! Habéis prescrito los pañales, ¿cuándo haréis justicia del corsé?

Sin enumerar más los tristes resultados de esta compresión del pecho, repetiremos con todos los fisiólogos y médicos, que los corsés emballenados son los enemigos más peligrosos de la salud y de la belleza; una multitud de deformidades, de enfermedades y de muertes prematuras no reconocen otras causas. Ojalá el cuadro siguiente realizado por un médico célebre, pueda abrir los ojos a las madres ciegas que, con la esperanza de formar un talle elegante a sus hijos, las encierran, desde la más tierna edad en un corsé inflexible?

Este cuadro es el término medio de cuarenta años de observaciones.

De cien jóvenes que llevan corsé:

25 sucumben de enfermedades de pecho;

15 mueren a consecuencia del primer parto:

15 quedan enfermas después del parto;

15 llegan a ser deformes;

30 tan solo resisten, pero, tarde o temprano, son afligidos de indisposiciones más o menos graves.

Estas estadísticas de los peligros del corsé ¿no deberían servir de antídoto contra la moda contagiosa del corsé?

Las mujeres no ignoran que el corsé les es dañino; la prueba es que por ejemplo cuando en sociedad una dama se indispone, entonces, todas las damas presentes exclaman, de común acuerdo: ¡Desatadla pronto! ¡Desatadla! Se corta el lazo al punto que el aire se precipita en el

pulmón de la desmayada, que vuelve en sí después de algunas aspiraciones de aire vivificante. Pero la lección no aprovecha a esa pobre víctima pues se apretara más fuertemente el traje al otro día. Haced observar a aquella dama de una palidez extrema y a punto de desvanecerse, que su corsé la molesta y os responderá súbitamente con una negación.

¡Oh! si mujeres de buen sentido se tomaran el trabajo de medir el diámetro de su corsé y de comparar esta medida con la circunferencia de su talla en libertad, se quedarán asombradas de la enorme diferencia que existe entre esas dos medidas; y, desde aquel momento, abandonarán o modificarán su corsé porque la razón hace callar la coquetería cuando se trata de la salud.

Relataremos aquí algunas anécdotas, como prueba de la opinión general acerca de los peligros del corsé, y del error obstinado de las mujeres acerca de la necesidad de este vestido matador.

El emperador José II horrorizado por los profundos daños que el corsé causaba a la salud de las mujeres de sus Estados, se esforzó por prescribirlo y porque se disgustaran de él las mujeres honradas, ordenó que las condenadas por la justicia lo llevaran como marca de infamia. Esta prescripción no tuvo sino poco efecto, el corsé abandonado un instante, apareció de nuevo, con gran desesperación del emperador.

En 1812, época en que la moda del corsé se propagaba rápidamente en Francia, Napoleón decía a Corsivart, su médico:

> "Este vestido de una coquetería de mal gusto, que mata a las mujeres y maltrata su progenitora, me anuncia gastos frívolos que me hace presentir una decadencia próxima".

Luis XVIII decía a la señora del Cayla:

> "Usted sería la más linda mujer de mi reino, si despreciando una moda absurda, abandonara usted ese horrible corsé que afea a la naturaleza".

Cuando preguntaban a la señora Tallien qué receta usaba para conservarse tan fresca y tan bella en una edad avanzada, respondía: "Nunca he querido llevar corsé".

Carlos X repetía comúnmente a sus amigos íntimos:

> "En otro tiempo, no era raro encontrar en la costa de Francia, Venus, Dianas, Niobes; hoy no se encuentran sino avispas".

La señora condesa de***, en la ausencia de su marido general en el ejercito de África había arreglado el matrimonio de su hijo con la hija de la señora Duquesa de ***. El general se constituyó en París para asistir a ese matrimonio; pero cuando lanzo una mirada en la joven que había escogido para su hijo rehusó de plano, diciendo a la condesa:

> "Usted sabe, señora, que desde hace quinientos años nuestra familia honra a su país por los hombres que le suministra; la señora de***, más frágil que una caña, que no tiene ni costados, ni pecho, no sabría perpetuar mi raza. Yo casaré a mi hijo con una mujer robusta, que nunca se haya hundido los costados con un corsé".

El sabio Cuvier conducía a una joven señora, pálida y raquítica, en sus invernaderos del jardín de plantas. Habiéndose detenido la señora para admirar una flor, de porte granizo, de brillantes colores, le dijo el sabio: ”No ha mucho, señora, usted se aprecia de esa flor; y mañana esa flor se parecerá a usted”. En efecto, al día siguiente, Cuvier condujo de nuevo a la señora, la cual lanzó un grito de dolor al apercibir la linda flor de la víspera, pálida, encorvada, lánguida; pregunto la causa, y el ilustre profesor le respondió: “Señora, esa flor es la imagen de usted; como usted languidece bajo una cruel opresión”, y le mostró una ligadura circular que habían practicado en el tallo de la flor. “Usted se marchitará del mismo modo, añadió, bajo la horrible compresión de su corsé; usted perderá poco a poco los encantos de su juventud si no tiene bastante empeño sobre la moda para abandonar ese peligroso vestido”. La joven señora siguió el consejo del gran naturalista y volvió pronto a la salud.

El ilustre Perey decía a las damas de la corte, que las palabras escritas sobre los almacenes de París; fábrica de corsés, equivalía a estas: Fábrica de venenos lentos “¡Qué de males en un corsé!” exclamaba el eminente profesor Delpech; “¡Qué de muerte causa!”

Riveille–Parise escribió estas líneas:

> “Si por un capricho de la moda ¡el corsé llegara de repente a prostituirse, cuantas mujeres se hallarán felices! Y si, más tarde, se infligiera como pena corporal la postura de un corsé, como se inflige la cangué a los chinos, de seguro que las mujeres lanzarían altos gritos, y se rebelarían contra las barbaries del suplicio”.

Keraty, en su excelente obra de lo sublime, refiere que estando un día en un taller de Prud’hon han admirando una Venus en el baño, le preguntó si el modelo no se encontraba en París. El gran pintor le respondió negativamente y deploró la indigencia de los recursos que ofrecía la capital en este género. Según él, las parisienses no carecían ni de morbidez, ni de corrección en las extremidades inferiores; pero en casi todas el pecho y el talle eran defectuosos a causa del corsé. El hábil pintor tenía razón.

El doctor Alibert se encontraba en una brillante tertulia de la corte, en que todas las mujeres parecían que se habían desafiado a ver cuál se oprimía más estrechamente el talle. Algunas jóvenes, que no habían cesado de cumplimentar a esas damas por la finura de sus talles, se aproximaron al célebre médico y le dijeron:

> “Doctor U. parece triste ¿Qué le sucede?
> De verás su rostro cuidadoso es un contrasentido en medio de una reunión tan brillante en surtidos y en lindas mujeres; ¿en qué piensa U., pues?
> Es verdad estoy profundamente triste; pero ¿Podrá ser de otro modo, cuando veo que a la flor de los hombres de la capital provocando, con la risa en los labios, a las mujeres al suicidio?
> ¡Al suicidio! repitieron asombradas; y el doctor continúo:
> Ay, señores! UU. que no ven sino alegría y sonrisas en los labios de aquellas lindas mujeres, ignoran lo que sufren sus nervios delicados bajo la compresión del corsé;

UU. ignoran el suplicio que sufren con esa infernal máquina. Cumplimentándolas por la finura de su talle, UU. les incitan a aprestarse más, y por consiguiente, a deteriorar sus órganos, a contener una multitud de enfermedades. Luego, cuando UU. escogen entre ellas una esposa, se desconsuelan de no hallar sino un cuerpo debilitado, sin forma ni rigor, y sujeto a mil indisposiciones. Estos son señores las tristes reflexiones, que se pintan en mi frente, en pliegues cuidadosos. Tal vez, en este mismo momento, muchas de esas jóvenes elegantes, que no han comido por ajustarse más y agradar a UU., van a desmayarse, a indisponerse…"

Apenas acababa el doctor su frase, cuando dos elegantes, de talle de avispa, lanzaron un grito sordo y cayeron en el estrado. Alibert se lanzó para prestarles socorro, el corsé fue cortado de un tijeretazo, y las pobres víctimas de la moda volvieron a abrir los ojos inmediatamente.

Los interlocutores confesaron que el doctor tenía razón y se prometieron no hacer, en el provenir, el elogio de los talles delgados.

Parece resultar de este hecho, que hoy la moda no es la que fuerza a las mujeres a torturarse con el corsé; pues la moda cambia todos los días, y el corsé, salvo algunas ligeras modificaciones, ha persistido el mismo en cuanto a su forma y a su objeto. Pensamos absolutamente como el autor de las fisiologías de las pasiones; a los hombres es a los que les conviene atribuir la persistencia del corsé, en que las variaciones de la moda son tan rápidas, no a los hombres de buen sentido, sino a los que hacen oír esta necia exclamación:

¡Oh! ¡qué lindo talle! ¡talle precioso y seductor! ¡Qué se podrá abarcar con las dos manos! ¡estoy locamente enamorado de ella!, y otras tonterías por el estilo.

Y como en la naturaleza de las mujeres existe el deseo de agradar, se sigue que las mujeres que oyen todos los días los homenajes dirigidos a un talle fino, se aprieten hasta destrozarse los costados, hasta sofocarse porque se les dijera la misma alabanza.

El día en que los hombres hallen deforme un talle fino y monstruoso, un talle oprimido, los corsés caerán, las mujeres esperarán con comodidad, gozarán de mejor salud y darán hijos más hermosos.

¿Da el corsé gracia a la posición y a las demás actitudes? o ¿hace que las mujeres sean más atractivas? Evidentemente no. Hemos visto que, lejos de componer los defectos de rectitud y de dirección, el corsé no hace sino acrecentarlos; que lejos de favorecer las formas, reprime su desarrollo; que molesta la libertad de los movimientos y vuelve a la mujer tiesa empalada sin gracia. Y sin embargo, a pesar de estos numerosos inconvenientes, la preocupación ha hecho del corsé la base indispensable del tocado. Una mujer no se atrevería a presentarse en sociedad sin corsé, porque se cuchichea contra los que son bastantes pendientes para librarse de él. Las mujeres encorsetadas hallan mal formadas a las que no lo llevan; en cambio, las mujeres de buen sentido, que han proscrito de su familia el vestido matador, hallan deforme a las que la usan; tan verdadero

es que en los pueblos por civilizados, se deslizan modas que chocan el buen sentido, y que la belleza convencional está casi siempre en oposición con la belleza real.

Las mujeres francesas se ríen de las costumbres bárbaras que obliga a la china a desfigurarse el pie; que fuerza a la india ajustarse la división de la nariz y colgarse de ella una argolla; se burla del ancho brazalete que la beduina lleva en lo bajo de la pierna; halla horrible las largas orejas estiradas incesantemente contra el espeso talle de la mujer turca o de la mora; pero ¿saben lo que las mujeres de esas naciones piensan de una francesa oprimida por un corsé? Muy ciertamente, les devuelven con sus epigramas y sus rizas burlonas. Oíd lo que dice Lady Morgan con este motivo:

> "Durante mi permanencia en Constantinopla, me agradaba tomar baños orientales en sociedad de las mujeres de Osman Padrá. El harén de este señor se componía de treinta mujeres griegas, circacianas e mingrelianas de una belleza notable. Cada vez que entraba al baño no me cansaba de admirar esos hermosos cuerpos, cuyos ricos contornos se desarrollaban sin lazos ni trabas.
> La admiración de esas mujeres a la vista de una europea, sus juegos, sus zalamerías, su minucioso vestido, me divertían mucho.
> La mujer del cónsul de Francia, delicada parisiense de talle de avispa, a quien le hablaba del baño y de los bañistas, me rogó con insistencia que la condujera al haman (baño oriental), lo que tuvo lugar el otro día.
> Cuando la joven francesa entró al baño, todos las mujeres del harén la rodearon; se disputaban el placer de mirarla, de tocarla, de dirigirles preguntas que no comprendía. Llegó la hora de desvestirla y, a cada pieza del vestido que le quitaban, aquellas mujeres examinaban el tejido, y se hablaba entre sí. Cuando llegó la hora del corsé, todas se alejaron propiamente y como asustadas.
> - ¿Su amiga de U. es una mujer?, me preguntaron.
> - ¿Lo duda U?, respondí.
> - Pero no tiene ni costados ni pecho, partes más esenciales en nuestro sexo.
> - Es una mujer sin embargo, y reputada de muy linda en su país.
> - Sin duda ninguna, su cuerpo debe ocultar alguna deformidad, añadió un tanto tranquilizada. Su amiga de U. tal vez debe haber tenido rota la espalda o hundidos los costados, para que la hayan encerrado en ese estrecho vendaje; entre nosotras, se vendan así los brazos y las piernas rotas.
> - No aciertan UU., amigas mías, continué, lo que UU llaman un vendaje es un elegante corsé que las mujeres del país de la señora llevan desde muy temprana edad, para hacerse el talle más delgado; pues es ese país, el talle más delgado pasa por más lindo.
> - ¡Oh queremos ver eso! Exclamaron todas las bañistas a la vez y al punto desataron a la joven extranjera que en vano quiso oponerse. Cuando las mujer fue despejada enteramente, las mujeres de Osman se pusieron a mirarla y reírse a caquinos, al ver un pecho oprimido en su base y gruesas caderas que hacían más sorprendente aquella opresión.
> A decir verdad, comparando el cuerpo de la europea con las preciosas formas de las mujeres orientales, no puedo impedirme de pensar que la comparación no era del todo ventajosa para la primera. La pobre parisiense se mortificó de tal modo con las risas burlonas de que había sido objeto, que no pudo contener una lágrima, y juró que en su vida, no la volverían a ver en un baño de odaliscas".

Así pues, las gracias no se aposentan en un corsé; sería irrisorio decir que una mujer que tiene el talle oprimido, el pecho estrechado y el vientre destrozado por una faja de fierro pudiera ser graciosa, pues todos sus movimientos se resienten de la incomodidad que sufren sus órganos maltratados. La elegancia del talle reside en su flexibilidad; en sus justas proporciones con las caderas y los hombros; en sus suaves contornos y sus líneas correctas, pero no en la brusca opresión que le hace sufrir el corsé. Una cintura delgada colocada sobre unas anchas caderas es una monstruosidad. Las actitudes y diversos movimientos del cuerpo, para ser graciosos, exigen flexibilidad en las articulaciones y una gran facilidad en el juego de los músculos, mientras que el corsé destruye la flexibilidad y ligereza. Considerad el grupo de las tres gracias: encantan nuestros ojos y obligan nuestra admiración, tanto por sus posiciones hechiceras como por la suavidad de sus formas. Adaptad un corsé a esos cuerpos, cuya belleza reside en la armonía de las proporciones, y todo el encanto desaparece. Oh mujeres, tomadlas por modelos y tendrán asignadas el imperio de los corazones.

¿Puede emplearse el corsé ventajosamente contra ciertas desviaciones o deformaciones?

Se ha aumentado una gran variedad de corsés mecánicos para combatir las desviaciones del talle y para enderezar las desviaciones de la espina dorsal. Muchos médicos ortopedistas se han ocupado de esta importante cuestión, y cada uno de ellos pretende lograr su objeto por medio de un aparato de que es inventor. Por otra parte, algunos hábiles gimnasiarcas [sic] pretenden que la aplicación continua de todo aparato mecánico sobre una superficie del cuerpo, es dañosa al libre ejercicio de las funciones orgánicas. Según ellos, una gimnástica muscular bien entendida, bien dirigida, es el único medio que se puede oponer a las desviaciones del armazón huesoso, por la razón que la gimnástica, unida a una alimentación especial, le transforma la constitución del individuo al operar una repartición igual de las formas vitales en todos los puntos de la economía.

¿Existe una edad y ciertas circunstancias que reclaman el uso del corsé?

La proscripción del corsé debe ser absoluta para las niñas que no han llegado a la pubertad. En esa edad, el esqueleto está lejos de haber adquirido todo su crecimiento, y la menor opresión no puede menos que encorvar los huesos, imprimirles una dirección viciosa, y menoscaba el desarrollo regular de los órganos contenidos en el vientre y el pecho. El corsé higiénico, es decir exento de espigas o láminas metálicas, no se puede permitir sino después de la pubertad y a las personas cuyo

busto tiene necesidad de sostén. Si, en dignos casos de miserables enfermedades, de exceso de robustez, el corsé encuentra su aplicación, debe sin embargo ser higiénico o hablando de otro modo, que nunca contraríe las leyes fisiológicas.

Así pues, si el exceso de formas puede autorizar su uso, las enfermedades de pechos, la flacura, la preñez y el amamantamiento deben hacerlo rechazar como dañosísimo.

Lo repetimos, la mujer bien constituida que se aprisiona con un corsé, hace un insulto a la naturaleza, destruye poco a poco la elegancia de sus formas y la gracia de sus movimientos. La mujer por medio del corsé, quiere alterar su desarrollo de formas, se prepara a algunos males horribles y a veces una muerte prematura.

En esta época de la vida en que la mujer no es ni joven ni vieja, la robustez de formas llega a cambiar el género de su belleza. Sus relieves se pronuncian más fuertemente; las líneas y contornos se dibujan más ampliamente: hay desarrollo del tejido gracioso: pecho, hombros, miembros, todo se abulta. Entonces deplorablemente extraviada acerca del carácter de la belleza de su edad, la mujer se oprime, se ajusta más y más en la funda de un corsé, para ocultar sus formas más exuberantes y suicidarse lentamente. Observando las mil precauciones que toman las mujeres y las torturas inauditas que sufren por detener un naciente desarrollo de formas, se podría creer que la delgadez o flacura es una cualidad y la robustez un defecto. ¡Oh mujeres! Os engañáis extrañamente, pues la opinión de los hombres de sentido es todo contraria: una mujer seca y flaca es muy poco agradable, mientras que una mujer de formas turgentes se ve, cada día rodeada de adoradores. Un satírico, muy buen juez en su materia, aplicaba estas palabras a la mayor parte de las mujeres de mundo: demasiado espíritu y bastante poca carne.

Para demostrar mejor el increíble poder de la moda del corsé y su horrorosa propagación en el seno de las naciones civilizadas, haremos observar que, sólo en la ciudad de París, el número de fabricantes de corsé se eleva a la cifra aproximada de 3,722. Cada obrera confecciona un corsé en dos días por término medio, de donde resulta que el trabajo de todas esas obreras suministra anualmente a consumo, ¡677,404 corsés! Por poco que, en cada uno de los departamentos existen cincuenta fabricantes de corsés, que trabajan como las de París, y esto es poco decir, la cifra de los corsés fabricados en Francia, se elevará, cada año, a un ¡millón y medio! Como se ve, la cifra de las víctimas es enorme, y ni los sufrimientos, ni las enfermedades, ni las muertes prematuras, ni la razón de la edad madura pueden disminuir el número siempre creciente de estas pobres víctimas; sólo una moda contraria puede sustraer a las mujeres de esta tiranía homicida.

En las ciudades de provincia, donde la moda ejerce una tiranía menos cruel que en la capital, muchas damas llevan una especie de corsé desprovisto de varas de acero y de barbas de

ballena, que en nada molesta los movimientos vitales, por eso se hallan preservadas de las horribles enfermedades que anualmente, cosechan tantas jóvenes parisienses.

Terminaremos este artículo aconsejando a las damas que no puedan estar sin corsé, que acepten el que se llama higiénico, y cuyas condiciones son estas: el corsé higiénico debe estar exento de toda lámina de fierro, alambre, barba de ballena y otros cuerpos duros, capaces de ejercer una comprensión sobre las paredes del pecho, sobre todo en el punto correspondiente al estómago, comprensión siempre peligrosa a la belleza como a la salud.

El corsé debe hacerse de un tejido elástico, que tenga la propiedad de abrigar bien el talle, de ejercer una presión suave, uniforme en toda la superficie del tronco, de prestarse a los movimientos respiratorios de los pulmones, y a las diversas inflexiones del cuerpo, sin oponerles nunca la menor incomodidad, la más pequeña resistencia. El corsé, para las personas gordas, tiene por único objetivo contener el aumento de formas, e impedir el desarrollo abdominal. El corsé que llena estas condiciones, merece el epíteto de higiénico y debería adoptarse por todas las mujeres de esta categoría.

Tal es la historia fisiológica del corsé que hemos bosquejado rápidamente, con el objeto de inspirar a las mujeres una invencible aversión a todo lo que pueda menoscabar sus encantos y su salud. ¡Ojalá los hechos que hemos citado logren llamar su atención y hacerlas, en el porvenir, más pendientes en la elección y en la postura del corsé!

CAPÍTULO V

PASIÓN DE LAS MODAS EN FRANCIA

Reflexiones sobre esta pasión

Después de haber quitado a los romanos muchas provincias de las Galias, Clodio ordenó a los habitantes que se dejaran crecer los cabellos, a fin de diferenciarlos de los demás Galos que se encontraban todavía bajo la dominación romana.

> "Entonces, dice Saint Foix, la cabellera se veía con tan grande veneración, que se ganaba por sus cabellos como se gana hoy por el honor. Nada era más político, cuando se hacía una visita, que arrancarse un cabello y ofrecerlo recíprocamente. Clovis se arrancó un cabello o se lo dio a San Gernier, para probarle cuánto le honraba, y el santo se llevó ese cabello como un precioso tesoro".

Los francos juzgaban el sacrificio de sus cabellos igual a la perdida de su libertad. Cuando algunos de ellos no podían pagar sus deudas, iba a buscar a su acreedor, le presentaba unas tijeras y se convertía en su esclavo, dejándose cortar los cabellos.

Bajo Clovis, los cabellos largos llegaron a ser el privilegio de la fantasía real y de los altos señores. El pueblo tenía, los cabellos cortados en redondo; los ciervos lo tenían rasurados o muy recortados. El uso quería que se cortara la barba y los cabellos a los vencidos. Clovis después de haber derrotado a Cariaco, rey de los mercianos, ordenó que este rey y toda su familia fuesen rasurados completamente.

El sello de Childerico I, encontrado en algunas hojas en los alrededores de Tournay y depositado en el gabinete de las medallas, representa a este rey de edad de treinta años, teniendo los cabellos partidos en la cima de la cabeza, alisado sobre las sienes, bajando a lo largo de las mejillas, donde se sostenían por medio de lazos de cintas, y volviendo a caer enseguida sobre los hombros.

Gondeband, que pretendió ser hijo de Clotario, no exhibió otro título a la corona sino su larga cabellera, y Clotario no encontró prueba más brillante, que negarlo, que hacérsela cortar.

Por su inmensa cabellera se reconoció el cadáver del hijo de Chilperico, a quien Fredegando había mandado aseverar y precipitar a Marne.

Por la largura también y por la abundancia de sus cabellos, los borgoñones descubrieron a Clodomiro entre sus prisioneros.

El uso de rasurar a los reyes caídos o vencidos subsiste largo tiempo. Clodoaldo, uno de los hijos de Clotilde, no escapó a los puñales que habían asesinado a sus hermanas, si no haciendo el sacrificio de sus cabellos.

Los príncipes reales que renunciaban a sus pretensiones a la corona eran rasurados, lo mismo que los reyes que, desde el trono, caían en su claustro.

El siglo sétimo acababa de pasar, cuando la moda de los cabellos ensortijados y rizados se estableció en Francia y se esparció; en poco tiempo en toda Europa. Parece que esta moda conmovió al clero, que creyó reconocer en ella una malicia del diablo, pues, en un concilio celebrado en esa época, el Papa firmó el canon siguiente:

> "Tomando un cuidado potencial en castigar, en cuanto es a propósito, a los que llevan cabellos rizados y ensortijados, para hacer caer en el lazo a las personas que los ven, los exhortamos y los obligamos a que ciñan más modestamente, de manera que ya no se noten en ellos ningunos restos de la malicia del diablo. Si alguno peca contra este canon que sea excomulgado".

Bajo Luis el Benigno, los cabellos cortados en redondo, y considerablemente disminuidos, se recortaron algo más.

Bajo Carlos el Calvo, muy poco favorecido por el largo de sus cabellos, como lo indica el epíteto ligado a su nombre, los cabellos perderían la poca largura que habían conservado, y las orejas, tan largo tiempo ocultas, pudieron mostrarse por fin. Los cortesanos por agradar a su soberano, se raparon, a su ejemplo, los cabellos de la frente; poco tiempo después, las sienes y la nuca fueron rasuradas; en fin, la cabellera se vio reducida a una especie de cepillo redondo sobre la cima de la cabeza, teniendo la forma de una birreta. Entonces aparecieron las gorras forradas, y, en poco tiempo, la moda se esparció en todo el reino.

Hacía fines del siglo décimo, algunos señores, fastidiados de la gorra, procuraron hacer revivir la moda de los cabellos largos; pero encontraron grandes obstáculos, sobre todo de parte del clero, que llegó hasta rehusar la puerta de la iglesia a un sector que llevaba cabellos largos.

Sin embargo, la moda de los cabellos largos ganaba siempre terreno, a pesar de la interdicción del clero. Los partidarios de los cabellos enteros atacaron a los casuistas y les probaron que el clero no tenía ninguna regla cierta acerca de lo que calificaba cabellos largos; que aquí se exigían las orejas cubiertas, y que allá bastaba mostrar el cabo de ellas; que por otra parte se toleraban los tupes, mientras en otros lugares se exigía el corte del tupe. Que por consiguiente conservaran sus cabellos largos hasta el día en que el clero entero fallara sobre lo que entendía por cabellos cortos.

La Iglesia, habituada hacía largo tiempo a ser obedecida ciegamente sin observación, se formalizó por este lenguaje, y san Anselmo concibió una asamblea de prelados para fijar la longitud

que podían otorgarse a los cabellos sin sublevar la naturaleza. La asamblea juzgó muy seriamente la cuestión y expidió un decreto concebido con estos términos.

> "Los cabellos de los legos se cortarán de manera que dejen ver la mitad de la oreja; los que oculten la oreja entera serán excomulgados".

A pesar de estas amenazas, prevalecieron los cabellos largos, y, bajo Felipe Augusto, los cabellos cortos llegaron a ser tan ridículos, que aún los devotos no se atrevían a llevarlos. Los prelados se vieron reducidos una vez más a volver contra su familia, las armas que habían entregado contra los largos.

Felipe Augusto y Luis VIII se proclamaron protectores de las bellas cabelleras. Entonces todo el mundo se apresuró a cultivar sus cabellos y a ostentar el lujo de ellos sobre sus hombros. La más grande injuria que pudiera dirigirse a cualquiera era llamarle cabeza rapada.

Todo poderoso bajo Luis IX, el clero se encaminó de nuevo contra los cabellos, y si no logró hacerlos caer completamente, consiguió por lo menos hacerlos recortar.

El principio de los siglos XIV vio nacer la moda de los tupés levantados. Estos tupes consistían en una mecha de los cabellos de la frente, levantada casi perpendicularmente e imitando esas lenguas de fuego que los pintores colocaban en la cabeza de los genios. Esta moda tuvo una duración efímera: le sucedieron los tupes echados y redondeados. Los cabellos llanos que caían sobre el cuello dieron lugar a la moda de los casquetes.

Carlos VIII, cediendo a las instancias del clero, se mandó cortar los cabellos y dio la orden a sus súbditos para hacer otro punto. En aquellos tiempos de lujo y de galantería, dice un viejo autor, era muy extravagante ver a unos bravos y coquetescos caballeros, tales como Dumois, Lahire, La Trémoville y tantos otros hermosos y arrogantes guerreros, con una cabeza pelada, cubierta con un ancho gorro de monje y soberbiamente encasquetado.

Bajo los sucesores de Luis XI, los franceses, sin demasiadas persecuciones, pudieron dejarse caer los cabellos; el corte redondo que limitaban los cabellos al nivel del cuello y los tupes echados se adoptaron generalmente.

Esta moda duró hasta el día en que Francisco I, jugando con varios señores, fue herido por un tizón que lanzó al capitán de Lorges, señor de Montgomery. Esta herida que hizo necesaria el corte de la cabellera real, fue causa de la supresión casi total de los cabellos en Francia.

Los cabellos de mediana longitud reaparecieron bajo Enrique III; a más lo rizaron enteramente alrededor de la cabeza. El rizado se hacía con bucles y rodetes distintos los unos de los otros.

Cuando Luis III había conservado toda su cabellera desde la infancia, la moda de los cabellos largos se presentó tan luego que subió al trono. Los cabellos comenzaron por redondearse

en torno a la cabeza, ocultaron enseguida las orejas y concluyeron por caer en anillos sobre los hombros. El clero, siempre infatigable en su hostilidad contra los cabellos, quiso todavía combatir la moda; pero su poder palidecía, se burlaron de sus amenazas y los cabellos se alargaron más y más.

Todo el mundo tuvo variedad en ostentar una espesa y larga cabellera; entonces para las cabezas calvas y poco guarnecidas, se inventaron las gorras de cabellos y pelucas. Al punto, por uno de esos absurdos de la moda, las cabezas más cabelludas se hicieron rapar para adoptar las pelucas que, en poco tiempo, contagió e invadió el mundo civilizado.

No vamos a hacer aquí la historia genealógica de las pelucas; personas más eruditas que nosotros han emprendido esta tarea, y el número de los historiógrafos de las pelucas es ya demasiado considerable para que queramos añadirle un nombre más. Nos bastará decir que según las largas y laboriosas investigaciones de J.B. Thiers, la peluca bien podría remontarse hasta el padre Adán. Estaba en uso entre los caldeos, los asirios, los egipcios y los hebreos. Muchos pasajes de la historia antigua probaron que los príncipes y princesas recurrieron al beneficio de la peluca, cuando la edad o las enfermedades había despojado sus cabezas. Un versículo de la escritura anuncia también que el profeta Jeremías y las viejas coquetas de Sión ocultaban bajo una peluca los ultrajes del tiempo. Lo que no podía contradecirse es que la peluca era perfectamente conocida por los griegos y los romanos, teniendo la calvicie entre ellos algo de vergonzoso, la ocultaban bajo una peluca. Dominiciano, completamente calvo y avergonzado de esta deformidad, llevaba una peluca artísticamente rizada; las medallas romanas lo presentían así. Otón y Galba usaban de la misma estratagema para ocultar su calvicie. Mesalina, Lesbia y Sabina, y otras coquetas de aquel tiempo, llevaban pelucas rubias exigidas por la moda.

Marcial, Perseo y algunos otros satíricos latinos, han descubierto el fraude de que usaban las personas calvas para disfrazar su deformidad. Artemidoro y Apuleo se indignaban por el abuso que hacían las mujeres de los cabellos postizos. El poeta Ariano relata la cómica aventura acaecida a un noble caballero romano cuya peluca, en medio de una fiesta, fue arrebatada por el viento, siendo víctima de una risa general. En fin, la moda de las pelucas se extendió tan generalmente en todas las clases de la sociedad, que el emperador Justiniano se vio obligado a convocar un sínodo en Constantinopla, donde se prohibieron las pelucas bajo las penas más severas.

Pero, la moda se burló de los decretos imperiales y sinodales. Muchos padres de la Iglesia se levantaron enérgicamente contra las pelucas, sin éxito mejor. El ardiente Tertuliano habló en estos términos contra las personas que se atrevían a llevar una cabellera mentirosa.

> "Avergonzaos de adornar nuestras cabezas santificados por el bautismo, con el despojo de algunos miserables muertos en el desarreglo, o de algunos malvados ajusticiados sobre el cadalso".

El austero Cipriano anatematizó a todos los que se hacían teñir o rizar los cabellos y llevaban falsos tupes. Gregorio de Naciance de Ambrosio, Jerónimo y muchos otros padres se desencadenaron contra los cabellos postizos y los condenaron a las llamas del infierno. La peluca resistió a todos estos rayos, a todos estos anatemas lanzados contra ella y salió victoriosa de la guerra encarnizada que no usaron de hacerlo.

Pero sí, en la antigüedad, no se puso en uso sino por los cómicos de teatro, o por las cabezas calvas para ocultar su deformidad, no fue lo mismo en el siglo XVII, las gentes de corte, los elegantes, hombres, mujeres, niñas, niños, todos se disfrazaron con pelucas enormes de París, el contagio pasó a los Estados vecinos y se propagó rápidamente en casi todo Europa. Muchos prelados y grandes teólogos descendieron a la arena, los más para combatir los otros para defender la peluca. Los peluqueros deben por cierto tener en cuenta las penas que aquellos se dieron para componer en latín, ocho o diez sabios tratados sobre tan importante materia!!!

El senado de Luis XIII había visto el principio de este contagio; bajo el reinado de Luis XIV llegó a su más alto grado de intensidad; éste fue un paroxismo. Se llevaron pelucas monstruosas, horribles, dispuestas en pisos y de una altura que igualaba el tercio de la talla de un hombre. El peluquero Binette, célebre en el arte de fabricar las pelucas, llegó a ser un personaje importante, y tuvo sus equipajes y sus lacayos. Los ricos y los elegantes, no podían pasar sin una birreta.

Se dice que Luis XIV tenía la confianza en el efecto imponente de las pelucas altas y ondulantes, que nunca se quitaba la suya delante de nadie, ni aún delante de su ayuda de cámara, porque, según el señor Leves, el rey pensaba que su cabeza sin peluca, no tenía la misma majestad.

Al ejemplo de su rey y amo, los señores, cortesanos y altos funcionarios se disfrazaron con enormes birretes. Los médicos, magistrados, profesores y gentes de letras, imaginando que un birrete daba a la fisonomía, cierta dignidad, imitaron a los señores. Desde entonces, toda Francia se empelucó, y en todas partes se estableció la creencia de que cuanto más basta y monstruosa era una peluca, tanto más grande era el respeto del pueblo para aquel que la llevaba. El senado de Luis XIV, tan notable por tantos respetos, lo era igualmente por sus grandes pelucas.

En toda la duración de esta moda extravagante, jóvenes y ciegos se sometían ciegamente a su tiránico imperio, la despiadada peluca cubría las más lindas cabezas, ocultaba los más hermosos cabellos; y, a pesar de las jaquecas, de la picazón incómoda que ocasionaba la peluca, a pesar de los zumbidos del oído, de los deslumbramientos, de los vértigos, de la apoplejía, era menester llevarla so pena de ridículo o de desgracia. Nada más sorprendente que los retratos de las personas pintadas en esa época: desde el anciano hasta el niño, todos están disfrazados de pelucas largas y ondulantes.

Para dar fuerza a esta pasión por las pelucas, las inventaron de todo tamaño y de toda forma; pelucas redondas, cuadradas, puntiagudas; pelucas de morcillos, de mariposa, de dos o tres martillos; pelucas de grande y pequeño enfolio, en cuanto, de efecto sorprendente, a la borrega, pelucas a la canónigo, de abate, etc., etc., etc.

El consumo de los cabellos llegó a ser tan grande, que su rareza los llevó a un precio enorme; se vendieron hasta treinta escudos la onza; treinta escudos eran entonces lo que hoy son ciento cincuenta francos. Este comercio fue sometido a una fuerte tarifa, como los tabacos de nuestros días, y llegó a ser un recurso fiscal que enriqueció el tesoro.

El peinado de las damas era del mismo modo ridículo; muchas imaginaron llevar pelucas, pero el mayor número de ellas se sirvieron de sus cabellos naturales para construir sus peinados gigantescos. El peinado a la Fontaigne, que hizo furor durante algunos años, es un ejemplo palpable de los caprichos y de las excentricidades de la moda.



Luis XIV

Suprimidas en 1714 por obedecer los deseos del rey, los peinados altos reaparecieron bajo Luis XIV más exagerados que nunca y blanqueado en polvo perfumado. La moda del polvo se propagó y generalizó en Europa mucho más rápida que la del tabaco. Se necesitaba un día entero para completar uno de esos peinado gigantescos, matizados de cintas, con penachos de plumas y enteramente enharinados con polvo perfumado. Fue tal la tiranía de la moda, que la pobre dama que se hacia peinar la víspera para ir al baile o la tertulia del día siguiente, pasaba la noche en un sillón para no dañar el soberbio edificio de su peinado.

Bajo la minoría de Luis XV, el regente, amigo de las fiestas y de las pelucas, abolió las pelucas enormes de la antigua corte y las sustituyó por otras de dimensiones más razonables, pero que tuvieron también su lado ridículo por el polvo blanco con que se las cubrió. En fin, llegó el día en el que algunos hombres de buen sentido abandonaron la peluca y dejaron flotar en libertad sus cabellos tan largo tiempo aprisionados. Los jóvenes se apresuraron a seguir su ejemplo, y, en poco tiempo, la derrota de la peluca fue general. Una



Luis XV

multitud de cambalacheros se pusieron a correr por las calles gritando: "Se venden viejas pelucas". De ellos sacan su origen los demás cambalacheros de ropa de hoy, aturden la capital con sus acentos chillones.

Los lectores que desean conocer a fondo la historia de las pelucas, deben leer a fondo la obra de Nicolae de Berlín. Este libro medio serio, medio jocoso, está lleno de investigaciones curiosas; se encuentra en el análisis de veintidós autores tanto legos como eclesiásticos, cuyo ingenio se ejercitó en las pelucas.

A los rizos colgantes de las pelucas, habían sucedido las alas de paloma, la cola delgada y el rodete enteramente enharinado, pasándose de un hombro a otro al menor movimiento de la cabeza. La cola adornada de coquetescos lazos de cintas gozaba de grandes privilegios; el caballero habría mirado como una grave ofensa la menor broma sobre su cola, y el austero magistrado; no se despegaba ni siquiera con los mismos de una esposa, no podía impedirse de sonreír de gozo, cuando la cumplimentaban acerca de la cabellera de su cola.

Las jóvenes elegantes del siglo de Luis XV, que se habían sometido al yugo humillante de la peluca, no tuvieron valor para librarse del polvo; continuaron haciéndose peinar y enharinar, según la moda impuesta por los pretenciosos de cincuenta años, que ocultaban bajo el polvo sus cabellos canos. Era muy chistoso, en verdad, ver como contrastaban los mostachos negros, de los caballeros, con la blancura de sus cabellos, y como el fresco rostro de los jóvenes se encuadraba en un peinado empolvorado de blanco. Oh poder de la moda, quién podrá sustituirlo.

En 1760, pareció que la moda de los peinados altos de las mujeres tocaba a su fin. Una multitud de damas se apasionaron de los peinados a la griega; por desgracia esta moda, que había devuelto a la fisonomía de las mujeres todos sus atractivos, murió tan pronto como había nacido, y he aquí como.

Los numerosos peluqueros de París, viéndose sin trabajo a consecuencia de la moda griega, instituida por uno de sus colegas llamados Legros, se reunieron contra él en número de muchos miles, lo atacaron en los tribunales y se dieron tanto movimiento, que ganaron su proceso; bastante burlesco por otra parte, las cabezas se empolvaron de nuevo, se encresparon, se rizaron, se enmorcillaron.


Luis XVI

Bajo Luis XVI, los hombres llevaban siempre los cabellos de atrás enrollados en cola o reunidos en una cola de tafetán negro. El tupé era levantado, y lo acompañaban a cada lado, con tres o cuatro morcillas simétricas calificadas de ala de paloma, todo muy escrupulosamente empolvado.

Después del proceso Legros, el peinado de las mujeres fue siempre ganando en altura y amplitud, de modo que el rostro no parecía sino un punto dentro de aquel inmenso aparato de pelos. Los nombres dados a estos adornos de cabeza no eran menos ridículos, como se puede juzgar por los siguientes; peinado de mariposa, de orejas de faldero, de gallina mijada, de castañero de India, de regillas, de velador, de cómoda, de cabriole, de perro loco, de cazador en cortejo, etc., etc., *El Mercurio* de Francia de aquella época, cuenta las cosas más extrañas sobre los peinados.

El autor de las *Memorias Secretas* refiere el ejemplo de estos locos peinados. Había inventado un peinado de una altura prodigiosa, que representaba montañas, colinas, praderas esmaltadas, arroyos argentinos y torrentes espumantes, jardines simétricos y parques ingleses. Por último, en 1778, los peinados femeninos habían conseguido la altura y tan prodigiosa amplitud, que interceptaban en el teatro, la vista de la escena a los espectadores colocados por detrás. Las quejas que se aumentaban cada vez más, obligaron al director de la ópera a prohibir la entrada al anfiteatro a las damas que no tuvieron un peinado moderado.



Dama del siglo XVIII

Para apreciar las locuras relativas a los peinados, es preciso ojear el *Diccionario de las Modas*, redactado entonces por el señor de la Mesangue; es un pasatiempo muy agradable para aquellos a quienes les agradan las sorpresas.



Peinado de 1785

En 1780, habiéndose caído los cabellos de la reina a consecuencia de un parto, los peinados altos cayeron igualmente; las damas de la corte, por agradar a su soberana, se peinaron a la niña, es decir, adoptaron un peinado de cabellos cortos, y la clase media usó enseguida este adorno.

¡Llegó la grande época de 93! Las colas, las alas de paloma y el polvo desaparecieron ante ella; a excepción de algunos esclavos del antiguo régimen que se obstinaron en conservarlos, todos los franceses adoptaron la moda republicana, es decir los cabellos de mediana largura con su color natural.

Bajo el imperio, las tropas francesas fueron en parte rasuradas, y la moda a la Tito prevaleció.

El año de 1830 llegó también a operar algunos cambios en el peinado y la barba. El tupé de los hombres se elevó en forma de pirámide sobre la frente, a ejemplo del nuevo tupé real; pero la secta Sansimoniana, antes de desaparecer dio la moda de los cabellos largos y del tupé achatado con una raya vivamente dibujada en uno de los lados de la cabeza. El tupé levantado se vio forzado a inclinarse sobre la moda que adoptó la juventud, moda que se propagó por el incendio y que duró largo tiempo.

En fin, desde 1857, los cabellos cortados según modas más o menos elegantes, dejan admirar los reflejos de su color natural: sólo las personas calvas por enfermedad y los ancianos, llevan peluca para preservar su cráneo de las intemperies.

Desde hace cuarenta años, el peinado de las mujeres ha sufrido innumerables modificaciones, y la mayor parte de estas modificaciones, siempre ha merecido la aprobación del buen gusto. Perfeccionado por artistas hábiles, el peinado ha llegado a ser hoy un arte al que las fisonomías vienen a pedir prestado el complemento de sus atractivos.

Una multitud de ornamentos y de aderezos de cabeza, tales como frutas, flores, coronas, semicoronas, racimos, gavillas, crestas, cintas, perlas, diamantes, etc., dispuestas con ese gusto delicado que caracteriza a los artistas peinadores de Francia, componen peinados encantadores, dignos de admiración y los elogios de los más indiferentes; y se puede asegurar sin temor a encontrar contradicciones, que, en ninguna capital del mundo, las mujeres se han peinado tan bien como en París.

Aquí termina la noticia histórica acerca de las diferentes modas que se han sujetado los cabellos: vamos a hablar de la barba.

ISHRA
SEMINARIO DE HISTORIA
RURAL ANDINA

Repositorio Digital
2020





Seminario de Historia Rural Andina
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

